

PAULO COELHO

Aleph



Lectulandia

Decidir. Cambiar. Estar. Ser. Reinventarse. Caminar. Hacer. Levantarse. Experimentar. Conseguir. Desafiar. Soñar. Vencer. Descubrir. Reivindicar. Comprometerse. Pensar. Creer. Potenciar. Preguntar. Crecer. Pertenecer. Despertar.

Aleph, la nueva obra de Paulo Coelho, nos invita a pasar a la acción. Porque llega un momento en el que sentimos la necesidad de plantearnos cómo vivimos nuestra vida, si estamos donde queremos estar y hacemos lo que queremos hacer.

Hay libros que se leen. *Aleph* se vive.

Lectulandia

Paulo Coelho

Aleph

ePUB v1.1

Fanhoe 13.03.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Aleph*

© Paulo Coelho, 2010

© de la traducción, Ana Belén Costas, 2011

Página web del autor: www.paulocoelho.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2011

Oh María, sin pecado concebida,
ruega por nosotros que recurrimos a Ti. Amén.

Un hombre noble se marchó a un país lejano,
para conseguir el título de rey y volver después.

LUCAS 19, 12

*Para J., que me mantiene caminando,
S. J., que me sigue protegiendo,
Hilal, por el perdón en la iglesia de Novosibirsk.*

El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa [...] era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del Universo.

JORGE LUIS BORGES, *El Aleph*

*Yo no puedo ver y tú lo sabes todo.
Aun así, mi vida no será en vano,
porque sé que volveremos a encontrarnos
en alguna divina eternidad.*

OSCAR WILDE

Rey de mi reino

¡No!

¿Otro ritual? ¿Otra invocación de las fuerzas invisibles para que se manifiesten en el mundo visible? ¿Qué tiene eso que ver con el mundo en que vivimos hoy en día? Los jóvenes salen de la universidad y no encuentran trabajo. Los mayores llegan a la jubilación sin dinero para nada. Los adultos no tienen tiempo para soñar; se pasan desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde luchando para mantener a su familia, pagar el colegio de sus hijos, afrontando lo que todos conocemos con el nombre de «dura realidad».

El mundo nunca ha estado tan dividido como ahora: guerras religiosas, genocidios, falta de respeto por el planeta, crisis económicas, depresión, pobreza. Todos quieren resultados inmediatos para resolver al menos algunos de los problemas del mundo o de su vida personal. Pero las cosas parecen cada vez más negras a medida que avanzamos hacia el futuro.

¿Y yo aquí, intentando avanzar en una tradición espiritual cuyas raíces están en un pasado remoto, lejos de todos los desafíos del momento presente?

Junto a J., al que llamo mi maestro aunque empiece a tener dudas al respecto, camino hacia el roble sagrado, que lleva ahí más de quinientos años, contemplando impasible las agonías humanas; su única preocupación es entregar las hojas en invierno y volver a recuperarlas en primavera.

Ya no soporto escribir sobre mi relación con J., mi guía en la Tradición. Tengo decenas de diarios llenos de anotaciones de nuestras conversaciones, que nunca releo. Desde que lo conocí en Amsterdam en 1982, aprendí y desaprendí a vivir un centenar de veces. Cuando J. me enseña algo nuevo, pienso que tal vez sea ése el paso definitivo para llegar a la cima de la montaña, la nota que justifica toda la sinfonía, la palabra que resume el libro. Paso por un período de euforia, que poco a poco va desapareciendo. Algunas cosas quedan para siempre, pero la mayoría de los ejercicios, de las prácticas, de las enseñanzas acaban desapareciendo en un agujero negro. O, al menos, eso parece.

El suelo está mojado, imagino que mis zapatillas deportivas, meticulosamente lavadas hace dos días, estarán otra vez llenas de barro cuando dé algunos pasos más, a pesar del cuidado que pueda tener. Mi búsqueda de sabiduría, paz de espíritu y conciencia de las realidades visible e invisible se ha convertido en una rutina que ya no da resultado. Cuando tenía veintidós años, empecé a dedicarme al aprendizaje de

la magia. Pasé por diversos caminos, anduve al borde del abismo durante muchos años, resbalé y caí, desistí y volví. Imaginaba que, cuando llegase a los cincuenta y nueve años, estaría cerca del Paraíso y de la tranquilidad absoluta que creía ver en las sonrisas de los monjes budistas.

Al contrario, parece que estoy más lejos que nunca. No estoy en paz, de vez en cuando entro en grandes conflictos conmigo mismo, que pueden durar meses. Y los momentos en los que me sumerjo en una realidad mágica duran tan sólo unos segundos. Lo suficiente para saber que este otro mundo existe, y lo bastante para dejarme frustrado por no ser capaz de absorber todo lo que aprendo.

Llegamos.

Cuando acabe el ritual voy a hablar seriamente con él. Ambos colocamos las manos sobre el tronco del roble sagrado.

J. pronuncia una oración sufí:

«Oh Dios, cuando presto atención a las voces de los animales, al ruido de los árboles, al murmullo del agua, al gorjeo de los pájaros, al zumbido del viento o al estruendo de un trueno, percibo en ellos un testimonio de Tu unidad; siento que Tú eres el supremo poder, la omnisciencia, la suprema sabiduría, la suprema justicia.

»Oh Dios, Te reconozco en las pruebas que estoy pasando. Permite, oh Dios, que Tu satisfacción sea mi satisfacción. Que yo sea Tu alegría, esa alegría que un padre siente por un hijo. Y que yo me acuerde de Ti con tranquilidad y determinación, incluso cuando sea difícil decir que Te amo.»

Generalmente, en este momento yo debería sentir —durante una fracción de segundo, pero me bastaba— la Presencia Única que mueve el Sol y la Tierra y mantiene las estrellas en su sitio. Pero hoy no quiero hablar con el Universo; basta con que el hombre que está a mi lado me dé las respuestas que necesito.

Él retira las manos del tronco del roble, y yo hago lo mismo. Me sonrío y yo le sonrío. Nos dirigimos, en silencio y sin prisas, a mi casa, nos sentamos en la terraza y tomamos un café, todavía sin hablar.

Contemplo el árbol gigante en el centro de mi jardín, con una cinta alrededor de su tronco, puesta allí después de un sueño. Estoy en el pueblo de Saint Martin, en los Pirineos franceses, en una casa que ya me arrepiento de haber comprado; acabó poseyéndome, exigiendo mi presencia siempre que es posible, porque necesita alguien que cuide de ella para mantener viva su energía.

—Ya no consigo evolucionar —digo, cayendo siempre en la trampa de hablar en primer lugar—. Creo que he llegado a mi límite.

—Qué interesante. Yo siempre he intentado descubrir mis límites y hasta ahora no he podido llegar hasta allí. Pero mi universo no colabora mucho, sigue creciendo y no me ayuda a conocerlo totalmente —me provoca J.

Está siendo irónico. Pero yo sigo adelante.

—¿Qué has venido a hacer hoy aquí? Intentar convencerme de que estoy equivocado, como siempre. Di lo que quieras, pero que sepas que las palabras no van a cambiar nada. No estoy bien.

—Es justo por eso por lo que he venido hoy aquí. Presentí lo que estaba pasando hace tiempo. Pero siempre hay un momento exacto para actuar —afirma J., mientras coge una pera de la mesa y la gira en sus manos—. Si hubiésemos hablado antes aún no estarías maduro. Si hubiésemos hablado después ya te habrías podrido. —Le da un mordisco a la fruta, saboreándola—. Perfecto. Es el momento justo.

—Tengo muchas dudas. Y las peores son mis dudas de fe —insisto.

—Genial. Es la duda la que empuja al hombre hacia adelante.

Como siempre, buenas respuestas y buenas imágenes, pero hoy no funcionan.

—Te voy a decir lo que sientes —continúa J.—: que todo lo que has aprendido no ha enraizado, que eres capaz de zambullirte en el universo mágico, pero no de quedarte sumergido en él. Que puede que esto no sea más que una gran fantasía que el ser humano crea para apartar su miedo a la muerte.

Mis cuestiones son más profundas: son dudas de fe. Tengo una única certeza: existe un universo paralelo, espiritual, que interfiere en el mundo en el que vivimos. Aparte de eso, todo lo demás —libros sagrados, revelaciones, guías, manuales, ceremonias—, todo eso me parece absurdo. Y, lo que es peor, sin efectos duraderos.

—Te voy a decir lo que sentí yo —continúa J.—. Cuando era joven, me deslumbraban todas las cosas que la vida podía ofrecerme, y creía que era capaz de conseguirlas todas. Cuando me casé tuve que escoger un solo camino, porque tenía que mantener a la mujer que amo y a mis hijos. A los cuarenta y cinco años, después de convertirme en un ejecutivo de mucho éxito, vi a mis hijos crecer e irse de casa y pensé que, a partir de entonces, todo sería una repetición de lo que ya había experimentado.

»Fue ahí donde empezó mi búsqueda espiritual. Soy un hombre disciplinado y me dediqué a ella con toda mi energía. Pasé por momentos de entusiasmo y de incredulidad hasta que llegué al momento que tú estás viviendo hoy.

—J., a pesar de todos mis esfuerzos, no puedo decir: «Estoy más cerca de Dios y de mí mismo» —digo, con cierta exasperación.

—Eso es porque, como todas las personas del planeta, pensaste que el tiempo te iba a enseñar a acercarte a Dios. Pero el tiempo no enseña; sólo da una sensación de cansancio, de envejecimiento.

El roble ahora parecía estar mirándome. Debía de tener más de cuatro siglos, y todo lo que había aprendido era a permanecer en el mismo lugar.

—¿Por qué fuimos a hacer un ritual al roble? ¿Cómo nos ayuda eso a convertirnos en mejores seres humanos?

—Porque la gente ya no hace rituales en los robles. Y, actuando de una manera que puede parecer absurda, tocas algo profundo en tu alma, en su parte más antigua, más cercana al origen de todo.

Es verdad. Pregunté lo que sabía y recibí la respuesta que esperaba. Tengo que aprovechar mejor cada minuto a su lado.

—Es hora de salir de aquí —dice J., de forma abrupta.

Miro el reloj. Le explico que el aeropuerto está cerca, que podemos seguir charlando un poco más.

—No me refiero a eso. Cuando pasé por lo que tú estás viviendo ahora, encontré la respuesta en algo que sucedió antes de que yo naciese. Es lo que estoy sugiriendo que hagas.

¿Reencarnación? Él siempre me había disuadido de visitar mis vidas pasadas.

—Ya he ido al pasado. Aprendí solo, antes de conocerte. Hemos hablado sobre eso; vi dos reencarnaciones: un escritor francés en el siglo diecinueve y un...

—Sí, ya lo sé.

—Cometí errores que no puedo arreglar ahora. Y me dijiste que no volviese a hacerlo, pues sólo conseguiría aumentar mi culpa. Viajar a vidas pasadas es como abrir un agujero en el suelo y dejar que el fuego de la planta de abajo incendie el presente.

J. tira lo que queda de la pera a los pájaros del jardín y me mira, irritado:

—No digas tonterías, por favor. No me hagas pensar que no has aprendido nada en estos veinticuatro años que hemos pasado juntos.

Sí. Sé de qué habla. En la magia —y en la vida— sólo existe el momento presente, el AHORA. El tiempo no se mide como si calculáramos la distancia entre dos puntos. El «tiempo» no pasa. El ser humano tiene una gran dificultad para concentrarse en el presente; siempre está pensando en lo que ha hecho, en cómo podría haberlo hecho mejor, en las consecuencias de sus actos, en por qué no se comportó como debería haberlo hecho. O se preocupa del futuro, de lo que va a hacer mañana, qué decisiones tendrá que tomar, qué peligro lo acecha a la vuelta de la esquina, cómo evitar lo que no desea y cómo conseguir lo que siempre ha soñado.

J. retoma la conversación.

—Así, aquí y ahora, empiezas a preguntarte: ¿hay realmente algo que no va bien? Sí. Pero en este momento también entiendes que puedes cambiar tu futuro trayendo el pasado al presente. El pasado y el futuro sólo existen en nuestra memoria.

»Pero el momento presente está más allá del tiempo: es la eternidad. Los hindúes usan la palabra «karma», a falta de algo mejor. Pero el concepto está mal explicado: no es lo que hiciste en tu vida anterior lo que afectará al presente. Es lo que haces en el presente lo que redimirá el pasado y, lógicamente, cambiará el futuro.

—O sea...

Hace una pausa, cada vez más irritado porque no consigo entender lo que intenta explicarme.

—No tiene sentido quedarse aquí usando palabras que no quieren decir nada. Experimenta. Es hora de que *tú* salgas de aquí. De reconquistar tu reino, ahora corrompido por la rutina. Ya basta de repetir siempre la misma lección, no es eso lo que hará que aprendas algo nuevo.

—No se trata de rutina. Soy infeliz.

—Eso se llama rutina. Piensas que existes porque eres infeliz. Otras personas existen en función de sus problemas y se pasan la vida hablando compulsivamente de ellos: problemas con los hijos, con el marido, en el colegio, en el trabajo, con los amigos. No se paran a pensar: estoy aquí. Soy el resultado de todo lo que ha sucedido y de lo que va a suceder, pero estoy aquí. Si he hecho algo mal, puedo corregirlo o al menos pedir perdón. Si he hecho algo correcto, hace que sea más feliz y esté más conectado con el ahora.

J. respira hondo antes de terminar:

—Ya no estás aquí. Es hora de salir para volver de nuevo al presente.

Era lo que yo temía. Hace algún tiempo que me insinuaba que era el momento de dedicarme al tercer camino sagrado. Sin embargo, mi vida había cambiado mucho desde el lejano año de 1986, cuando la peregrinación a Santiago de Compostela me llevó a afrontar mi propio destino, o el «proyecto de Dios». Tres años más tarde hice el Camino de Roma, en la región en la que estábamos ahora; un proceso doloroso, tedioso, que me obligó a pasar setenta días haciendo a la mañana siguiente todos los absurdos que había soñado la noche anterior (recuerdo que pasé cuatro horas en una parada de bus, sin que nada importante sucediese).

Desde entonces, obedecía con disciplina todo lo que mi trabajo me exigía. A fin de cuentas, era mi elección y mi bendición. Es decir, me puse a viajar como un loco. Las grandes lecciones que aprendí fueron precisamente aquellas que los viajes me enseñaron.

Mejor dicho, siempre he viajado como un loco, desde joven. Pero últimamente tenía la sensación de que vivía en aeropuertos y hoteles, y el sentido de la aventura estaba dando paso a un profundo hastío. Cuando me quejaba de que no podía quedarme mucho tiempo en el mismo sitio, la gente se extrañaba: «¡Pero si viajar está tan bien! ¡Es una pena que yo no tenga dinero para hacerlo!»

Viajar nunca es una cuestión de dinero, sino de coraje. Pasé gran parte de mi vida recorriendo el mundo como un hippy y ¿qué dinero tenía entonces? Ninguno. Apenas tenía para el billete, pero aun así creo que fueron algunos de los mejores años de mi juventud: comiendo mal, durmiendo en estaciones de tren, incapaz de comunicarme por culpa del idioma, viéndome obligado a depender de otros incluso para encontrar

un techo donde pasar la noche.

Después de mucho tiempo en la carretera, escuchando una lengua que no entiendes, usando un dinero cuyo valor no conoces, caminando por calles por las que nunca has pasado, descubres que tu antiguo Yo, con todo lo que ha aprendido, es absolutamente inútil ante esos nuevos desafíos y empiezas a darte cuenta de que, enterrado en el fondo de tu subconsciente, hay alguien mucho más interesante, aventurero, abierto al mundo y a las nuevas experiencias.

Pero llega un día en el que dices: «¡Basta!»

—¡Basta! Para mí viajar se ha convertido en una monótona rutina.

—No, no basta. Nunca va a bastar —insiste J.—. Nuestra vida es un constante viaje, desde el nacimiento hasta la muerte. El paisaje varía, la gente cambia, las necesidades se transforman, pero el tren sigue adelante. La vida es el tren, no la estación. Y lo que has estado haciendo no es viajar, sino cambiar de países, lo cual es completamente distinto.

Niego con la cabeza.

—No va a servir de nada. Si tengo que corregir un error que cometí en otra vida, y soy profundamente consciente de él, puedo hacerlo aquí mismo. En aquel calabozo yo sólo obedecía órdenes de alguien que parecía conocer los designios de Dios: tú.

»Por lo demás, ya encontré por lo menos a cuatro personas a las que pedí perdón.

—Pero no descubriste la maldición que se te lanzó.

—Tú también fuiste maldecido en la misma época. ¿Y lo descubriste?

—Descubrí mi maldición, y te puedo asegurar que fue mucho más dura que la tuya. Tú fuiste cobarde una vez, mientras que yo fui injusto en muchas ocasiones. Pero eso me liberó.

—Si quiero viajar en el tiempo, ¿por qué necesito viajar en el espacio?

J. se ríe.

—Porque todos tenemos una posibilidad de redención, pero para eso tenemos que encontrar a las personas a las que hicimos daño y pedirles perdón.

—¿Y adónde voy? ¿A Jerusalén?

—No sé. A donde te comprometas a ir. Descubre lo que dejaste inacabado y termina tu obra. Dios te guiará, porque aquí y ahora está todo lo que viviste y lo que vivirás. En este momento el mundo está siendo creado y destruido. El que conociste aparecerá de nuevo, el que dejaste partir volverá. No traiciones las gracias que te fueron concedidas. Entiende lo que te ocurre y sabrás lo que le pasa a todo el mundo.

«No pienses que he venido a traer la paz. He venido a traer la espada.»

La lluvia me hace temblar de frío, y mi primer pensamiento es: «Voy a coger una gripe.» Me consuelo pensando que todos los médicos que he conocido dicen que la gripe la provoca un virus, no las gotas de agua.

No consigo estar aquí y ahora; mi cabeza es un remolino. ¿Adónde debo llegar? ¿Adónde debo ir? ¿Y si no soy capaz de reconocer a las personas en mi camino? Eso seguro que ya ha pasado otras veces, y volverá a suceder; en caso contrario, mi alma ya estaría en paz.

Llevo cincuenta y nueve años conviviendo conmigo mismo, conozco algunas de mis reacciones. Al principio de nuestra relación, las palabras de J. parecían inspiradas por una luz mucho más fuerte que él. Yo lo aceptaba todo sin preguntar una segunda vez, seguía adelante sin miedo y jamás me he arrepentido de haberlo hecho. Pero el tiempo fue pasando, la convivencia aumentó y, junto a ella, vino el hábito. Aunque jamás me haya decepcionado en nada, ya no podía verlo de la misma forma. Aunque por obligación —aceptada voluntariamente en septiembre de 1992, diez años después de conocerlo— tuviera que obedecer a lo que me decía, ya no lo hacía con la misma convicción que antes.

Estoy equivocado. Si escogí seguir esa Tradición mágica, no debería hacerme ese tipo de preguntas ahora. Sin duda tiene razón, pero me he conformado con la vida que llevo y ya no necesito más desafíos. Sólo paz.

Debería ser un hombre feliz: tengo éxito en mi profesión, una de las más difíciles del mundo; estoy casado desde hace veintisiete años con la mujer que amo; gozo de buena salud; vivo rodeado de gente en la que puedo confiar; siempre recibo el cariño de mis lectores cuando me los encuentro por la calle. Hubo un momento en que eso bastaba, pero en estos dos últimos años nada parece satisfacerme.

¿Se tratará simplemente de un conflicto pasajero? ¿No basta con rezar las oraciones de siempre, respetar la naturaleza como la voz de Dios y contemplar lo que hay de hermoso a mi alrededor? ¿Para qué desear ir más adelante si estoy convencido de que he llegado a mi límite?

¿POR QUÉ NO PUEDO SER COMO MIS AMIGOS?

La lluvia cae cada vez con más fuerza, y yo no oigo nada además del ruido de agua. Estoy empapado y no consigo moverme. No quiero salir de aquí porque no sé adónde ir, estoy perdido. J. tiene razón: si realmente hubiese llegado al límite, esta sensación de culpa y de frustración ya me habría pasado. Pero sigue. Temor y tremor. Cuando la insatisfacción no desaparece, es porque fue puesta ahí por Dios con una única razón: es preciso cambiarlo todo, caminar hacia adelante.

Ya he vivido eso antes. Cuando me negaba a seguir mi destino, sucedía en mi vida algo muy difícil de soportar. Y ése es mi gran temor en este momento: la tragedia. Un cambio radical en nuestras vidas siempre ligado al mismo principio: la pérdida. Cuando estamos ante una pérdida, no sirve de nada recuperar lo que ya se

fue; es mejor aprovechar el gran espacio abierto y rellenarlo con algo nuevo. Teóricamente, toda pérdida es por nuestro bien; en la práctica, es cuando cuestionamos la existencia de Dios y nos preguntamos: ¿me merezco esto?

«Señor, ahórrame la tragedia y seguiré Tus designios.»

Justo al pensar en eso, retumba un trueno y el cielo se ilumina con la luz de un rayo.

De nuevo, temor y tremor. Una señal. Yo aquí intentando convencerme de que siempre doy lo mejor de mí mismo y la naturaleza diciéndome exactamente lo contrario: el que está realmente comprometido con la vida jamás deja de caminar. Cielo y tierra se enfrentan en una tempestad que, al pasar, dejará el aire más puro y el campo fértil, pero hasta entonces se derrumbarán casas, caerán árboles centenarios, se inundarán lugares paradisiacos.

Se acerca un bulto amarillo.

Yo me entrego a la lluvia. Caen más rayos, mientras la sensación de desamparo va siendo sustituida por algo positivo, como si mi alma poco a poco fuese lavada con el agua del perdón.

«Bendice y serás bendecido.»

Las palabras salieron naturalmente de mi interior, la sabiduría que desconozco tener, que sé que no me pertenece, pero que a veces se manifiesta y no me deja dudar de lo que he aprendido durante todos esos años.

Mi gran problema es ése: a pesar de esos momentos, sigo dudando.

El bulto amarillo está delante de mí. Es mi mujer, con una de las capas de color chillón que usamos cuando vamos a pasear por lugares de difícil acceso en las montañas; si nos perdemos será más fácil localizarnos.

—Has olvidado que tenemos una cena.

No, no lo he olvidado. Salgo de la metafísica universal en la que los truenos son voces de dioses y vuelvo a la realidad de la ciudad del interior, el buen vino, el carnero asado, la charla alegre con los amigos que nos contarán sus aventuras sobre un reciente viaje en Harley-Davidson. De vuelta a casa para cambiarme de ropa, resumo en pocas frases la conversación con J. aquella tarde.

—¿Y te ha dicho adónde deberías ir? —pregunta mi mujer.

—«Comprométete», me dijo.

—¿Y eso es difícil? No seas tan cabezota. Pareces más viejo de lo que ya eres.

Hervé y Veronique tienen otros dos invitados, una pareja de franceses de mediana edad. Me presentan a uno de ellos como un «vidente» que conocieron en Marruecos.

El hombre no parece ni demasiado simpático ni demasiado antipático, sólo ausente. Sin embargo, en mitad de la cena, como si hubiera entrado en una especie de trance, le dice a Veronique:

—Cuidado con el coche. Vas a tener un accidente.

Yo lo encuentro de pésimo gusto porque, si Veronique se lo toma en serio, el miedo acabará atrayendo energía negativa y las cosas pueden llegar a suceder tal como él ha previsto.

—¡Qué interesante! —digo antes de que nadie reaccione—. No dudo de que seas capaz de viajar en el tiempo, hacia el pasado o al futuro. Precisamente esta tarde hablaba del tema con un amigo.

—Puedo ver. Cuando Dios me lo permite, puedo ver. Sé quién ha sido, quién es y quién será cada una de las personas que están sentadas a esta mesa. No entiendo mi don, pero hace tiempo que lo he aceptado.

La conversación debería tratar sobre un viaje hasta Sicilia con amigos que comparten la misma pasión por las clásicas Harley-Davidson; de repente, parece peligrosamente cercana a cosas que no quiero escuchar ahora. Sincronía absoluta.

Me toca hablar a mí:

—También sabes que Dios sólo nos permite ver cuando desea que algo cambie.

Entonces me vuelvo hacia Veronique y digo:

—Simplemente ten cuidado. Cuando una cosa del plano astral pasa a este plano, pierde gran parte de su fuerza. O sea, estoy casi seguro de que eso no va a suceder.

Veronique nos ofrece más vino a todos. Ella piensa que el vidente de Marruecos y yo entramos en ruta de colisión. No es verdad; ese hombre realmente «ve» y eso me asusta. Hablaré después con Hervé sobre el asunto.

El hombre sólo me mira; sigue con el aire ausente de quien ha entrado en una dimensión sin pedirlo, pero que ahora tiene el deber de comunicar lo que siente. Quiere contarme algo, pero prefiere dirigirse a mi mujer:

—El alma de Turquía le entregará a tu marido todo el amor que posee. Pero derramará su sangre antes de revelarle lo que busca.

«Otra señal que confirma que no debo viajar ahora», pienso, sabiendo que procuramos interpretar todas las cosas de acuerdo con aquello que queremos, y no como son.

El bambú chino

Estar en este tren yendo de París a Londres, camino de la Feria del Libro, es una bendición para mí. Cada vez que vengo a Inglaterra me acuerdo de 1977, cuando dejé mi empleo en una discográfica decidido a pasar el resto de mi vida viviendo de la literatura. Alquilé un apartamento en Basset Road, hice algunos amigos, estudié vampirología, conocí la ciudad a pie, ligué, vi todas las películas de la cartelera y, en menos de un año, estaba de vuelta en Río de Janeiro, incapaz de escribir una sola línea. Esta vez me voy a quedar en la ciudad sólo tres días. Un encuentro con lectores, cenas en restaurantes indios y libaneses, conversaciones en el vestíbulo del hotel sobre libros, librerías y autores. No tengo planes de regresar a mi casa en Saint Martin hasta final de año. Desde aquí cojo un avión de regreso a Río de Janeiro, donde puedo escuchar mi lengua materna en la calle, tomar zumo de açai¹ todas las noches y contemplar desde mi ventana, sin cansarme nunca, la vista más bella del mundo: la playa de Copacabana.

Poco antes de llegar, un chico entra en el vagón con un ramo de rosas y se pone a mirar a su alrededor. Es algo extraño, porque nunca he visto vendedores de flores en el Eurostar.

—Necesito doce voluntarios —dice en voz alta—. Cada uno llevará una rosa cuando lleguemos. La mujer de mi vida me está esperando, y me gustaría pedir su mano en matrimonio.

Varias personas se ofrecen, yo también, pero al final no resulto elegido. Aun así, cuando llegamos decido acompañar al grupo. El chico señala a una muchacha que está en el andén. Uno a uno, los pasajeros le van entregando las rosas. Al final, él le declara su amor, todos aplauden y la chica baja la cabeza, muerta de vergüenza. Después se besan y salen abrazados.

Un sobrecargo comenta:

—Esto es lo más romántico que ha sucedido en esta estación desde que trabajo aquí.

El único encuentro con lectores programado duró sólo cinco horas, pero me llenó de energía positiva y me hizo preguntarme: «¿Por qué tantos conflictos todos estos meses? Si mi progreso espiritual parece haber topado con una barrera infranqueable, ¿no será mejor tener un poco de paciencia? He vivido lo que poquísimas de las personas que me rodean han tenido la oportunidad de experimentar.»

Antes del viaje fui a una pequeña capilla en Barbazan-Debat. Allí le pedí a la Virgen que me orientase con su amor y me hiciera ser capaz de ver todas las señales que me llevasen a encontrarme de nuevo conmigo mismo. Sé que estoy en las

personas que me rodean, y ellas están en mí. Juntos escribimos el Libro de la Vida, con nuestros encuentros siempre determinados por el destino y nuestras manos unidas en la fe de que podemos cambiar este mundo. Cada uno colabora con una palabra, una frase, una imagen, pero al final todo tiene sentido: la felicidad de uno se transforma en la alegría de todos.

Siempre nos preguntaremos las mismas cosas. Siempre necesitaremos tener la suficiente humildad para aceptar que nuestro corazón entiende la razón por la que estamos aquí. Sí, es difícil hablar con el corazón, pero ¿será realmente necesario? Basta tener confianza, seguir las señales, vivir tu Leyenda Personal y, tarde o temprano, nos damos cuenta de que formamos parte de algo, aunque no podamos comprenderlo racionalmente. Dice la tradición que, el segundo antes de nuestra muerte, nos damos cuenta de la verdadera razón de la existencia. En ese momento nace el Infierno o el Paraíso.

El Infierno es mirar hacia atrás en esa fracción de segundo y saber que hemos desperdiciado una oportunidad de dignificar el milagro de la vida. El Paraíso es poder decir en ese momento: «He cometido algunos errores pero no he sido cobarde. He vivido mi vida y he hecho lo que debía hacer.»

Entonces, no es necesario anticipar mi infierno y seguir dándole vueltas al hecho de no ser capaz de seguir adelante en lo que entiendo como «Búsqueda Espiritual». Debo seguir intentándolo, y eso basta. Incluso aquellos que no hicieron todo lo que podían haber hecho ya están perdonados; pagaron su pena mientras vivían, fueron infelices cuando podían estar en paz y armonía. Estamos todos redimidos, libres para seguir adelante en esta caminata que no tuvo comienzo y no tendrá fin.

No he traído ningún libro. Mientras espero para bajar y cenar con mis editores rusos, hojeo una de esas revistas que siempre hay en las habitaciones de los hoteles. Leo sin mucha curiosidad un artículo sobre el bambú chino. Después de plantada la semilla, no se ve nada durante aproximadamente cinco años, salvo un brote diminuto. Todo el crecimiento es subterráneo; se está construyendo una compleja estructura de raíces que se extiende vertical y horizontalmente por la tierra. Entonces, al final del quinto año, el bambú chino crece velozmente hasta alcanzar una altura de veinticinco metros.

No podía haber encontrado una lectura más aburrida para pasar el rato. Será mejor bajar y observar lo que sucede en el vestíbulo del hotel.

Tomo un café mientras espero la hora de la cena. Mónica, mi agente y mi mejor amiga, también baja y se sienta a mi mesa. Hablamos de algunas cosas sin importancia. Veo que está cansada de haber pasado todo el día con los profesionales del libro, mientras controlaba por teléfono, junto a la editora inglesa, lo que sucedía en mi encuentro con los lectores.

Empezamos a trabajar juntos cuando ella aún tenía veinte años; era una lectora entusiasmada que estaba convencida de que un escritor brasileño podría ser traducido y publicado fuera de su país. Mónica abandonó la facultad de Ingeniería Química, en Río de Janeiro, se mudó a España con su novio y se puso a llamar a las puertas de las editoriales, a enviar cartas explicándoles que tenían que prestarle atención a mi trabajo.

Un día fui hasta la pequeña ciudad de Cataluña en la que ella vivía, la invité a un café y le pedí que dejase todo aquello y que pensase más en su vida y en su futuro, ya que nada estaba dando resultado. Ella se negó y me dijo que no podría volver a Brasil con una derrota. Intenté convencerla de que había vencido, había sido capaz de sobrevivir (distribuyendo panfletos, trabajando de camarera) y había tenido la experiencia única de vivir fuera de su país. Mónica siguió negándose. Salí de aquel café con la sensación de que ella estaba desperdiciando su vida, pero que nunca conseguiría hacerla cambiar de idea, pues era muy testaruda. Seis meses después la situación cambió por completo y, en otros seis meses, ella tenía el dinero suficiente para comprar un apartamento.

Creyó en lo imposible y, precisamente por eso, venció batallas que todos — incluido yo — considerábamos perdidas. Ésa es la cualidad del guerrero: entender que voluntad y coraje no son lo mismo. El coraje puede atraer el miedo y la adulación, pero la fuerza de voluntad requiere paciencia y compromiso. Los hombres y las mujeres con una inmensa fuerza de voluntad son generalmente solitarios, porque transmiten frialdad. Mucha gente piensa que Mónica es un poco fría, pero no podrían estar más lejos de la verdad: en su corazón arde un fuego secreto, tan intenso como en la época en la que nos reunimos en aquel café. A pesar de todo lo que ha conseguido, mantiene el entusiasmo de siempre.

Cuando le iba a contar —para distraerla— mi conversación con J., entran en el café las dos editoras de Bulgaria. Muchos de los participantes de la Feria del Libro se hospedan en el mismo hotel. Hablamos de trivialidades y en seguida Mónica asume el rumbo de la conversación. Como es costumbre, una de ellas se vuelve hacia mí y me hace la pregunta de rigor:

—¿Cuándo vas a visitar de nuevo nuestro país?

—Si conseguís organizar el viaje, la semana que viene. Lo único que quiero es una fiesta después de la tarde de firmas.

Ambas me miran incrédulas.

«¡EL BAMBÚ CHINO!»

Mónica se dirige a mí horrorizada:

—Vamos a ver la agenda...

—...pero seguro que puedo estar en Sofía la semana que viene —interrumpo a Mónica.

Y para ella, en portugués:

—Más tarde te lo explico.

Mónica ve que no estoy de broma, pero las editoras dudan. Preguntan si no me gustaría esperar un poco, hasta que puedan hacer un trabajo de promoción adecuado.

—La semana que viene —insisto—. O lo dejamos para otra ocasión.

Es entonces cuando entienden que estoy hablando en serio. Se vuelven hacia Mónica esperando los detalles. En ese preciso momento llega mi editor español. La conversación en la mesa se interrumpe, se hacen las presentaciones de rigor y llega la pregunta de siempre:

—Entonces, ¿cuándo vamos a tener el placer de verte de nuevo en nuestro país?

—Justo después de mi visita a Bulgaria.

—¿Cuándo será eso?

—Dentro de dos semanas. Podemos planear una tarde de firmas en Santiago de Compostela y otra en el País Vasco. Con fiestas para celebrar esos encuentros, a las que invitaremos a algunos lectores.

Las editoras búlgaras empiezan a dudar de nuevo, y Mónica esboza una sonrisa forzada.

«¡Comprométete!», había dicho J.

El bar empieza a llenarse. En todas las grandes ferias, sean de libros o de maquinaria pesada, los profesionales suelen quedarse en dos o tres hoteles, y gran parte de los negocios se cierran en los vestíbulos y en las cenas como la que se va a celebrar esa noche. Saludo a todos los editores y voy aceptando invitaciones a medida que repiten la pregunta de siempre: «¿Cuándo vas a visitar nuestro país?» Intento mantener la conversación el tiempo suficiente para evitar que Mónica me pregunte qué está sucediendo. Su única opción es anotar los compromisos que voy asumiendo.

En un determinado momento interrumpo una discusión con el editor árabe para saber cuántas visitas hay anotadas.

—Me estás poniendo en una situación complicadísima —responde Mónica en portugués, irritada.

—¿Cuántos?

—Seis países, cinco semanas. ¿No sabes que esta feria es para profesionales y no para escritores? No tienes que aceptar ninguna invitación, ya me encargo yo de...

Llega el editor portugués y no podemos seguir hablando en nuestra lengua secreta. Como él no dice nada aparte de las trivialidades de siempre, me adelanto yo:

—¿No me vas a invitar a visitar Portugal?

Confiesa que estaba cerca y que ha podido escuchar lo que Mónica y yo decíamos.

—No estoy de broma. Me gustaría mucho organizar una tarde de firmas en Guimarães y otra en Fátima.

—Llegado el momento no se puede cancelar. Ya sabes...

—No voy a cancelarlo. Lo prometo.

Él acepta, y Mónica pone Portugal en la agenda: otros cinco días. Finalmente, mis editores rusos —un hombre y una mujer— se acercan y nos saludan. Mónica respira aliviada. Es el momento de arrastrarme hasta el restaurante.

Mientras esperamos el taxi, ella me llama a un lado.

—¿Te has vuelto loco?

—Hace muchos años, como ya sabes. ¿Conoces la historia del bambú chino? Pasa cinco años siendo un brote, durante los cuales sólo se desarrollan sus raíces. Y después, en muy poco tiempo, crece veinticinco metros.

—¿Y qué tiene eso que ver con la locura que acabo de presenciar?

—Más tarde te cuento la conversación que tuve hace un mes con J. Pero lo que importa ahora es que eso es lo que me estaba sucediendo a mí: invertí trabajo, tiempo y esfuerzo, intenté nutrir el crecimiento con mucho amor y mucha dedicación, y nada sucedía. No sucedió nada durante años.

—¿Cómo que no sucedió nada? ¿No te das cuenta de quién eres?

El taxi llega. El editor ruso abre la puerta para que Mónica entre.

—Estoy hablando del lado espiritual. Pienso que soy un bambú chino y que ha llegado mi quinto año. Es hora de levantarme de nuevo. Me has preguntado si me he vuelto loco y te he respondido con una broma. Pero la verdad es que me estaba volviendo loco. Empecé a pensar que todo lo que había aprendido no echaba raíces.

Durante una fracción de segundo, justo después de la llegada de las editoras búlgaras, sentí la presencia de J. a mi lado y entonces comprendí sus palabras, aunque ese *insight* hubiese ocurrido después de hojear una revista de jardinería en un momento de tedio absoluto. Mi exilio autoimpuesto, que por un lado me hizo descubrir cosas muy importantes de mí mismo, también tuvo un serio efecto colateral: la soledad se convirtió en un vicio. Mi universo se había limitado a los pocos amigos en las montañas, las respuestas a cartas y correos electrónicos, y la ilusión de que todo el resto del tiempo era mío. En fin, una vida sin los problemas habituales que resultan de la convivencia con otras personas, del contacto humano.

Pero ¿es eso lo que estoy buscando? ¿Una vida sin desafíos? ¿Y cuál es la gracia de buscar a Dios fuera de las personas?

Conozco a muchos que lo hicieron. Una vez tuve una discusión seria y al mismo tiempo graciosa con una monja budista que había pasado veinte años aislada en una cueva del Nepal. Le pregunté qué había conseguido. «Un orgasmo espiritual», respondió. Le comenté que hay maneras más fáciles de conseguir orgasmos.

Nunca sería capaz de recorrer ese camino, no está en mi horizonte. Simplemente no puedo; no podría pasar el resto de mi vida buscando orgasmos espirituales o contemplando el roble del jardín de mi casa y esperando que la sabiduría viniese de la

contemplación. J. lo sabe y me incitó a hacer este viaje para que entendiese que mi camino está reflejado en la mirada de los otros y, si quiero encontrarme a mí mismo, necesito ese mapa.

Les pido disculpas a los editores rusos y les digo que tengo que terminar una conversación con Mónica en portugués. Empiezo a contarle una historia:

—Un hombre resbaló y cayó en un agujero. Un cura pasaba por el lugar y el hombre le pidió que lo ayudase a salir de allí. El cura lo bendijo, pero siguió adelante. Horas después apareció un médico. El hombre pidió ayuda, y el médico se limitó a observar de lejos los arañazos, escribir una receta y decirle que comprase los medicamentos en la farmacia más cercana. Finalmente apareció alguien a quien no había visto nunca antes. De nuevo, el hombre pidió ayuda, y el extraño se tiró dentro del agujero. «¿Y ahora? ¡Estamos los dos atrapados aquí!» A lo que el extraño respondió: «No, no lo estamos. Yo soy de aquí y sé cómo llegar ahí arriba.»

—Lo cual significa... —dice Mónica.

—Que necesito extraños como ése —explico—. Mis raíces están listas, pero sólo podré seguir adelante con la ayuda de los demás. No sólo la tuya, o la de J., o la de mi mujer, sino la de gente que nunca he visto. Estoy seguro. Ésa es la razón por la que pedí una fiesta al final de las tardes de firmas.

—Nunca estás satisfecho —se queja Mónica.

—Y es precisamente por eso por lo que me adoras —le respondo con una sonrisa.

En el restaurante hablamos un poco de todo, celebramos algunas conquistas e intentamos concretar ciertos detalles. Tengo que controlarme para no entrometerme demasiado, ya que Mónica es la que manda en todo lo que se refiere a la edición. Pero, en un determinado momento, surge de nuevo la pregunta, esta vez dirigida a ella:

—¿Y cuándo vamos a poder contar con la presencia de Paulo en Rusia?

Mónica empieza a explicarles que mi agenda está muy complicada, ya que tengo una serie de compromisos a partir de la semana que viene. Y en ese momento la interrumpo:

—Siempre he tenido un sueño. Ya intenté realizarlo dos veces y no pude. Si me ayudáis, voy a Rusia.

—¿Y qué sueño es éste?

—Atravesar el país en tren y llegar hasta el océano Pacífico. Podemos parar en algunos lugares y organizar tardes de firmas. Así honraremos a los lectores que nunca tienen la oportunidad de ir hasta Moscú.

Los ojos de mi editor brillan de alegría. Precisamente estaba hablando sobre las crecientes dificultades de distribución en un país tan grande, con siete husos horarios diferentes.

—Es una idea muy romántica, muy bambú chino, pero poco práctica —ríe Mónica—. Sabes que no podré acompañarte porque acabo de tener un hijo.

El editor, sin embargo, está entusiasmado. Pide su quinto café de esa noche, explica que se encargará de todo, que la subagente de Mónica podrá representarla, que no tiene que preocuparse por nada: todo va a ir bien.

Completo así la agenda de dos meses seguidos de viajes, dejando por el camino a una serie de personas contentas pero estresadas porque van a tener que organizarlo todo en el momento, una agente y amiga que me mira con cariño y respeto y un maestro que no está aquí pero que sabe que me he comprometido aun sin entender lo que me decía. Es una noche fría y prefiero volver andando solo al hotel, asustado de mí mismo pero alegre porque ahora ya no puedo dar marcha atrás.

Y era eso precisamente lo que yo quería. Si creyese que iba a vencer, la victoria también creería en mí. Ninguna vida está completa sin un toque de locura. O, usando las palabras de J.: necesitaba reconquistar mi reino. Si era capaz de entender lo que pasaba en el mundo, sería capaz de entender lo que me pasaba a mí.

En el hotel hay un mensaje de mi mujer que dice que no ha conseguido localizarme y me pide que la llame en cuanto pueda. Mi corazón se dispara, pues casi nunca llama cuando estoy de viaje. Le devuelvo inmediatamente la llamada. Los segundos entre un tono y otro parecen una eternidad. Al fin contesta:

—Veronique ha sufrido un aparatoso accidente de coche, pero su vida no corre

peligro —dice, nerviosa.

Le pregunto si puedo llamarla ahora, pero la respuesta es no. Veronique está en el hospital.

—¿Recuerdas al vidente?

¡Sí, lo recuerdo! También predijo algo para mí. Colgamos y llamo inmediatamente a la habitación de Mónica. Le pregunto si he concertado alguna visita a Turquía.

—¿No recuerdas las invitaciones que aceptaste?

Le digo que no. Estaba como eufórico cuando empecé a decir «sí» a todos los editores.

—Pero sabes los compromisos que has asumido, ¿no? Aún se pueden cancelar, si quieres.

Le explico que estoy contento por los compromisos, no se trata de eso. A esa hora de la noche resulta muy difícil explicar lo del vidente, la predicción, el accidente de Veronique. Insisto para que Mónica me diga si he concertado algún acto en Turquía.

—No —responde ella—. Los editores turcos están hospedados en un hotel diferente. En caso contrario...

Ambos nos reímos.

Puedo dormir tranquilo.

La linterna del extranjero

Casi dos meses de peregrinación, la alegría está de vuelta, pero cada noche me pregunto si seguirá conmigo cuando vuelva a casa. ¿Estaré de verdad haciendo lo realmente necesario para que el bambú chino crezca? Ya he pasado por seis países, me reuní con mis lectores, me divertí, aparté momentáneamente una depresión que amenazaba con instalarse, pero algo me dice que todavía no he recuperado mi reino. Todo lo que he hecho no es muy diferente de los viajes de los años anteriores.

Ahora sólo falta Rusia. Y después, ¿qué voy a hacer? ¿Seguir adquiriendo compromisos para seguir adelante o parar y ver cuáles son los resultados?

Aún no he llegado a ninguna conclusión. Sólo sé que una vida sin causa es una vida sin efecto. Y no puedo permitir que eso me suceda. Si es necesario, viajo el resto del año.

Estoy en la ciudad africana de Túnez. La conferencia va a empezar, y —gracias a Dios— la sala está llena. Debería ser presentado por dos intelectuales del lugar. En el breve encuentro que hemos tenido antes, uno de ellos me mostró un texto de dos minutos; el otro había escrito una disertación de media hora sobre mi trabajo.

Con mucho tacto, el coordinador le explica que es imposible leer la disertación, ya que el acto debe durar como máximo cincuenta minutos. Imagino cuánto ha debido de trabajar en el texto, pero el coordinador tiene razón: estoy en Túnez para tener contacto con mis lectores. Se produce una breve discusión, dice que ya no desea participar y se marcha.

Empieza la conferencia. Las presentaciones y los agradecimientos duran como máximo cinco minutos, y ahora dispongo del resto del tiempo para un diálogo abierto. Digo que no estoy allí para explicar nada, y que me gustaría que el acto dejase de ser una presentación convencional y se convirtiese en una conversación.

Una joven hace la primera pregunta: ¿Qué son las señales de las que tanto hablo en mis libros? Le explico que es un lenguaje extremadamente personal que desarrollamos a lo largo de la vida, a través de aciertos y errores, hasta que entendemos cuándo Dios nos está guiando. Otro pregunta si fue una señal la que me trajo a este país lejano. Le digo que sí, pero no entro en más detalles. La conversación continúa, el tiempo pasa rápidamente y tengo que finalizar el acto. Escojo al azar, entre seiscientas personas, a un hombre de mediana edad, con un grueso bigote, para la pregunta final.

—No quiero hacer una pregunta —dice—. Sólo quiero decir un nombre.

Y dice el nombre de una pequeña iglesia en Barbazan-Debat, que queda en medio de ningún lugar, a miles de kilómetros de donde me encuentro, y donde un día coloqué una placa de agradecimiento por un milagro. Es el nombre de la iglesia a la que fui, antes de esta peregrinación, a pedirle a la Virgen que protegiese mis pasos.

Ya no sé cómo continuar la conferencia. Las palabras que siguen fueron escritas por uno de los presentadores que componían la mesa:

«Y, de repente, el Universo parecía haber dejado de moverse en aquella sala. Sucedieron tantas cosas... vi tus lágrimas. Vi las lágrimas de tu dulce mujer, cuando aquel lector anónimo pronunció el nombre de una capilla perdida en algún lugar del mundo. Te quedaste sin voz. Tu rostro sonriente se puso serio. Tus ojos se llenaron de lágrimas tímidas, que temblaban en la punta de tus pestañas, como si quisieran disculparse por estar allí sin haber sido invitadas.

»Allí también estaba yo, sintiendo un nudo en la garganta, sin saber por qué. Busqué entre el público a mi mujer y a mi hija, siempre las busco cuando me siento al borde de algo que no conozco. Ellas estaban allí, pero tenían los ojos fijos en ti, silenciosas como todo el mundo, procurando apoyarte con sus miradas, como si las miradas pudiesen sostener a un hombre.

»Entonces me fijé en Christina, pidiendo socorro, intentando comprender lo que estaba sucediendo, buscando cómo terminar aquel silencio que parecía infinito. Y vi que también ella lloraba, en silencio, como si fueseis notas de la misma sinfonía y como si las lágrimas de ambos se tocasen a pesar de la distancia.

»Y durante largos segundos ya no había sala, ni público, nada más. Tú y tu mujer habíais partido hacia un lugar al que nadie podía seguiros; todo lo que existía era la alegría de vivir, contada sólo con el silencio y la emoción.

»Las palabras son lágrimas que fueron escritas. Las lágrimas son palabras que necesitan brotar. Sin ellas, ninguna alegría tiene brillo, ninguna tristeza tiene final. Así pues, gracias por tus lágrimas.»

Debería decirle a la chica que había hecho la primera pregunta —sobre las señales — que aquélla era una de ellas, que confirmaba que yo estaba donde debía estar, en el momento justo, a pesar de no entender muy bien lo que me había llevado hasta allí.

Pero pienso que no fue necesario: debió de darse cuenta.²

Mi mujer y yo caminamos de la mano por el bazar de Túnez, a quince kilómetros de las ruinas de Cartago, que en un pasado remoto fue capaz de enfrentarse a la poderosa Roma. Debatimos sobre la epopeya de Aníbal, uno de sus guerreros. Los romanos esperaban una batalla marítima, ya que las dos ciudades estaban separadas por tan sólo unos cientos de kilómetros de mar. Pero Aníbal se enfrentó al desierto, cruzó el estrecho de Gibraltar con un gigantesco ejército, atravesó España y Francia, subió los Alpes con soldados y elefantes y atacó el imperio por el norte, en una de las mayores epopeyas militares de las que se tiene noticia.

Venció a todos los enemigos en su camino y de repente —sin que hasta hoy nadie sepa muy bien por qué— paró delante de Roma y no atacó en el momento exacto. El resultado de esa indecisión fue que las legiones romanas borraron a Cartago del mapa.

—Aníbal paró y fue derrotado —pienso en voz alta—. Doy gracias por continuar, aunque al principio hubiese sido difícil. Estoy empezando a acostumbrarme al viaje.

Mi mujer finge no haber escuchado, porque se ha dado cuenta de que estoy intentando convencerme de algo. Vamos hasta un bar para reunirnos con un lector, Samil, seleccionado al azar en la fiesta que siguió a la conferencia. Le pido que evite todos los monumentos y puntos turísticos y que nos enseñe dónde está la verdadera vida de la ciudad.

Nos lleva hasta un bonito edificio donde, en el año 1754, un hermano mató a otro. El padre de ambos decidió construir este palacio para albergar una escuela, manteniendo viva la memoria del hijo asesinado. Comento que, al hacerlo, el hijo asesino también será recordado.

—No es así exactamente —dice Samil—. En nuestra cultura, el criminal comparte la culpa con todos los que le permitieron cometer el crimen. Cuando un hombre es asesinado, aquel que le vendió el arma también es responsable ante Dios. Para el padre, la única manera de corregir el que consideraba su error fue transformar la tragedia en algo que pudiese ayudar a los demás.

De repente todo desaparece: la fachada de la casa, la calle, la ciudad, África. Doy un gigantesco salto en la oscuridad, entro en un túnel que da a un subterráneo húmedo. Estoy allí delante de J., en una de las muchas vidas que viví, doscientos años antes del asesinato cometido en esa casa. Su mirada es dura, está a punto de censurarme.

Vuelvo con la misma rapidez al presente. Ha sucedido todo en una fracción de segundo; la casa, Samil, mi mujer y el bullicio de la calle en Túnez regresan. ¿Por qué? ¿Por qué las raíces del bambú chino todavía insisten en envenenar la planta? Ya fue todo vivido y se pagó el precio.

«Fuiste cobarde una vez, mientras que yo fui injusto en muchas ocasiones. Pero eso me liberó», había dicho J. en Saint Martin. Él, que nunca me había animado a

volver al pasado, que estaba totalmente en contra de los libros, los manuales y ejercicios que enseñaban a hacerlo.

—En vez de recurrir a la venganza, que se limita al castigo, la escuela permitió que la instrucción y la sabiduría se pudieran transmitir durante más de dos siglos —concluye Samil.

No me perdí ni una sola palabra de lo que él acababa de decir y, aun así, había dado un gigantesco salto en el tiempo.

—Es eso.

—¿Es eso el qué? —pregunta mi mujer.

—Estoy caminando. Empiezo a entender. Todo empieza a tener sentido.

Siento una gran euforia. Samil no comprende nada.

—¿Qué piensa el islam de la reencarnación? —pregunto.

Samil me mira sorprendido.

—No tengo la menor idea, no soy un erudito —dice.

Le pido que se informe. Coge el móvil y hace algunas llamadas. Nosotros dos vamos hasta un bar y pedimos cafés fortísimos. La cena de esta noche va a ser de marisco, estamos cansados y tenemos que resistir la tentación de picar algo.

—He tenido un *déjà-vu* —le explico.

—Todo el mundo los tiene a veces. Es esa misteriosa sensación de que ya hemos vivido el momento presente. No hay que ser mago para eso —bromea Christina.

Claro que no. Pero el *déjà-vu* va mucho más allá de una sorpresa que olvidamos rápidamente, porque jamás nos detenemos en algo que no tiene sentido. Demuestra que el tiempo no pasa. Es un salto en algo que realmente ya fue vivido y que se está repitiendo.

Samil ha desaparecido de nuestra vista.

—Mientras el chico contaba la historia de la casa, fui lanzado al pasado durante una milésima de segundo. Estoy seguro de que sucedió cuando él comentó que la responsabilidad no es sólo del asesino, sino de todos aquellos que crearon las condiciones para el crimen. La primera vez que estuve con J., en 1982, comentó algo sobre mi conexión con su padre. Después nunca volvió a tocar el asunto, y yo también lo olvidé. Pero hace unos momentos lo vi. Y sé de qué estaba hablando.

—De aquella vida que me contaste...

—Sí. De aquella vida. En la Inquisición española.

—Ya pasó. No vale la pena seguir volviendo y torturándote por algo que hiciste hace mucho tiempo.

—No me torturo. Hace mucho tiempo aprendí que para curar mis heridas precisaba tener el coraje de afrontarlas. Aprendí también a perdonarme y a corregir mis errores. Sin embargo, desde que salí de viaje siento que estoy ante un gigantesco rompecabezas cuyas piezas empiezan a mostrarse: piezas de amor, de odio, de

sacrificio, de perdón, de alegría, de infelicidad. Es por eso por lo que estoy aquí contigo. Me siento mucho mejor, como si de hecho estuviera buscando mi alma, mi reino, en vez de pasar el tiempo quejándome de que no consigo asimilar todo lo que he aprendido.

«No lo consigo porque no lo entiendo bien. Pero cuando lo haga, la verdad me liberará.»

Samil ha regresado con un libro en árabe. Se sienta con nosotros, consulta sus anotaciones y lo hojea respetuosamente, murmurando palabras árabes.

—He hablado con tres eruditos —dice finalmente—. Dos de ellos afirmaron que después de la muerte los justos van al Paraíso. El tercero, sin embargo, me pidió que consultase algunos versículos del Corán.

Veo que está excitado.

—Aquí está el primero, 2:28: «Alá te hará morir y después te resucitará, y de nuevo volverás a Él.» Disculpa si mi traducción no es totalmente correcta, pero viene a decir eso.

Hojea febrilmente el libro sagrado. Traduce el segundo versículo, 2:154:

—«Y no digas sobre aquellos que fueron sacrificados en nombre de Alá: “Están muertos.” No, están vivos, aunque no puedas verlos.»

—¡Eso!

—Tengo otros versículos. Pero, en verdad, no me siento muy cómodo hablando de eso ahora. Prefiero hablar de Túnez.

—Es suficiente. Las personas nunca parten, estamos siempre aquí en nuestras vidas pasadas y futuras. Por si te interesa, ese tema también aparece en la Biblia. Recuerdo un pasaje en el que Jesús se refiere a san Juan Bautista como la reencarnación de Elías: «Y si queréis aceptarlo, éste (Juan) es el Elías que tenía que venir.» Pero hay más versículos al respecto —comento.

Él se pone a contar algunas historias sobre el nacimiento de la ciudad. Entiendo que es hora de levantarnos y de continuar el paseo.

En una de las puertas de la antigua muralla hay una linterna y Samil nos explica su significado:

—Éste es el origen de uno de los más célebres proverbios árabes: «La luz ilumina sólo al extranjero.»

Nos comenta que el proverbio es muy aplicable a la situación que estamos viviendo ahora. Samil sueña con ser escritor y lucha por conseguir un reconocimiento en su país mientras que yo, un autor brasileño, ya soy conocido por aquí.

Le explico que nosotros también tenemos un proverbio semejante: «Nadie es

profeta en su tierra.» Siempre tendemos a valorar lo que viene de lejos, sin reconocer nunca lo hermoso que hay a nuestro alrededor.

—Sin embargo —prosigo—, de vez en cuando necesitamos ser extranjeros de nosotros mismos. Y así la luz escondida en nuestra alma iluminará lo que ha de ser visto.

Mi mujer parece no estar siguiendo la conversación. Pero en un determinado momento se vuelve hacia mí y dice:

—Hay algo en esta linterna que no soy capaz de explicar exactamente qué es, pero que se aplica a ti ahora. Cuando lo sepa, te lo diré.

Dormimos un poco, cenamos con amigos y vamos a pasear otra vez por la ciudad. Entonces mi mujer consigue decirme lo que sintió por la tarde:

—Estás viajando, pero al mismo tiempo no has salido de casa. Mientras estemos juntos, va a seguir siendo así, ya que tienes a alguien a tu lado que te conoce y eso te da la falsa sensación de que todo es familiar. Así pues, es hora de que sigas adelante tú solo. La soledad puede ser enorme y muy opresora, pero terminará por desaparecer si estás más en contacto con los demás.

Después de una pausa, continúa:

—Una vez leí que no hay dos hojas iguales en un bosque de cien mil árboles. Tampoco hay dos viajes iguales en el mismo Camino. Seguir juntos, intentando hacer que las cosas encajen en nuestra manera de ver el mundo, no nos va a beneficiar a ninguno de los dos. Te bendigo y te digo: ¡hasta Alemania, en el primer partido de la Copa del Mundo de fútbol!

Si pasa el viento frío

Hay una chica esperándome fuera del hotel en Moscú, cuando llego con mis editores. Se acerca y me coge las manos.

—Tengo que hablar contigo. He venido desde Ekaterinburg sólo para esto.

Estoy cansado. Me he levantado más temprano que de costumbre; tuve que cambiar de avión en París porque no había vuelo directo, intenté dormir en el viaje pero, cada vez que conseguía quedarme dormido, entraba en una especie de sueño repetido que no me gustaba nada.

Mi editor me explica que mañana tendremos una tarde de firmas y que dentro de tres días estaremos en Ekaterinburg, la primera parada del viaje en tren. Le tiendo la mano a la muchacha para despedirme y noto que las suyas están muy frías.

—¿Por qué no has entrado en el hotel para esperarme?

Lo que realmente me gustaría es preguntarle cómo ha descubierto en qué hotel estoy hospedado. Pero puede que no sea tan difícil, y no es la primera vez que me sucede algo parecido.

—Leí tu blog el otro día y entendí que lo escribiste para mí.

Estaba empezando a anotar mis reflexiones sobre el viaje en un blog. Todavía era algo experimental y, como enviaba los textos con antelación, no sabía exactamente a qué artículo se refería ella. Aun así, estaba seguro de que no había ninguna referencia a la chica que acabo de conocer.

Ella saca un papel con parte de mi texto impreso. Me lo sé de memoria, aunque no recuerde quién me contó la historia: un hombre que necesita dinero le pide a su jefe que lo ayude. El jefe lo desafía: si pasa una noche entera en lo alto de la montaña, recibirá una gran recompensa pero, si no lo consigue, tendrá que trabajar gratis.

El texto sigue:

«Al salir de la tienda, Ali vio que soplaba un viento helado, tuvo miedo y decidió preguntarle a su mejor amigo, Aydi, si no era una locura hacer esa apuesta.

»Después de reflexionar un poco, Aydi respondió:

»—Te voy a ayudar. Mañana, cuando estés en lo alto de la montaña, mira hacia adelante. Yo estaré en lo alto de la montaña de al lado, voy a pasar toda la noche con una hoguera encendida para ti. Mira el fuego, piensa en nuestra amistad, y eso te mantendrá caliente. Lo conseguirás y después yo te pediré algo a cambio.

»Ali superó la prueba, cogió el dinero y fue hasta la casa de su amigo.

»—Me dijiste que querías que te pagase.

»Aydi respondió:

»—Sí, pero no con dinero. Prométeme que, si en algún momento el viento frío pasa por mi vida, encenderás para mí el fuego de la amistad.»

Le agradezco el detalle, le digo que ahora estoy ocupado, pero que, si quiere ir hasta la única tarde de firmas que voy a dar en Moscú, será un gran placer firmarle alguno de sus libros.

—No he venido para eso. Sé que vas a cruzar Rusia en tren y voy a ir contigo. Cuando leí tu primer libro, oí una voz que me decía que una vez tú encendiste para mí un fuego sagrado y que un día tendría que retribuirte por ello. He soñado muchas noches con ese fuego y pensé en ir hasta Brasil a buscarte. Sé que necesitas ayuda y estoy aquí para eso.

La gente que está conmigo se ríe. Yo procuro ser gentil y le digo que nos veremos al día siguiente. El editor le explica que hay alguien esperándome, aprovecho la disculpa y me despido.

—Me llamo Hilal —dice ella, antes de irse.

Diez minutos después subo a mi habitación. Ya he olvidado a la chica que me abordó fuera. No recuerdo su nombre y, si volviese a encontrarla ahora, sería incapaz de reconocerla. Pero algo me había dejado ligeramente incómodo. Sus ojos reflejaban amor y muerte al mismo tiempo.

Me quedo totalmente desnudo, abro la ducha y me meto debajo del agua; uno de mis rituales favoritos.

Coloco la cabeza de tal manera que lo único que puedo escuchar es el ruido del agua en mis oídos; eso me aparta de todo. Me transporta a otro mundo. Como un maestro que presta atención a cada instrumento de la orquesta, empiezo a distinguir cada sonido, que se transforma en palabras que no puedo comprender, pero que sé que existen.

El cansancio, la ansiedad, la desorientación de estar cambiando tan a menudo de país... todo desaparece. Cada día que pasa veo que el largo viaje está surtiendo el efecto deseado. J. tenía razón, me estaba dejando envenenar lentamente por la rutina del día a día: los baños eran simplemente para limpiar la piel, las comidas servían para alimentar mi cuerpo, las caminatas no tenían otro objetivo que evitar problemas de corazón en el futuro.

Ahora las cosas están cambiando; imperceptiblemente, pero están cambiando. Las comidas son momentos en los que puedo reverenciar la presencia y las enseñanzas de los amigos, las caminatas han vuelto a ser una meditación sobre el momento presente, y el ruido del agua en mis oídos silencia mi pensamiento, me tranquiliza y me hace redescubrir que son los pequeños gestos cotidianos los que nos acercan a Dios, siempre que sepa dar a cada uno de ellos el valor que merece.

Cuando J. me dijo: «Deja la comodidad y ve en busca de tu reino», me sentí traicionado, confuso, abandonado. Esperaba una solución o una respuesta a mis dudas, algo que me confortase y me dejase de nuevo en paz con mi alma. Todos los que se lanzan en busca de su reino saben que no van a encontrar nada de eso, sólo desafíos, largos períodos de espera, cambios inesperados, o, lo que es peor, tal vez no encuentren nada.

«Estoy exagerando. Si buscamos algo, ese algo también nos está buscando.»

Aun así, hay que estar preparado para todo. En este momento tomo la decisión que faltaba: si no encuentro nada en este viaje en tren, seguiré adelante, porque desde aquel día en el hotel en Londres entendí que mis raíces estaban listas, pero el alma moría poco a poco por algo muy difícil de detectar y todavía más difícil de curar.

La rutina.

La rutina no tiene nada que ver con la repetición. Para alcanzar la excelencia en cualquier cosa en la vida, hay que repetir y practicar.

Practicar y repetir, aprender la técnica de tal manera que se vuelva intuitiva. Eso lo aprendí siendo todavía un niño, en una ciudad del interior de Brasil, adonde mi familia iba a pasar las vacaciones de verano. A mí me fascinaba el trabajo de un herrero que vivía cerca: me sentaba y permanecía, durante lo que me parecía una eternidad, viendo cómo su martillo caía sobre el acero caliente, soltando chispas a su alrededor, como fuegos artificiales. Una vez me preguntó:

—¿Crees que hago siempre lo mismo?

Le dije que sí.

—Te equivocas. Cada vez que bajo el martillo, la intensidad del golpe es diferente, a veces más dura, a veces más suave. Pero lo he aprendido después de repetir este gesto durante muchos años. Hasta que ha llegado el momento en que no lo pienso y dejo que la mano guíe mi trabajo.

Nunca he olvidado aquella frase.

Compartiendo almas

Miro a cada uno de mis lectores, tiendo la mano, les agradezco que estén allí. Mi cuerpo puede estar peregrinando, pero cuando mi alma vuela de un lugar a otro nunca estoy solo: es mucha la gente que he conocido y que ha entendido mi alma a través de los libros. No soy un extranjero aquí en Moscú, como tampoco lo fui en Londres, Sofía, Túnez, Kiev, Santiago de Compostela, Guimarães y todas las ciudades en las que he estado en este mes y medio.

Oigo una discusión insistente detrás de mí; procuro concentrarme en lo que estoy haciendo. La pelea, sin embargo, no parece ir a menos. Finalmente me vuelvo hacia atrás y le pregunto al editor qué es lo que sucede.

—La chica de ayer. Dice que quiere quedarse aquí cerca como sea.

No recuerdo a la chica de ayer. Pero le pido que hagan lo que sea para detener la discusión. Sigo firmando libros.

Alguien se sienta cerca de mí; uno de los guardias de seguridad de la librería viene a echar a esa persona y empieza una nueva pelea. Yo dejo lo que estoy haciendo.

A mi lado está la chica cuyos ojos revelan amor y muerte. Por primera vez reparo en ella: cabello negro, entre veintidós y veintinueve años (soy pésimo para calcular edades), chaqueta de cuero viejo, vaqueros, zapatillas deportivas.

—Ya hemos visto lo que tiene dentro de la mochila —dice el guardia de seguridad—. No hay problema. Pero no puede estar aquí.

Ella sólo sonríe. Un lector que está delante de mí espera al final de la conversación para que yo pueda firmar sus libros. Me doy cuenta de que la chica no va a irse de ninguna manera.

—Hilal, ¿te acuerdas? He venido a encender el fuego sagrado.

Le digo que la recuerdo, lo cual es mentira. La gente de la fila empieza a impacientarse, el lector que está delante de mí le dice algo en ruso y, por el tono de su voz, noto que no ha sido nada agradable.

En portugués hay un famoso proverbio: «Lo que no tiene remedio, remediado está.» Como no tengo tiempo para discusiones ahora y he de tomar una decisión rápida, sólo le digo que se aparte un poco de modo que yo pueda tener algo de intimidad con la gente que está allí. Ella obedece, se levanta y permanece discretamente de pie, a una distancia razonable.

Segundos después ya me he olvidado de ella y estoy otra vez concentrado en lo que hago. Todos me lo agradecen, yo también les doy las gracias y esas cuatro horas pasan como si estuviese en el Paraíso. Cada hora salgo a fumar un cigarrillo, pero no estoy cansado en absoluto. Siempre que termino una tarde de firmas parece que he recargado mis baterías y que tengo más energía que nunca.

Al final, pido un aplauso por la excelente organización. Es hora de seguir hacia el siguiente compromiso. La chica cuya existencia ya había olvidado se dirige de nuevo hacia mí.

—Tengo algo importante que mostrarte.

—Va a ser imposible —respondo—. Tengo una cena.

—No va a ser imposible —contesta—. Soy Hilal, la que ayer te esperaba en la puerta del hotel. Y puedo mostrarte lo que quiero aquí y ahora, mientras te preparas para salir.

Antes de que yo pueda reaccionar, ella saca un violín de la mochila y empieza a tocar.

Los lectores que ya se estaban apartando se vuelven hacia aquel concierto inesperado. Hilal toca con los ojos cerrados, como si estuviese en trance. Miro el arco moviéndose de un lado a otro, tocando las cuerdas en un solo punto y haciendo que las notas de una melodía que nunca he escuchado empiecen a decirme algo que no sólo yo, sino todos los que estamos allí, necesitamos escuchar. Hay momentos de pausa, momentos de éxtasis, momentos en que todo su cuerpo baila con el instrumento, pero la mayor parte del tiempo sólo mueve el tronco y las manos.

Cada nota deja en cada uno de nosotros un recuerdo, pero es toda la melodía la que cuenta una historia. La historia de alguien que quería acercarse a otra persona, que fue rechazado unas cuantas veces y que aun así continuó insistiendo. Mientras Hilal toca, recuerdo los muchos momentos en los que la ayuda llegó justamente de aquellas personas que yo pensaba que nada iban a aportar a mi vida.

Cuando acaba de tocar no hay aplausos, sólo un silencio que casi se puede tocar.

—Gracias —digo.

—He compartido un poco mi alma, pero todavía falta mucho para cumplir mi misión. ¿Puedo ir contigo?

Por lo general, tengo dos reacciones ante la gente que insiste mucho. O me aparto inmediatamente, o me dejo fascinar por completo. No puedo decirle a nadie que los sueños son imposibles. Tampoco todos tienen la fuerza de Mónica en aquel bar de Cataluña y, si consigo convencer a una sola persona para que deje de luchar por algo que está seguro que merece la pena, acabaré por convencerme a mí mismo también, y toda mi vida saldrá perdiendo por eso.

Había sido un día gratificante. Llamo al embajador y le pregunto si es posible incluir a un invitado más en la cena. Gentilmente me dice que mis lectores me representan.

Aunque el ambiente es formal, el embajador de Brasil en Rusia hace que todos los presentes se sientan cómodos. Hilal aparece con un vestido que, al menos yo, considero de pésimo gusto, lleno de colores y que contrasta drásticamente con la

sobriedad de los otros invitados. Sin saber muy bien dónde colocar a la invitada de última hora, los organizadores acaban escogiendo el lugar de honor, al lado del anfitrión.

Antes de dirigirnos a la mesa, mi mejor amigo ruso, un empresario, me explica que vamos a tener problemas con la subagente de Mónica, que se ha pasado todo el cóctel previo a la cena discutiendo por teléfono con su marido.

—¿Sobre qué exactamente?

—Parece ser que habías quedado en ir al club del que él es gerente, pero que lo cancelaste.

Realmente en mi agenda había escrito algo como «concertar el menú del viaje por Siberia», la menor y más irrelevante de mis preocupaciones aquella tarde en la que sólo había recibido energía positiva. CANCELÉ la reunión, que me pareció surrealista; nunca he concertado los menús. Preferí volver al hotel, darme una ducha y sentir de nuevo el ruido del agua llevándome a lugares que no sé explicarme ni siquiera a mí mismo.

Sirven la comida, las conversaciones paralelas se desarrollan de forma natural en la mesa y, en un momento dado, la embajadora pregunta amablemente quién es Hilal.

—Nací en Turquía y vine a estudiar violín a Ekaterinburg a los doce años. ¿Tiene usted idea de cómo se selecciona a los músicos?

No. Las conversaciones paralelas parecen haber disminuido. Tal vez todos están interesados en aquella chica inoportuna con su horrible vestido.

—Cualquier niño que empieza a tocar un instrumento practica un cierto número de horas a la semana. Con la práctica, todos pueden llegar a formar parte de una orquesta algún día. Sin embargo, a medida que van creciendo, algunos empiezan a practicar más que otros. Finalmente, destaca un pequeño grupo, que toca casi cuarenta horas a la semana. Siempre hay emisarios de grandes orquestas que visitan escuelas de música y van en busca de nuevos talentos, a los que invitan a hacerse profesionales. Ése fue mi caso.

—Por lo visto, encontraste tu vocación —dice el embajador—. No todo el mundo tiene esa oportunidad.

—No fue exactamente mi vocación. Empecé a tocar muchas horas a la semana porque me violaron cuando tenía diez años.

La conversación en la mesa cesa por completo. El embajador intenta cambiar de tema y comenta que Brasil está negociando con Rusia la exportación de maquinaria pesada. Pero nadie, absolutamente nadie, está interesado en la balanza comercial de mi país. Me toca a mí retomar el hilo de la historia.

—Hilal, si no te importa, creo que a todos les interesa muchísimo esa relación entre una niña violada y una virtuosa del violín.

—¿Qué significa tu nombre? —pregunta la embajadora, en una desesperada

tentativa de cambiar definitivamente el rumbo de la conversación.

—En turco significa luna nueva. Es el dibujo de la bandera de mi país. Mi padre era un nacionalista radical. Casualmente, es un nombre más apropiado para hombres que para mujeres. Creo que en árabe tiene otro significado, pero no lo conozco bien.

Yo no me doy por vencido:

—Pero, volviendo al tema de antes, ¿te importa contarnos tu historia? Estamos en familia.

¿En familia? La mayoría de aquellas personas se habían conocido durante la cena.

Todos parecen ocupadísimos con sus platos, tenedores y copas, y fingen que están concentrados en la comida, pero en realidad están locos por escuchar el resto de la historia. Hilal responde como si estuviese hablando de la cosa más natural del mundo:

—Fue un vecino, un señor que todos consideraban amable y servicial, la mejor persona para los momentos difíciles. Estaba casado y tenía dos hijas de mi edad. Siempre que iba a su casa a jugar con las niñas me sentaba en su regazo y me contaba bonitas historias. Pero, mientras lo hacía, su mano paseaba por mi cuerpo, lo cual al principio entendí como una demostración de cariño. A medida que el tiempo pasaba, empezó a tocar mi sexo y a pedirme que le tocara el suyo, cosas de ese tipo.

Mira a las otras cinco mujeres de la mesa y dice:

—Pienso que por desgracia no es algo tan extraño, ¿no creéis?

Ninguna responde. Mi instinto me dice que al menos una o dos han experimentado lo mismo.

—En fin, el problema no fue sólo ése. Lo peor fue que a mí empezó a gustarme aquello, aun sabiendo que estaba mal. Hasta que un día decidí no volver más allí, aunque mis padres insistieran en que debería jugar más con las hijas de mi vecino. Entonces yo estaba aprendiendo a tocar el violín y les expliqué que no iba bien en las clases y que tenía que practicar más. Empecé a tocar de forma compulsiva, desesperada.

Nadie se mueve, nadie sabe muy bien qué decir.

—Y como llevaba esa culpa dentro de mí, porque las víctimas terminan por considerarse los verdugos, decidí castigarme hasta ahora. Desde que me considero mujer, me puse a buscar, en todas mis relaciones con hombres, el sufrimiento, el conflicto, la desesperación.

Finalmente me mira a mí. Toda la mesa se da cuenta.

—Pero eso ahora va a cambiar, ¿verdad?

Yo, que hasta aquel momento dirigía la situación, pierdo el control. Todo lo que hago es murmurar un «espero que sí» y derivar súbitamente la conversación hacia el hermoso edificio en el que se ubica la embajada de Brasil en Rusia.

A la salida le pregunto a Hilal dónde está hospedada y le digo a mi amigo empresario si le importa llevarla a casa antes de dejarme en el hotel. Él está de acuerdo.

—Gracias por el concierto. Gracias por haber compartido tu historia con gente que jamás has visto en tu vida. Cada mañana, cuando tu mente todavía esté vacía, dedícale un poco de tiempo a lo Divino. El aire contiene una fuerza cósmica que cada cultura llama de una manera diferente, pero eso no tiene importancia. Lo importante es hacer lo que te estoy diciendo ahora. Inspira hondo y pide que todas las bendiciones que están en el aire entren en tu cuerpo y se dispersen por cada célula. Espira lentamente, proyectando mucha alegría y mucha paz a tu alrededor. Repite lo mismo diez veces. Te estarás curando a ti misma y contribuyendo a curar el mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Haz el ejercicio. Borrará poco a poco lo que sientes respecto al amor. No te dejes destruir por una fuerza que fue puesta en nuestros corazones para mejorarlo todo. Inspira absorbiendo lo que hay en los cielos y en la tierra. Espira esparciendo belleza y fecundidad. Créeme, dará resultado.

—Pero no he venido hasta aquí para aprender un ejercicio que puedo encontrar en cualquier libro de yoga —dice Hilal con irritación.

Fuera iba desfilando Moscú. En verdad, lo que realmente me gustaría sería andar por aquellas calles, tomar un café, pero el día había sido largo y tenía que levantarme temprano al día siguiente para una serie de compromisos.

—Entonces voy a ir contigo, ¿verdad?

¡No es posible! ¿Es que no puede hablar de otra cosa? La he conocido hace poco más de veinticuatro horas —si es que podemos llamarle «conocer» a un contacto tan insólito como aquél—. Mi amigo se ríe. Yo intento ser más serio.

—Mira: te he llevado a la cena del embajador. No estoy haciendo este viaje para promocionar mis libros, sino...

Dudo un poco.

—... por una cuestión personal.

—Lo sé.

Por la manera en que pronuncia la frase tengo la impresión de que realmente lo sabía. Pero prefiero no creer en mis instintos.

—Ya he hecho sufrir a muchos hombres y he sufrido mucho —continúa Hilal—. La luz del amor sale de mi alma, pero no puede seguir adelante: está bloqueada por el dolor. Por más que inspire y espire todas las mañanas el resto de mi vida, no voy a ser capaz de resolver esto. He intentado expresar ese amor a través del violín, pero tampoco es suficiente. Sé que tú me puedes curar y que puedo curar lo que tú sientes. Encendí el fuego en la montaña de al lado, puedes contar conmigo.

¿Por qué decía aquello?

—Aquello que nos hiere es aquello que nos cura —continúa—. La vida ha sido muy dura conmigo, pero al mismo tiempo me ha enseñado mucho. Aunque no lo veas, mi cuerpo está llagado, y las heridas abiertas sangran todo el tiempo. Me despierto cada mañana con ganas de morir antes de que acabe el día, pero sigo viva, sufriendo y luchando, luchando y sufriendo, aferrándome a la certeza de que todo esto va a terminar algún día. Por favor, no me dejes aquí sola. Este viaje es mi salvación.

Mi amigo frena el coche, mete la mano en el bolsillo y le da todo su dinero a Hilal.

—El tren no es suyo —dice—. Toma, creo que es más que suficiente para un billete de segunda clase y para hacer tres comidas al día.

Y volviéndose hacia mí:

—Sabes el momento por el que estoy pasando. La mujer que yo amaba murió y, por más que inspire y espire el resto de mi vida, nunca voy a conseguir ser feliz. Mis heridas están abiertas, mi cuerpo está llagado. Entiendo perfectamente lo que dice esta chica. Sé que estás haciendo este viaje por alguna razón que desconozco, pero no la dejes así. Si crees en las palabras que escribes, permite que las personas que te rodean crezcan contigo.

—Perfecto, el tren no es mío. Has de saber que voy a estar siempre rodeado de gente y que rara vez tendremos tiempo para charlar.

Mi amigo arranca otra vez el coche y conduce en silencio durante más de quince minutos. Llegamos a una calle que da a una plaza arbolada. Ella le explica dónde debe aparcar, sale, se despide de mi amigo. Yo salgo del coche y la acompaño hasta la puerta del edificio en el que está hospedada, en casa de unos amigos.

Me da un rápido beso en la boca.

—Tu amigo se equivoca pero, si yo me mostrase alegre, me pediría que le devolviese el dinero —dice, sonriendo—. No sufro tanto como él. Es más, nunca he sido tan feliz como ahora, porque he seguido las señales, he tenido paciencia y sé que eso va a cambiarlo todo.

Se vuelve y entra.

Es en ese momento, mientras camino de regreso al coche y miro a mi amigo, que ha salido a fumar un cigarrillo y está sonriendo porque ha visto el beso, escucho el viento que sopla en los árboles renovados por la fuerza de la primavera, consciente de que estoy en una ciudad que amo sin conocerla muy bien, busco un cigarrillo en mi bolsillo y pienso que mañana empiezo una aventura que soñé hace mucho tiempo. En ese momento...

...En ese momento me viene a la cabeza la predicción que hizo el vidente que conocí en casa de Veronique. Dijo algo sobre Turquía, pero no puedo recordar exactamente qué.



0 250 500 750 1000 km
0 200 400 600 millas



Los números entre paréntesis se refieren a la diferencia de huso horario que hay entre las ciudades, tomando como referencia Moscú.

El Transiberiano es una de las tres mayores redes ferroviarias del mundo. Empieza en cualquier estación de Europa, pero la parte rusa tiene 9.288 kilómetros, que unen cientos de pequeñas y grandes ciudades, cortan el setenta y seis por ciento del país y atraviesan siete husos horarios diferentes. En el momento en que entro en la estación de tren de Moscú, las once de la noche, ya es de día en Vladivostok, el punto final.

Hasta finales del siglo XIX pocos se aventuraban a viajar a Siberia, donde se registró la temperatura más baja del planeta: -71,2 °C, en la ciudad de Oymyakon. Los ríos que unían la región con el resto del mundo eran el principal medio de transporte, pero permanecían congelados ocho meses al año. La población de Asia Central vivía prácticamente aislada, aunque allí se concentraba buena parte de la riqueza natural del entonces llamado Imperio ruso. Por razones estratégicas y políticas, el zar Alejandro II aprobó su construcción, cuyo precio final sólo fue superado por el presupuesto militar del Imperio ruso durante toda la primera guerra mundial.

Después de la Revolución comunista de 1917, la red sirvió como centro de grandes batallas de la guerra civil que estalló a continuación. Las fuerzas leales al emperador depuesto, en especial la legión Checoslovaca, usaban vagones blindados que utilizaban como tanques sobre raíles y así podían rechazar sin mayores problemas las ofensivas del Ejército Rojo mientras se abastecían con munición y víveres llegados del este. Fue entonces cuando entraron en acción los sabotadores, volando puentes y cortando las comunicaciones. El ejército imperial empezó a retroceder hacia el final del continente asiático y gran parte de él cruzó hacia Canadá, para después dispersarse por otros lugares del mundo.

Cuando entré en la estación de Moscú, el precio de un billete de Europa al océano Pacífico en un compartimento en el que viajaban otras tres personas variaba entre treinta y sesenta euros.

Fui hasta el panel con el horario de trenes y ¡CLICK! ¡La primera foto, que marcaba la partida para las 23.15h! Mi corazón estaba acelerado, como si estuviese otra vez en mi casa de la infancia, con el tren eléctrico girando alrededor de la habitación y mi cabeza viajando a lugares lejanos, tan distantes como el que me encontraba en ese momento.

Mi conversación con J. en Saint Martin, que había tenido lugar hacía poco más de tres meses, parecía haber sido en una reencarnación anterior. ¡Qué preguntas más tontas hice en ese momento! ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Por qué no progreso? ¿Por qué razón siento que el mundo espiritual se aleja cada vez más? La respuesta no

podía ser más simple: ¡porque yo ya no estaba viviendo!

Qué bueno era volver a ser niño, sentir la sangre corriendo por las venas y el brillo en los ojos, entusiasmarse con la visión de un andén lleno de gente, oliendo a aceite y a comida, oír el sonido del freno de otros trenes que llegaban, el ruido agudo de los carros portaequipajes y de los silbatos.

Vivir es experimentar. Y no quedarse pensando en el sentido de la vida. Es evidente que no todo el mundo necesita cruzar Asia o hacer el Camino de Santiago. Conocí a un abad en Austria que casi nunca salía del monasterio de Melk y, aun así, entendía el mundo mucho mejor que la mayoría de los viajeros que he conocido. Tengo un amigo que experimentó grandes revelaciones espirituales mientras veía dormir a sus hijos. Mi mujer, cuando empieza a pintar un cuadro nuevo, entra en una especie de trance y habla con su ángel de la guarda.

Pero nací peregrino. Incluso cuando siento una inmensa pereza, o nostalgia de casa, una vez doy el primer paso me dejo llevar por el sentido del viaje. En la estación de Yaroslavl, caminando hacia el andén cinco, me doy cuenta de que jamás llegaré a donde quiero si permanezco todo el tiempo en el mismo lugar. Sólo puedo hablar con mi alma en los desiertos, en las ciudades, en las montañas, en las carreteras.

Nuestro vagón es el último de la composición; lo unirán y lo separarán del tren cuando paremos en algunas ciudades por el camino. Desde donde estoy no puedo ver la locomotora, sólo esa gigantesca serpiente de acero, con mongoles, tártaros, rusos, chinos, algunos de ellos sentados en maletas enormes, todos nosotros esperando que se abran las puertas. La gente viene a charlar pero yo me aparto, no quiero pensar en nada más, sólo en que estoy aquí, ahora, listo para otra partida, un nuevo desafío.

El momento de éxtasis infantil debió de durar unos cinco minutos, pero he absorbido cada detalle, cada ruido, cada olor. Después no seré capaz de acordarme de nada, pero no tiene importancia: el tiempo no es una cinta de radiocasete, que podemos hacer correr hacia adelante o hacia atrás.

«Olvida que se lo vas a contar a los demás. El tiempo es aquí. Aprovechalo.»

Me acerco al grupo y veo que también los demás están muy excitados. Me presentan al traductor que me va a acompañar: se llama Yao, nació en China y llegó a Brasil como refugiado siendo todavía un niño, durante la guerra civil de su país. Con estudios superiores en Japón, es un profesor de lenguas retirado de la Universidad de Moscú. Debe de tener unos setenta años, es alto y el único del grupo que va impecablemente vestido con traje y corbata.

—Mi nombre quiere decir «muy distante» —dice, rompiendo el hielo.

—Mi nombre significa «pequeña piedra» —respondo sonriendo. En realidad, llevo esa sonrisa pegada en la cara desde la noche anterior, cuando casi no podía

dormir pensando en la aventura del día siguiente. Mi humor no puede ser mejor.

La omnipresente Hilal está cerca del vagón que voy a ocupar, aunque su compartimento debe de estar muy lejos. No fue una sorpresa encontrarla allí; me imaginaba que iba a suceder. Le mando un beso a distancia y ella me responde con una sonrisa en los labios. En algún momento del viaje estoy seguro de que será genial que hablemos un poco.

Estoy callado, atento a cada detalle a mi alrededor, como un navegante que parte en busca del *Mare Ignotum*. El traductor respeta mi silencio. Pero noto que algo está sucediendo: los editores parecen preocupados. Le pido que me diga qué pasa.

Me explica que la persona que me representa en Rusia no ha aparecido. Recuerdo la conversación con mi amigo el día anterior, pero ¿qué importancia tiene eso? Si no ha aparecido el problema es suyo.

Veo que Hilal le dice algo a una mujer de la editorial, y la respuesta es brusca. Pero Hilal ni se inmuta, como tampoco se inmutó las otras veces que le dije que no podíamos vernos. Cada vez me gusta más su presencia, su determinación, su postura. Ambas se ponen a discutir.

Le pregunto de nuevo al traductor qué es lo que ocurre y me explica que la editora le ha pedido que vuelva a su vagón. Batalla perdida, pienso para mí mismo; esa chica sólo hace lo que ella decide. Me divierto con las únicas cosas que puedo entender: la entonación verbal y el lenguaje corporal. Cuando estimo que ya es suficiente, me acerco, todavía sonriendo.

—No vamos a provocar una vibración negativa ahora. Todos estamos contentos y excitados, ¿verdad? Ninguna de vosotras ha hecho antes este viaje.

—Ella quiere...

—Deja. Se irá para su vagón más tarde.

La editora no insiste más.

Se abren las puertas con un ruido que resuena por todo el andén y la gente empieza a moverse. ¿Quién entra en los vagones en ese momento? ¿Qué significa el viaje para cada pasajero? Un reencuentro con la persona amada, una visita a la familia, la búsqueda de un sueño de riqueza, un regreso victorioso o con la cabeza baja, un descubrimiento, una aventura, una necesidad de huir o de encontrar. El tren se va llenando de posibilidades reales.

Hilal coge sus maletas —en realidad, la mochila y una bolsa de colores— y se prepara para subir los peldaños con nosotros. La editora sonríe como si estuviese satisfecha con el fin de la discusión, pero sé que a la primera oportunidad se va a vengar. No merece la pena explicar que en la venganza lo máximo que puede suceder es que nos igualemos a nuestros enemigos, mientras que con el perdón demostramos más sabiduría e inteligencia. Salvo los monjes del Himalaya y los santos de los desiertos, creo que todos tenemos esos sentimientos porque forman parte esencial de

la condición humana. No debemos ser juzgados por eso.

Nuestro vagón se compone de cuatro compartimentos, baños, una pequeña sala en la que imagino que pasaremos la mayor parte del tiempo y una cocina.

Voy hasta mi habitación: cama de matrimonio, armario, la mesa con silla mirando hacia la ventana, una puerta que da a los baños. Veo que al final hay otra puerta. Voy hasta allí, abro y veo que da a una habitación vacía. Deduzco que las dos habitaciones comparten el mismo baño.

Sí, la representante que no ha venido. Pero ¿qué importancia tiene?

Suena el silbato. El tren empieza a moverse lentamente. Todos nos apresuramos hacia la ventana de la pequeña sala y decimos adiós a gente que no hemos visto nunca antes, vemos el andén que se queda atrás, las luces que pasan cada vez a más velocidad, los raíles surgiendo, los cables eléctricos mal iluminados. Me impresiona el silencio absoluto de la gente; ninguno de nosotros quiere hablar, estamos todos soñando con lo que puede suceder; estoy absolutamente convencido de que nadie está pensando en lo que ha dejado atrás, sino en lo que se encontrará por delante.

Cuando los raíles desaparecen en la noche cerrada, nos sentamos alrededor de la mesa. Aunque sobre ella hay una cesta con fruta, ya hemos cenado en Moscú y lo único que realmente despierta el interés general es una reluciente botella de vodka, que abrimos inmediatamente. Bebemos y hablamos de todo, menos del viaje, porque es el presente, y no los recuerdos del pasado. Bebemos más y empezamos a hablar un poco de lo que cada uno espera de los próximos días. Volvemos a beber y ahora una alegría general contagia el ambiente. Nos hacemos todos amigos de la infancia.

El traductor me habla un poco de su vida y de sus pasiones: literatura, viajes, artes marciales. Por casualidad aprendí aikido cuando era joven; dice que, si en algún momento de tedio no tenemos de qué hablar, podemos practicar un poco en el exiguo pasillo que está al lado de los compartimentos.

Hilal habla con la editora que no quería dejarla entrar. Sé que ambas se esfuerzan para superar los malentendidos, pero también sé que mañana será otro día, que el confinamiento en un mismo espacio acaba por avivar los conflictos y que en breve presenciaremos otra discusión. Espero que tarde mucho.

El traductor parece leer mis pensamientos. Sirve vodka para todos y habla de cómo se afrontan los conflictos en el aikido:

—No es exactamente una lucha. Siempre intentamos calmar el espíritu y buscar la fuente de donde nace todo, eliminando cualquier vestigio de maldad o egoísmo. Si te preocupas demasiado por descubrir lo que hay de bueno o de malo en tu prójimo, te olvidarás de tu propia alma, te agotarás y serás derrotado por la energía que has gastado en juzgar a los demás.

Nadie parece estar muy interesado en lo que una persona de setenta años tiene que decir. La alegría inicial provocada por el vodka da lugar a un cansancio colectivo.

En un momento determinado voy al baño y, al volver, la sala está completamente vacía.

Salvo por Hilal, claro.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto.

—Esperaban, por educación, a que te ausentases. Se han ido a dormir.

—Entonces vete tú también a dormir.

—Pero sé que hay un compartimento vacío...

Cojo la mochila y la bolsa, la tomo delicadamente por el brazo y la acompaño hasta la puerta del vagón.

—No abuses de tu suerte. Buenas noches.

Ella me mira, no dice nada y se va hacia su compartimento, que no tengo la menor idea de dónde puede estar. Voy hasta mi habitación y la excitación da lugar a un cansancio inmenso. Pongo el ordenador encima de la mesa, mis santos —que siempre me acompañan— al lado de la cama y voy al baño a cepillarme los dientes. Me doy cuenta de que es una tarea mucho más difícil de lo que imaginaba: el balanceo del tren hace que el vaso de agua mineral que tengo se transforme en algo difícilísimo de equilibrar. Después de varios intentos, por fin consigo alcanzar mi objetivo.

Me pongo mi camiseta de dormir, me fumo un pitillo, apago la luz, cierro los ojos e imagino que ese balanceo debe de parecerse al del vientre materno y que voy a tener una noche bendecida por los ángeles.

Dulce ilusión.

Los ojos de Hilal

Cuando por fin empieza el nuevo día, me levanto, me cambio de ropa y voy a la sala. Ya están todos allí, incluida Hilal.

—Tienes que escribirme un permiso para que pueda volver aquí —dice, antes incluso de darme los buenos días—. Hoy ha sido un sacrificio llegar, y los revisores de cada vagón me han dicho que sólo me dejarán pasar si...

Ignoro sus palabras y saludo a los demás. Les pregunto si han pasado buena noche.

—No —es la respuesta colectiva.

Por lo visto no he sido el único.

—Yo he dormido muy bien —continúa Hilal, sin saber que está provocando la ira colectiva—. Mi vagón está en el centro del tren y se mueve mucho menos que éste. Éste es el peor vagón para viajar.

El editor iba a decir una grosería, pero se controla. Su mujer mira hacia la ventana y enciende un cigarrillo, para disimular su irritación. La otra editora pone una cara cuyo mensaje es claro para todos: «¿No dije yo que esta chica era inoportuna?»

—Voy a poner todos los días una reflexión en el espejo —dice Yao, que también parece haber dormido muy bien.

Se levanta, va hasta el espejo que hay en la sala y pega un papel en el que pone:

«Aquél que desee ver el arcoíris debe aprender a disfrutar de la lluvia.»

Nadie se entusiasma demasiado con la frase optimista. No es necesario tener el don de la telepatía para saber lo que pasa por la cabeza de cada una de esas personas: «Dios mío, ¿esto va a durar 9.000 kilómetros?»

—Tengo una foto en mi móvil que os quiero enseñar —continúa Hilal—. Y he traído mi violín, por si os apetece escuchar música.

Ya estamos escuchando música que suena en la radio de la cocina. La presión en el compartimento empieza a aumentar; en breve alguien va a ser realmente agresivo y ya no voy a ser capaz de controlar la situación.

—Por favor, déjanos desayunar en paz. Estás invitada, si quieres. Después voy a intentar dormir. Y más tarde veré tu foto.

Ruido estruendoso: un tren pasa al lado, en dirección contraria. Había ocurrido lo mismo toda la noche con una regularidad alucinante. Y el balanceo del vagón, en vez de recordarme la cariñosa mano balanceando la cuna, se parecía más a los movimientos de un barman preparando un dry martini. Estoy físicamente mal y con un intenso sentimiento de culpa por haber hecho que todas estas personas se embarcasen en mi aventura. Empiezo a entender por qué la famosa diversión del parque de atracciones se llama montaña rusa.

Hilal y el traductor intentan varias veces iniciar una conversación, pero nadie en

aquella mesa —los dos editores, la mujer de uno de ellos, el escritor que tuvo la original idea— la siguen. Desayunamos en silencio; por el lado exterior de la ventana el paisaje se repite constantemente: pequeñas ciudades, bosques, pequeñas ciudades, bosques.

—¿Cuánto tiempo falta para Ekaterinburg? —le pregunta el editor a Yao.

—Llegaremos esta madrugada.

Suspiro general de alivio. Tal vez podamos cambiar de idea y decir que como experiencia fue suficiente. No hay que subir una montaña para saber que es alta; no hay que llegar a Vladivostok para decir que has viajado en el Transiberiano.

—Bien, voy a intentar dormir otra vez.

Me levanto. Hilal se levanta conmigo.

—¿Y el papel? ¿Y la foto del móvil?

¿Papel? Ah, sí, el permiso para que pueda volver a nuestro vagón. Antes de que yo pueda decir algo, Yao escribe algo en ruso y me pide que lo firme. Todos en el vagón —yo incluido— lo miramos con furia.

—Por favor, añade «sólo una vez al día».

Yao hace lo que le pido, se levanta y dice que va a ir a ver a uno de los inspectores del tren para que sellen la declaración.

—¿Y la foto del móvil?

A estas alturas lo acepto todo, siempre que pueda volver a mi habitación. Pero no quiero hacer enfadar más a los que me han invitado a este viaje. Le pido a Hilal que me acompañe hasta el final del vagón. Abrimos la primera puerta y llegamos a un cubículo en el que están las puertas exteriores del tren y una tercera que lleva al vagón anterior. El ruido allí es insoportable porque, además de la fricción de las ruedas en los raíles, está el chirrido de las plataformas que permiten pasar de un vagón a otro.

Hilal me enseña la foto del móvil, posiblemente sacada después de amanecer. Una nube alargada en el cielo.

—¿Entonces? ¿Lo ves?

Sí, veo una nube.

—Nos acompaña.

Nos acompaña una nube que en este momento ya habrá desaparecido completamente. Sigo estando de acuerdo con cualquier cosa, siempre que esa conversación acabe pronto.

—Tienes razón. Después hablamos de ello. Ahora vuelve a tu compartimento.

—No puedo. Sólo me has dado permiso para venir aquí una vez al día.

El cansancio no me dejó razonar bien, y no me di cuenta de que acababa de crear un monstruo. Si venía una vez al día, vendría por la mañana y no nos iba a dejar hasta la noche. Más tarde me encargaré de corregir el error.

—Escúchame bien: yo también soy un invitado en este viaje. Me encantaría disfrutar de tu compañía todo el tiempo, siempre tienes mucha energía, nunca aceptas un «no» por respuesta, pero sucede que... —Los ojos. Verdes, sin ningún maquillaje — ... sucede que...

Puede que sea el agotamiento. Más de veinticuatro horas sin dormir y perdemos casi todas nuestras defensas; estoy en ese estado. Aquel cubículo sin ningún mueble, hecho sólo de acero y de vidrio, empieza a difuminarse. El ruido disminuye, la concentración desaparece, y ya no soy plenamente consciente de quién soy ni de dónde estoy ahora. Hago un esfuerzo, pero no puedo pensar con claridad. Sé que le estoy pidiendo que se comporte, que vuelva al lugar del que ha venido, pero lo que sale de mi boca no tiene ninguna relación con lo que estoy viendo.

Miro hacia la luz, hacia un lugar sagrado, y una ola se acerca hacia mí, llenándome de paz y amor, aunque ambas cosas casi nunca van juntas. Me veo a mí mismo, pero también están allí los elefantes con trompas erguidas en África, los camellos en el desierto, la gente hablando en un bar de Buenos Aires, un perro que cruza la carretera, el pincel que se mueve en las manos de una mujer que está a punto de terminar un cuadro con una rosa, nieve deritiéndose en una montaña en Suiza, monjes entonando cantos exóticos, un peregrino llegando a la iglesia de Santiago, un pastor con sus ovejas, soldados que acaban de despertar y se preparan para la guerra, los peces en el océano, las ciudades y los bosques del mundo, todo tan claro y tan gigantesco, tan pequeño y tan suave.

Estoy en el Aleph, el punto en el que todo está en el mismo lugar al mismo tiempo.

Estoy en una ventana mirando el mundo y sus lugares secretos, la poesía perdida en el tiempo y las palabras olvidadas en el espacio. Esos ojos me dicen cosas que ni siquiera sabemos que existen pero que están ahí, listas para ser descubiertas y conocidas sólo por las almas, no por los cuerpos. Frases que son perfectamente comprendidas aunque no sean pronunciadas. Sentimientos que exaltan y sofocan al mismo tiempo.

Estoy delante de puertas que se abren durante una fracción de segundo y luego vuelven a cerrarse, pero que permiten desvelar lo que se esconde tras ellas: los tesoros, las trampas, los caminos no recorridos y los viajes jamás imaginados.

—¿Por qué me miras de esa manera? ¿Por qué tus ojos me enseñan todo esto?

No soy yo el que habla, sino la chica, o mujer, que está frente a mí. Nuestros ojos se han transformado en espejos de nuestras almas; tal vez no sólo de nuestra alma, sino de todas las almas de todas las criaturas que en ese momento caminan, aman, nacen y mueren, sufren o sueñan en este planeta.

—No soy yo... sucede que...

No puedo terminar la frase, porque las puertas siguen abriéndose y revelando sus

secretos. Veo mentiras y verdades, danzas exóticas delante de lo que parece ser la imagen de una diosa, marineros luchando contra el mar violento, una pareja sentada en una playa mirando el mismo mar, que parece tranquilo y acogedor. Las puertas siguen abriéndose, las puertas de los ojos de Hilal, y empiezo a verme a mí mismo, como si ya nos conociésemos desde hace mucho, mucho tiempo...

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—El Aleph...

Las lágrimas de la chica, o mujer, que está delante de mí parecen querer salir por una de aquellas puertas. Alguien dijo que las lágrimas son la sangre del alma, y es eso lo que veo ahora, porque he entrado en un túnel, estoy yendo al pasado, donde también ella me espera, con las manos puestas como si estuviese rezando la oración más sagrada que Dios ha concedido a los hombres. Sí, ella está allí, frente a mí, arrodillada en el suelo sonriendo, diciendo que el amor puede salvarlo todo, pero yo veo mis ropas, mis manos, una de ellas tiene una pluma...

—¡Para! —grito.

Hilal cierra los ojos.

Estoy otra vez en un vagón de tren viajando hacia Siberia y de allí al océano Pacífico. Me siento todavía más cansado que antes, entiendo perfectamente lo que ha sucedido, pero soy incapaz de explicarlo.

Ella me abraza. Yo la abrazo y acaricio suavemente sus cabellos.

—Lo sabía —dice—. Sabía que te conocía. Lo sabía desde que vi por primera vez una foto tuya. Es como si tuviéramos que encontrarnos otra vez en algún momento de esta vida. Lo comenté con amigos y amigas, que dijeron que deliraba, que miles de personas dicen lo mismo de otras personas todos los días. Pensé que tenían razón, pero la vida... la vida te trajo hasta donde yo estaba. Has venido a buscarme, ¿verdad?

Me recompongo poco a poco de la experiencia que acabo de tener. Sí, sé de qué habla, porque hace muchos siglos crucé una de las puertas que he visto ahora en sus ojos. Ella estaba allí, con otras personas. Con mucho cuidado le pregunto qué ha visto.

—Todo. Creo que no voy a poder explicarlo en toda mi vida. Pero en el momento en el que cerré los ojos estaba en un lugar confortable, seguro, como si fuera... mi casa.

No, no sabe de qué habla. Todavía no lo sabe. Pero yo lo sé. Vuelvo a coger sus bolsas y la llevo de nuevo a la sala.

—No puedo pensar ni hablar. Siéntate ahí, lee algo, déjame descansar un poco y luego vuelvo. Si alguien comenta algo, di que fui yo quien te pidió que te quedases.

Hace lo que le pido. Me voy a mi habitación, me echo en la cama con ropa y todo y caigo en un profundo sueño.

Alguien llama a la puerta.

—Llegamos en diez minutos.

Abro los ojos. Ya es de noche. Mejor dicho, debe de ser de madrugada. He dormido todo el día y ahora voy a tener dificultades para volver a dormir.

—Van a retirar el vagón y a dejarlo en la estación, así que basta con llevar lo suficiente para pasar dos noches en la ciudad —continúa la voz del lado de fuera.

Abro las persianas de la ventana. Empiezan a aparecer luces fuera, el tren disminuye la velocidad, realmente estamos llegando. Me lavo la cara, preparo rápidamente la mochila con lo necesario para pasar un par de días en Ekaterinburg. Poco a poco la experiencia de la mañana regresa.

Cuando salgo, todos están de pie en el pasillo, excepto Hilal, que sigue sentada en el mismo lugar en el que la dejé. No sonrío, simplemente me enseña un papel.

—Yao me ha dado permiso.

Yao me mira y susurra:

—¿Has leído el *Tao*?

Sí, ya había leído el *Tao Te King*, como casi todo el mundo de mi generación.

—Pues ya sabes: «Gasta tus energías y permanecerás joven.»

Hace un gesto imperceptible con la cabeza, señalando a la chica que todavía está sentada. Encuentro el comentario de mal gusto.

—Si insinúas que...

—No insinúo nada. Si has entendido mal será porque está en tu cabeza. Lo que quería decir, ya que no entiendes las palabras de Lao Tzu, es: «Echa fuera todo lo que sientes y te renovarás.» Me parece que ella es la persona adecuada para ayudarte.

¿Acaso habrían hablado? ¿Acaso, en el momento en el que entramos en el Aleph, Yao pasaba por allí y vio lo que estaba sucediendo?

—¿Crees en un mundo espiritual? ¿En un universo paralelo, en el que el tiempo y el espacio son eternos y siempre presentes? —pregunto.

Los frenos empiezan a chirriar. Yao mueve la cabeza, haciendo un gesto afirmativo, pero en realidad entiendo que está midiendo sus palabras. Finalmente responde:

—No creo en Dios tal como tú lo imaginas. Pero creo en muchas cosas con las que tú ni sueñas. Si mañana por la noche estás libre, podemos salir juntos.

El tren para. Hilal finalmente se levanta y se acerca a nosotros, Yao sonrío y la abraza. Todos se ponen los abrigos. Nos bajamos en Ekaterinburg a la una y cuatro de la madrugada.

La casa Ipatiev

La omnipresente Hilal ha desaparecido.

Bajo de la habitación pensando encontrarla en el vestíbulo del hotel, pero no está allí. Aunque me pasé el día anterior prácticamente desmayado en la cama, conseguí dormir en «tierra firme». Llamo por teléfono a la habitación de Yao y salimos a dar una vuelta por la ciudad. Es exactamente todo lo que ahora necesito: caminar, caminar y caminar, respirar aire puro, ver la ciudad desconocida y sentirla como si fuese mía.

Yao me va relatando algunos hechos históricos —la tercera ciudad en tamaño de Rusia, recursos minerales, cosas como las que encontraríamos en cualquier folleto turístico—, pero no me interesa lo más mínimo. Paramos delante de lo que parece ser una gigantesca catedral ortodoxa.

—La catedral de la Sangre. Construida en el lugar donde antes estaba la casa de un hombre llamado Nicolas Ipatiev. Entremos un rato.

Acepto la sugerencia porque empiezo a tener frío. Vamos hasta lo que parece ser un pequeño museo, pero todos los letreros están en ruso.

Yao me observa, como si yo lo entendiese todo, pero no es así.

—¿No sientes nada?

Le digo que no. Él parece decepcionado e insiste:

—Pero tú que crees en mundos paralelos y en la eternidad del momento presente, ¿no sientes absolutamente nada?

Me tienta contarle que es precisamente eso lo que me ha llevado hasta ese lugar: mi conversación con J. y mis conflictos internos respecto a la capacidad de conectar con mi lado espiritual. Pero eso ahora ya no corresponde a la verdad. Desde que salí de Londres soy otra persona, camino hacia mi reino y mi alma, y eso me hace estar tranquilo y feliz. Durante una fracción de segundo recuerdo el episodio en el tren, la mirada de Hilal, y después procuro apartarlo de mi cabeza.

—Si no siento nada, no quiere decir que esté necesariamente desconectado. Tal vez en este momento mi energía está dirigida hacia otro tipo de descubrimiento. Estamos en una catedral que parece recién construida. ¿Qué sucedió aquí?

—En la casa de Nicolas Ipatiev se acabó el imperio. La noche del 16 al 17 de julio de 1918, la familia de Nicolás II, el último zar de todas las Rusias, fue ejecutada junto a su médico y tres empleados. Empezaron por el propio zar, que recibió varios tiros en la cabeza y en el pecho. Las últimas en morir fueron Anastasia, Tatiana, Olga y María, golpeadas con bayonetas. Dicen que sus espíritus continúan vagando por aquí, buscando las joyas que dejaron atrás. También dicen que Boris Yeltsin, antiguo presidente de Rusia, decidió demoler la antigua casa y construir una iglesia en su lugar, para que los espíritus pudieran irse y que Rusia volviera a crecer de nuevo.

—¿Por qué me has traído aquí?

Por primera vez desde que nos conocimos en Moscú, Yao no sabe qué decir.

—Porque ayer me preguntaste si creía en Dios. Creí, hasta que él me separó de la persona que más amaba en el mundo, mi mujer. Siempre pensé que iba a morir antes que ella, pero no fue eso lo que sucedió —me cuenta Yao—. El día que nos conocimos, tuve la certeza de que ya la conocía desde que nací. Llovía mucho, ella no aceptó que la invitase a tomar un té, pero yo ya sabía que éramos como las nubes que se unen en el cielo y ya no es posible decir dónde empieza una y dónde acaba la otra. Un año después estábamos casados, como si fuese la cosa más esperada y más natural del mundo. Tuvimos hijos, honramos a Dios y a la familia... hasta que un día el viento llegó y volvió a separar las nubes.

Espero a que termine lo que quiere decir.

—No es justo. No fue justo. Puede parecer un absurdo, pero hubiese preferido que partiésemos juntos hacia la otra vida, como el zar y su familia.

No, todavía no ha dicho todo lo que deseaba. Espera que yo diga algo, pero permanezco en silencio. Parece que los fantasmas de los muertos están realmente a nuestro lado.

—Y cuando vi cómo tú y la chica os mirabais en el tren, en aquel cubículo donde están las puertas, me acordé de mi mujer, de su primera mirada, que incluso antes de hablar de nada ya me decía: «Estamos juntos otra vez.» Por eso decidí traerte aquí. Para preguntarte si eres capaz de ver lo que no podemos, si sabes dónde se encuentra ella en este momento.

Entonces fue testigo del momento en el que Hilal y yo penetramos en el Aleph.

Miro de nuevo el lugar, le agradezco que me haya llevado hasta allí y le pido que sigamos andando.

—No hagas sufrir a esa chica. Cada vez que la veo mirándote, me parece que ya os conocéis desde hace mucho tiempo.

Pienso para mí mismo que eso no es algo de lo que deba preocuparme.

—En el tren me preguntaste si me gustaría acompañarte a algo que vas a hacer esta noche. ¿La invitación sigue en pie? Podemos hablar sobre eso más tarde. Es una pena que nunca me hayas visto contemplando a mi mujer cuando duerme. También sabrías leer mis ojos y entenderías por qué estamos casados desde hace casi treinta años.

Andar le está sentando muy bien a mi cuerpo y a mi alma. Estoy completamente concentrado en el momento presente: aquí están las señales, los mundos paralelos, los milagros. El tiempo realmente no existe: Yao es capaz de hablar de la muerte del zar como si hubiera sido ayer, mostrar sus heridas de amor como si hubieran surgido hace tan sólo unos minutos, mientras yo recuerdo el andén de Moscú como algo del más

lejano pasado.

Paramos en un parque y nos quedamos viendo a la gente. Mujeres con niños, hombres apresurados, chavales discutiendo en una esquina, junto a una radio en la que suena música alta. Jóvenes reunidas justo en el otro lado, ocupadas en una conversación muy animada sobre algún asunto de poca importancia. Gente mayor con sus largos abrigos de invierno, a pesar de que ya es primavera. Yao compra dos perritos calientes y vuelve.

—¿Es difícil escribir? —me pregunta.

—No. ¿Es difícil aprender tantas lenguas extranjeras?

—Tampoco. Basta con prestar atención.

—Yo presto atención pero nunca he podido ir más allá de lo que aprendí cuando era joven.

—Pues yo nunca he intentado escribir porque desde que era joven me dijeron que había que estudiar, leer cosas aburridísimas y tener muchos contactos con intelectuales. Detesto a los intelectuales.

No sé si eso es una indirecta. Estoy comiéndome el perrito y no tengo que contestar. Vuelvo a pensar otra vez en Hilal y en el Aleph. ¿Se habrá asustado y ahora que está en casa habrá desistido del viaje? Hace algunos meses yo estaría preocupadísimo por haber interrumpido un proceso a la mitad, pensando que mi aprendizaje dependía única y exclusivamente de ello. Pero hace sol y si el mundo parece en paz es porque está en paz.

—¿Qué es necesario para escribir? —insiste Yao.

—Amar. Como tú amaste a tu mujer. Mejor dicho, como amas a tu mujer.

—¿Sólo?

—¿Ves este parque frente a nosotros? En él hay varias historias que, aunque hayan sido contadas muchas veces, merece la pena repetirlas. El escritor, el cantante, el jardinero, el traductor, todos somos un espejo de nuestro tiempo. Ponemos amor y hacemos nuestro trabajo. En mi caso, claro que la lectura es importantísima, pero el que se aferra a los libros académicos y a los cursos de estilo no entiende lo esencial: las palabras son la vida puesta en el papel. Así que busca a la gente.

—Siempre que veía aquellos cursos de literatura en la universidad en la que daba clases, todo aquello me parecía...

—... artificial, imagino —termino, interrumpiéndolo—. Nadie aprende a amar siguiendo un manual, nadie aprende a escribir yendo a un curso. No me refiero a que busques otros escritores, sino a que encuentres personas con diferentes habilidades, porque escribir no es diferente a cualquier actividad hecha con alegría y entusiasmo.

—¿Escribirías un libro sobre los últimos días de Nicolás II?

—No es algo que me entusiasme demasiado. La historia es interesante pero escribir, para mí, es sobre todo un acto para descubrirme a mí mismo. Si tuviese que

darte un único consejo, sería éste: no te dejes intimidar por la opinión de los demás. Lo único seguro es la mediocridad, por eso debes correr tus riesgos y hacer lo que deseas.

»Busca a personas que no tengan miedo a cometer errores y que, en consecuencia, los cometan. A causa de eso, no siempre se reconoce su trabajo. Pero es ese tipo de gente la que transforma el mundo y después de muchos errores, da con algo que marcará la diferencia en su comunidad.

—Como Hilal.

—Sí, como ella. Pero quiero decirte una cosa: lo que sentiste por tu mujer, yo lo siento por la mía. No soy un santo y no tengo la menor intención de serlo, pero, utilizando tu imagen, éramos dos nubes y ahora sólo somos una. Éramos dos cubitos de hielo que la luz del sol derritió y ahora somos la misma agua viva.

—Aun así, al pasar y ver la manera en que Hilal y tú os mirabais...

Yo no alimento la conversación y se calla.

En el parque, el grupo de chicos nunca mira a las chicas que se encuentran a tan sólo unos metros, aunque ambos grupos estén interesadísimos uno en el otro. Los mayores pasan concentrados en sus recuerdos de infancia. Las madres sonríen a sus hijos como si allí estuviesen todos los futuros artistas, millonarios y presidentes de la República. La escena ante nuestros ojos es la síntesis del comportamiento humano.

—He vivido en muchos países —dice Yao—. Evidentemente pasé por momentos muy aburridos, afronté situaciones injustas, fallé cuando esperaban lo mejor de mí. Pero esos recuerdos no tienen la menor relevancia en mi vida. Las cosas importantes que permanecieron fueron los momentos en los que escuché a gente cantando, contando historias, aprovechando la vida. Perdí a mi mujer hace veinte años, pero parece que fue ayer. Ella todavía está aquí, sentada en este banco con nosotros, recordando los momentos felices que vivimos juntos.

Sí, ella todavía está aquí. Si consigo encontrar las palabras adecuadas, acabaré explicándoselo.

Mi sensibilidad ahora está a flor de piel, después de ver el Aleph y de entender lo que J. decía. No sé si voy a ser capaz de solucionarlo, pero por lo menos soy consciente del problema.

—Siempre merece la pena contar una historia, aunque sólo sea a la familia. ¿Cuántos hijos tienes?

—Dos hombres y dos mujeres. Pero no están muy interesados en mis historias, porque por lo visto ya las he repetido muchas veces. ¿Vas a escribir algún libro sobre tu viaje en el Transiberiano?

—No.

Aunque quisiese, ¿cómo podría describir el Aleph?

La omnipresente Hilal continúa desaparecida.

Después de controlarme durante buena parte de la cena, agradeciéndoles a todos la organización de la tarde de firmas, la música y el baile ruso de la fiesta que vino a continuación (las bandas en Moscú y en otros países normalmente tocaban un repertorio internacional), pregunto si alguien le ha dado la dirección del restaurante.

La gente me mira con sorpresa: ¡claro que no! Por lo que habían entendido, aquella chica no me dejaba en paz. Menos mal que no apareció durante mi reunión con los lectores.

—Podría querer dar otro concierto de violín para cobrar protagonismo —comenta la editora.

Yao me mira desde el otro lado de la mesa y entiende que lo que quiero decir es en realidad lo contrario: «Me encantaría que estuviese aquí.» Pero ¿por qué? ¿Para visitar el Aleph una vez más y acabar entrando por la puerta que no me trae ningún buen recuerdo? Sé adónde me lleva esa puerta; ya he estado allí cuatro veces y nunca conseguí encontrar la respuesta que necesitaba. No es eso lo que vine a buscar cuando decidí empezar el largo viaje de regreso a mi reino.

Terminamos la cena. Los dos invitados que representan a los lectores, escogidos al azar, sacan fotos y me preguntan si me gustaría conocer la ciudad. Sí, me gustaría.

—Habíamos quedado —dice Yao.

La irritación de los editores, antes dirigida a una determinada chica que insistía en estar siempre presente, empieza a volverse contra el traductor que han contratado y ahora exige mi presencia, cuando debería ser exactamente lo contrario.

—Creo que está cansado —dice la editora—. Ha sido un día largo.

—No está cansado. Su energía es muy buena, gracias a las vibraciones de amor de esta tarde.

Los editores tienen razón. A pesar de la edad, Yao parece querer demostrar a todos que ocupa una posición privilegiada en «mi reino». Comprendo su tristeza por ver partir de este mundo a la mujer que amaba y, en el momento justo, sabré qué y cómo decírselo. Pero me temo que en este momento quiere contarme «una historia fantástica, que sería un libro genial». Ya he escuchado eso muchas veces, sobre todo de gente que ha perdido a alguien.

Decido satisfacer a todo el mundo:

—Voy a ir andando hasta el hotel con Yao. Después, necesito estar un rato solo. Va a ser mi primera noche de soledad desde que embarcamos.

La temperatura ha bajado más de lo que habíamos imaginado, el viento sopla, la

sensación de frío es todavía más aguda. Pasamos por una calle con movimiento y veo que no soy el único que quiere ir directamente a casa. Las puertas de las tiendas se cierran, las sillas se apilan sobre las mesas, los letreros luminosos empiezan a apagarse. Aun así, después de un día y medio encerrado en un tren y sabiendo que todavía quedan muchísimos kilómetros por delante, quiero aprovechar cada oportunidad para hacer algún tipo de ejercicio físico.

Yao se para delante de un furgón que vende bebidas y pide dos zumos de naranja. Yo no tenía la menor intención de beber nada, pero tal vez sea una buena idea un poco de vitamina C, debido a la temperatura.

—Guarda el vaso.

No lo entiendo muy bien, pero lo guardo. Continuamos caminando por lo que parece ser la calle principal de Ekaterinburg. En un determinado momento, nos paramos delante de un cine.

—Perfecto. Con la capucha del abrigo y el pañuelo, nadie te va a reconocer. Pidamos limosna.

—¿Pedir limosna? En primer lugar, es algo que no hago desde mi época hippy. Además, sería una ofensa para el que realmente lo necesita.

—Tú lo necesitas. Cuando visitamos la casa Ipatiev, había momentos en los que no estabas allí; parecías distante, amarrado al pasado, a todo lo que has conseguido e intentas mantener a toda costa. Estoy preocupado por la chica y si realmente deseas cambiar un poco, pedir limosna ahora te va a transformar en otra persona, más inocente, más abierta.

También estoy preocupado por la chica. Le explico que entiendo perfectamente lo que quiere decir, pero que una de las muchas razones de este viaje es precisamente volver al pasado, a lo que está debajo de la tierra, a mis raíces.

Iba a contarle la historia del bambú chino, pero desisto.

—El que está amarrado al pasado eres tú. En vez de aceptar la pérdida de tu mujer, no te conformas. Y el resultado es que ella permanece aquí a tu lado, intentando consolarte, cuando a estas alturas debería seguir adelante, al encuentro de la Luz Divina. —Después completo—: Nadie pierde a nadie. Todos somos una única alma que precisa desarrollarse para que el mundo siga adelante y volvamos a encontrarnos. La tristeza no ayuda a nada.

Reflexiona sobre mi respuesta y dice:

—Pero eso no es todo.

—No es todo —acepto—. Cuando llegue el momento preciso, te lo explicaré. Vayamos al hotel.

Yao tiende su vaso y empieza a pedir dinero a los que pasan. Me pide que haga lo mismo.

—Aprendí en Japón, con monjes budistas zen, el *Takuhatsu*, la peregrinación para

mendigar. Además de ayudar a los monasterios que viven de donaciones y forzar al discípulo a ser humilde, esa práctica tiene otro sentido más: purificar la ciudad en la que vive. Porque el donante, el que pide y la propia limosna forman parte de una importante cadena de equilibrio.

»El que pide lo hace porque lo necesita, pero el que da actúa de esa manera porque también lo necesita. La limosna sirve de conexión entre dos necesidades y el ambiente de la ciudad mejora, ya que todos han podido realizar acciones que debían suceder. Estás peregrinando, es hora de que ayudes a las ciudades que conoces.

Estoy tan sorprendido que no reacciono. Yao se da cuenta de que tal vez ha exagerado; se dispone a volver a meter el vaso en el bolsillo.

—¡No! ¡En realidad es una idea excelente!

Durante los diez minutos siguientes nos quedamos allí, cada uno en una acera, saltando de un pie a otro para combatir el frío, con los vasos tendidos hacia la gente que pasa. Al principio me limito a mantener el vaso delante de mí, pero poco a poco voy perdiendo la inhibición y empiezo a pedir ayuda; soy un extranjero perdido.

Nunca he tenido el menor problema para pedir. A lo largo de la vida he conocido a mucha gente que se preocupa por los demás, que es extremadamente generosa a la hora de dar y que siente un profundo placer cuando alguien les pide un consejo o apoyo. Hasta ahí todo bien; es genial poder hacer el bien al prójimo.

Sin embargo, conozco a muy pocas personas que sean capaces de recibir algo, incluso cuando les es dado con amor y generosidad. Les parece que el acto de recibir los sitúa en una posición inferior, como si depender de alguien fuese indigno. Piensan: «Si alguien nos da algo, es porque somos incompetentes para conseguirlo con nuestro propio esfuerzo.» O: «La persona que ahora me da me lo cobrará algún día con intereses.» O lo que es peor: «No merezco el bien que me quieren hacer.»

Esos diez minutos allí me hacen recordar al que ya fui, me liberan. Al final, cuando cruzo la calle, tengo el equivalente a once dólares en mi vaso de zumo de naranja. Yao ha conseguido más o menos lo mismo. Al contrario de lo que él dijo, ha sido un hermoso regreso al pasado; revivir algo que hacía mucho tiempo que no experimentaba, por lo que he renovado no sólo la ciudad, sino también a mí mismo.

—¿Qué vamos a hacer con el dinero? —le pregunto.

Mi opinión sobre él empieza a cambiar otra vez. Debe de saber algunas cosas, yo sé otras, y podemos seguir enseñándonos el uno al otro.

—En teoría es nuestro, porque nos lo han dado. Así que guárdalo aparte y úsalo para todo lo que consideres importante.

Pongo las monedas en el bolsillo izquierdo y voy a hacer exactamente lo que sugiere. Nos dirigimos al hotel con pasos rápidos, porque el tiempo al aire libre ya ha quemado todas las calorías de la cena.

Cuando llego al vestíbulo del hotel, la omnipresente Hilal nos está esperando. Junto a ella están una señora muy guapa y un señor con traje y corbata.

—Hola —digo—. Entiendo que ya estás en casa. Pero me ha alegrado que hayas hecho este trecho del viaje conmigo. ¿Son tus padres?

El hombre no muestra la menor reacción, pero la hermosa señora se ríe.

—¡Ojalá! Esta chica es un verdadero prodigio. Es una pena que no consiga dedicarse lo suficiente a su vocación. ¡Qué gran artista se está perdiendo el mundo!

Hilal parece no haber oído el comentario. Se vuelve directamente hacia mí:

—¿Hola? ¿Eso es todo lo que tienes que decir después de lo que sucedió en el tren?

La mujer mira desconcertada. Imagino lo que está pensando: «¿Qué pasó en el tren?» ¿Acaso cree que no entiendo que podría ser el padre de esta chica?

Yao comenta que es hora de subir a su habitación. El señor del traje y corbata no reacciona, probablemente porque no entiende el inglés.

—No pasó nada en el tren. ¡Al menos nada de lo que os imagináis! Y en cuanto a ti, chica, ¿qué esperabas que te dijese? ¿Que te he echado de menos? He estado muy ocupado todo el día.

La mujer traduce para el señor de corbata y todos sonríen, incluida Hilal. Por mi frase, ha entendido que la he echado de menos, ya que no había preguntado nada sobre eso y yo lo he mencionado espontáneamente.

Le pido a Yao que se quede un poco más porque no sé adónde va a ir a parar esta conversación. Nos sentamos y pedimos un té. La mujer guapa se presenta como profesora de violín y explica que el señor que las acompaña es el director del conservatorio local.

—Creo que Hilal es uno de esos talentos desperdiciados —dice la profesora—. Es extremadamente insegura. Ya se lo he dicho varias veces y lo repito ahora. No tiene confianza en lo que hace, piensa que no se la reconoce, que la gente detesta su repertorio. No es verdad.

¿Hilal insegura? Creo que he conocido a pocas personas tan resueltas como ella.

—Y como todas las personas muy sensibles —continúa la profesora de ojos dulces y complacientes— es un poco... digamos... inestable.

—¡Inestable! —repite Hilal en voz alta—. Una palabra educada para decir: ¡LOCA!

La profesora se vuelve hacia ella con cariño y se dirige de nuevo hacia mí, esperando que yo diga algo. No digo nada.

—Sé que usted puede ayudarla. Sé que la ha visto tocar el violín en Moscú. Y también sé que la aplaudieron. Eso nos da una idea de su talento, porque en Moscú son muy exigentes con la música. Hilal es disciplinada, estudia más que la mayoría, ya ha tocado en orquestas importantes aquí en Rusia y ha viajado al extranjero con

una de ellas. Pero, de repente, algo sucedió. Ya no puede progresar.

Yo creo en la ternura de aquella mujer. Pienso que de verdad quiere ayudarnos, a Hilal y a todos nosotros. Pero la frase «De repente, algo sucedió. Ya no puede progresar» resuena en mi corazón. Es precisamente por esa razón por la que yo estoy aquí.

El señor de corbata no puede participar en la conversación; su presencia allí debe de ser para apoyar a la hermosa mujer de ojos dulces y a la talentosa violinista. Yao finge estar concentrado en el té.

—Pero ¿qué puedo hacer?

—Usted sabe lo que puede hacer. Aunque ya no es una niña, sus padres están preocupados. No puede dejar su carrera profesional en medio de los ensayos y seguir una ilusión. —La mujer guapa hace una pausa. Entiende que la frase adecuada no era exactamente la que acaba de decir—. O sea, que puede ir hasta el Pacífico en cualquier otro momento, pero no ahora, que tenemos un nuevo concierto que ensayar.

Estoy de acuerdo. No importa lo que yo diga. Hilal hará exactamente lo que le dé la gana. Pienso que ha llevado allí a aquellas dos personas para probarme, para saber si realmente es bienvenida o si debe parar ya.

—Les agradezco mucho la visita. Respeto su cuidado y su compromiso con el trabajo —digo, levantándome—. Pero no fui yo quien invitó a Hilal. No soy yo el que le paga el billete. No la conozco mucho.

La mirada de Hilal dice: «Mentira.» Pero continúo:

—De manera que, si mañana está en el tren camino de Novosibirsk, no será en absoluto mi responsabilidad. Por mí, se quedaría aquí. Si usted consigue convencerla de ello, tendrá no sólo mi gratitud, sino la de mucha gente en el tren.

Yao y Hilal sueltan una carcajada.

La bella mujer me da las gracias, dice que entiende perfectamente mi situación y que va a hablar con ella, a explicarle un poco más las realidades de la vida. Todos nos despedimos, el señor con traje y corbata me da la mano, sonrío y, no sé por qué, pienso que desea que Hilal continúe su viaje. Debe de ser un problema para toda la orquesta.

Yao me da las gracias por esa noche especial y sube a su habitación. Hilal no se mueve.

—Voy a dormir. Has escuchado la conversación. Y, francamente, no entiendo qué fuiste a hacer al conservatorio de música: ¿a pedir permiso para seguir? ¿Para decirles que estabas viajando con nosotros y despertar la envidia de tus colegas?

—Fui para saber que existo. Después de lo que pasó en el tren ya no estoy segura de nada. ¿Qué era aquello?

Recuerdo mi primera experiencia con el Aleph, completamente casual, en el campo de concentración de Dachau, en Alemania, en 1982. Estuve desorientado durante unos días, y, de no haber sido por mi mujer, habría pensado que se trataba de un derrame cerebral.

—¿Lo que sucedió? —insisto.

—Mi corazón se disparó, y creí que ya no estaba en este mundo, sentí un pánico absoluto y vi la muerte de cerca. Todo a mi alrededor parecía raro, y, si no me hubieses agarrado por el brazo, creo que no habría podido moverme. Tenía la sensación de que estaban pasando cosas importantísimas ante mis ojos, pero no conseguí entender ninguna de ellas.

Tuve ganas de decir: «Acostúmbrate.»

—El Aleph —digo.

—En algún momento de ese tiempo interminable, en el que permanecí en un trance que jamás había experimentado, te oí decir esa palabra.

El simple recuerdo de lo que sucedió hace que ella vuelva a tener miedo. Hora de aprovechar el momento:

—¿Todavía crees que debes continuar el viaje?

—Más que nunca. El terror siempre me ha fascinado. ¿Recuerdas la historia que conté en la embajada...?

Le pido que vaya al bar y que traiga café; sólo ella puede conseguirlo, porque somos los únicos clientes y seguro que el camarero está deseando apagar las luces. Hace lo que le pido, discute con el chico y vuelve con dos tazas de café turco, en el que el polvo no se filtra. Como brasileño que soy, el café fuerte por la noche no me asusta: duermo bien o mal dependiendo de otras cosas.

—No se puede explicar el Aleph, como tú misma has visto. Sin embargo, en la Tradición mágica se presenta de dos formas. La primera de ellas es un punto en el Universo que contiene todos los demás, presentes y pasados, pequeños y grandes. Generalmente lo descubrimos por casualidad, como sucedió en el tren. Para que eso suceda, la persona (o las personas) tiene que estar en el lugar físico en el que se encuentra. A eso le llamamos pequeño Aleph.

—O sea: ¿todo el que entre en aquel vagón y vaya a ese lugar va a sentir lo que nosotros sentimos?

—Si me dejas hablar hasta el final, tal vez lo entiendas. Sí, lo sentirá, pero no de la misma manera que nosotros. Seguro que ya has ido a alguna fiesta y descubriste que en cierto lugar de la sala te sientes mejor y más segura que en otro. Eso es una pálida comparación con el Aleph, pero lo cierto es que la energía divina surge de manera diferente para cada uno. Si encuentras el lugar adecuado para estar en la fiesta, esa energía te ayuda a estar más segura y más presente. En el caso de que alguna persona pase por ese punto del vagón, notará una sensación extraña, como si lo conociese todo. Pero no se va a parar para prestar atención, y el efecto se disolverá en un momento.

—¿Cuántos de esos puntos existen en el mundo?

—No lo sé exactamente. Pero son millones.

—¿Cuál es la segunda?

—Antes tengo que terminar: el ejemplo de la fiesta no es más que una comparación. El pequeño Aleph siempre aparece por casualidad. Vas andando por una calle, o te sientas en un lugar determinado, y de repente el Universo entero está ahí. Lo primero que se nota son unas inmensas ganas de llorar, no de tristeza ni de alegría, sino de emoción. Sabes que estás comprendiendo algo, aunque no puedas explicártelo.

El camarero se acerca, dice algo en ruso y me da la nota para firmarla. Hilal me explica que debemos irnos. Caminamos hasta la puerta.

¡Salvado por la campana!

—Sigue: ¿cuál es la segunda?

Por lo visto aún no se ha acabado la partida.

—Lo segundo es el gran Aleph.

Es mejor decírselo todo de una vez, mientras todavía puede volver al conservatorio de música y olvidar lo que ha pasado.

—El gran Aleph sucede cuando dos o más personas que tienen algún tipo de afinidad muy grande se encuentran por casualidad en el pequeño Aleph. Esas dos energías diferentes se complementan y provocan una reacción en cadena. Esas dos energías...

No sé si debo ir más allá, pero es inútil. Hilal completa la frase:

—Son el polo positivo y el negativo de cualquier batería, lo que hace que se encienda la lámpara. Se transforman en la misma luz. Los planetas que se atraen y acaban chocando. Los amantes que se encuentran después de mucho, mucho tiempo. El segundo es aquel que también se provoca por casualidad cuando dos personas que el destino ha escogido para una misión específica se encuentran en el lugar adecuado.

Eso. Pero quiero estar seguro de que lo ha entendido.

—¿Qué quiere decir «lugar adecuado»? —pregunto.

—Quiero decir que dos personas pueden vivir toda la vida juntas, trabajar juntas,

o pueden encontrarse sólo una vez, y despedirse para siempre porque no pasaron por el punto físico que hace brotar de manera descontrolada aquello que las unió en este mundo. O sea, se apartan sin entender muy bien lo que las acercó. Pero, si Dios así lo desea, aquellos que una vez conocieron el amor vuelven a reencontrarse.

—No necesariamente. Pero personas que tengan afinidades, como mi maestro y yo, por ejemplo...

—Antes, en vidas pasadas —me interrumpe ella—. Que en esa fiesta que utilizaste como ejemplo, se encuentran en el pequeño Aleph y se enamoran inmediatamente. El famoso amor a primera vista.

Mejor seguir con el ejemplo que usaba ella.

—Que a su vez no es «a primera vista», sino que está relacionado con una serie de cosas que ya ocurrieron en el pasado. Eso no quiere decir que todo esté relacionado con el amor romántico. La mayoría de las veces ocurre porque hay cosas que todavía no han sido resueltas y necesitamos una nueva reencarnación para poner en su debido lugar aquello que fue interrumpido. Lees cosas que no se corresponden con la realidad.

—Te amo.

—No, no es eso lo que estoy diciendo —me exaspero—. Ya he encontrado a la mujer que tenía que encontrar en esta reencarnación. Me llevó tres matrimonios, pero ahora no pretendo dejarla por nadie de este mundo. Nos conocemos desde hace muchos siglos y permaneceremos juntos en los siglos venideros.

Pero ella no desea escuchar el resto. Como había hecho en Moscú, me da un rápido beso en la boca y sale hacia la noche helada de Ekaterinburg.

Los soñadores no pueden ser domados

La vida es el tren, no la estación. Y después de casi dos días de viaje, es cansancio, desorientación, tensión que crece cuando un grupo de personas está confinado en el mismo lugar y nostalgia de los días que pasamos en Ekaterinburg. El día que nos embarcamos me encontré un mensaje de Yao en recepción en el que me preguntaba si no me gustaría entrenar un poco de aikido, pero no respondí, necesitaba estar solo algunas horas.

Pasé toda la mañana haciendo el máximo de ejercicio físico posible, que para mí significa caminar y correr. Así cuando regresase al vagón, seguro que estaría lo suficientemente cansado como para dormir. Conseguí hablar por teléfono con mi mujer, pues mi teléfono no funcionaba en el tren. Le expliqué que tal vez lo del Transiberiano no había sido la mejor idea del mundo, que no estaba convencido de llegar hasta el final, pero de todos modos servía como experiencia.

Ella me dijo que lo que decidiese estaría bien para ella, que no me preocupase, que estaba muy ocupada con sus pinturas. Sin embargo, había tenido un sueño que no podía entender: yo estaba en una playa, alguien llegaba del mar y me decía que por fin estaba cumpliendo mi misión. Luego desaparecía.

Le pregunté si era una mujer o un hombre. Me explicó que su rostro estaba tapado por una capucha, por lo que no sabía la respuesta. Me bendijo y me repitió que no me preocupase, Río de Janeiro era un horno a pesar de que era otoño. Pero que yo siguiese mi intuición, sin importarme lo que dijeran los demás.

—En ese mismo sueño, una mujer o una joven, no lo sé exactamente, estaba en la playa contigo.

—Hay una joven aquí. No sé su edad exacta, pero no debe de llegar a los treinta años.

—Confía en ella.

Por la tarde quedé con los editores, concedí alguna entrevista, cenamos en un excelente restaurante y regresamos a la estación alrededor de las once de la noche. Atravesamos los montes Urales —la cadena de montañas que separa Europa de Asia— en plena oscuridad. Nadie vio absolutamente nada.

Y, a partir de ahí, volvió a instalarse la rutina. Cuando empezaba el día, como movidos por una señal invisible, ya estaban todos otra vez alrededor de la mesa del desayuno. De nuevo, nadie había conseguido pegar ojo. Ni Yao, que parecía estar acostumbrado a ese tipo de viajes; parecía cada vez más cansado y triste.

Hilal esperaba allí. Y, como siempre, había dormido mejor que todo el mundo. Empezábamos la conversación con las quejas sobre el balanceo del tren, comíamos, yo volvía a la habitación para intentar dormir, me levantaba después de algunas horas, iba a la sala, me encontraba a las mismas personas, comentábamos los miles de

kilómetros que nos quedaban por delante, mirábamos por la ventana, escuchábamos música sin gracia que llegaba del sistema de altavoces del tren.

Hilal ahora apenas decía nada. Se instalaba siempre en el mismo rincón, abría un libro y se ponía a leer, cada vez más ausente del resto del grupo. A nadie parecía importarle, salvo a mí, que pensaba que su actitud era una falta de respeto absoluta hacia los demás. Sin embargo, considerando la otra posibilidad —sus comentarios inapropiados de siempre— decidí callarme.

Terminaba el desayuno, volvía de nuevo a la habitación, escribía un poco, intentaba dormir otra vez, cabeceaba unas horas; ahora la noción del tiempo se estaba perdiendo rápidamente, todos lo decían. Ya a nadie le preocupaba si era de día o de noche; nos guiábamos por las comidas, como imagino que hacen los presos.

En algún momento todos volvían a la sala, se servía la cena, más vodka que agua mineral, más silencio que conversación. El editor me contó que, cuando no estoy cerca, Hilal se pone a tocar un violín imaginario, como si estuviese ensayando. Sé que los jugadores de ajedrez hacen lo mismo: trabajan partidas enteras en sus cabezas, aunque no tengan tablero.

—Sí, toca música silenciosa para seres invisibles. Puede que la necesiten.

Otro desayuno. Sin embargo, hoy las cosas son diferentes; como sucede con todo en la vida, empezamos a acostumbrarnos. Mi editor se queja de que su móvil no funciona bien (el mío no funciona nunca). Su mujer va vestida como una odalisca, lo cual me parece gracioso y absurdo al mismo tiempo. Aunque no habla inglés, siempre conseguimos entendernos muy bien mediante gestos y miradas. Hilal decide participar en la conversación, hablando un poco de las dificultades de los músicos para vivir de su trabajo. A pesar de todo el prestigio, un músico profesional puede llegar a ganar menos que un taxista.

—¿Qué edad tienes? —pregunta la editora.

—Veintiún años.

—No lo parece.

«No lo parece» generalmente significa «pareces más vieja». Lo cual realmente es cierto. No imaginaba que fuese tan joven.

—El director del conservatorio de música fue a verme al hotel en Ekaterinburg —continúa la editora—. Me dijo que eras una de las violinistas con más talento que ha conocido. Pero que de repente perdiste el interés por la música.

—Fue el Aleph —responde, sin mirarme directamente.

—¿Aleph?

Todos la miran, sorprendidos. Yo finjo no haber oído nada.

—Eso mismo. El Aleph. No era capaz de encontrarlo, la energía no fluía como yo esperaba. Algo estaba bloqueado en mi pasado.

Ahora la conversación parece totalmente surrealista. Yo sigo callado, pero mi editor intenta enmendar la situación:

—Publiqué un libro de matemáticas que lleva esa palabra en el título. En lenguaje técnico significa «el número que contiene todos los números». El libro era sobre la cábala y las matemáticas. Los matemáticos usan el Aleph como una referencia para el número cardinal que define el infinito...

Nadie parece estar siguiendo la explicación. Él para.

—También está en el Apocalipsis —digo como si fuera la primera vez que estoy escuchando—. Cuando el Cordero lo define como el principio y el fin, aquel que está más allá del tiempo. Es la primera letra de los alfabetos hebraico, árabe y arameo.

A esas alturas la editora está arrepentida de haber convertido a Hilal en el centro de atención. Hay que satirizar un poco más.

—Sea como fuere, para una chica de veintiún años, que acaba de salir del colegio y que tiene una brillante carrera por delante, haber venido desde Moscú hasta Ekaterinburg, ya debería ser más que suficiente.

—Aún más si es *spalla*.

Hilal nota la confusión que ha causado su intervención anterior y se divierte provocando a la editora con otro término misterioso. La tensión crece. Yao decide intervenir:

—¿Ya eres *spalla*? ¡Enhorabuena!

Y volviéndose hacia el grupo:

—Como todos sabéis, el *spalla* es el primer violín de la orquesta. El último concertista que entra en el palco antes del director, que se sienta siempre en la primera fila a la izquierda. Es el responsable de afinar todos los instrumentos. Tengo una interesante historia que contar al respecto y sucedió precisamente cuando estaba en Novosibirsk, nuestra próxima parada. ¿Queréis escucharla?

Todos están de acuerdo, como si ya supiesen exactamente el significado de aquella palabra.

La historia de Yao no es tan interesante, pero el enfrentamiento entre Hilal y la editora se aplaza. Al final de un aburridísimo discurso sobre las maravillas turísticas de Novosibirsk, los ánimos están serenados, todos piensan en volver otra vez a sus habitaciones e intentar descansar un poco. Una vez más me arrepiento de la idea de atravesar todo un continente en tren.

—He olvidado colgar la reflexión de hoy.

Yao escribe en un papel amarillo: «Los soñadores no pueden ser domados», y pega el proverbio en el espejo junto al anterior.

—Un periodista de televisión nos espera en una de las siguientes estaciones y pregunta si puede entrevistarte —comenta el editor.

Claro que sí. Acepto cualquier distracción, cualquier cosa que haga pasar el

tiempo.

—Escribe sobre el insomnio —me sugiere el editor—. Puede que te ayude a dormir.

—Yo también quiero entrevistarte —interrumpe Hilal, y veo que ha salido del letargo en el que se encontraba el día anterior.

—Concierta una cita con mi editor.

Me levanto, me voy a la habitación, cierro los ojos y paso las dos horas siguientes rodando de un sitio a otro, como de costumbre; a estas alturas mi mecanismo biológico está completamente desequilibrado. Y, como toda persona insomne, pienso que puedo usar el tiempo para reflexionar sobre cosas interesantes, lo cual es absolutamente imposible.

Empiezo a escuchar una música. Al principio pienso que la percepción del mundo espiritual ha regresado sin necesidad de que yo haga ningún esfuerzo. Pero poco a poco me voy dando cuenta de que, además de la música, escucho el ruido de las ruedas del tren sobre los raíles y el de los objetos balanceándose sobre mi mesa.

La música es real. Y viene del baño. Me levanto y voy hasta allí.

Hilal tiene un pie dentro de la bañera y otro fuera y, equilibrándose como puede, toca su violín. Sonríe cuando me ve, porque estoy en calzoncillos. Pero la situación me parece tan natural, tan familiar, que no hago el menor esfuerzo por volver y ponerme los pantalones.

—¿Cómo has entrado?

Ella no interrumpe la música; señala con la cabeza la puerta de la habitación contigua, que comparte el mismo baño con la mía. Hago un gesto afirmativo y me siento en el otro lado de la bañera.

—Esta mañana me desperté sabiendo que tengo que ayudarte a entrar otra vez en contacto con la energía del Universo. Dios pasó por mi alma y me dijo que, si te sucedía a ti, también me sucedería a mí. Y me pidió que viniera para mecer tu sueño.

Nunca le había comentado que en cierto momento tuve la sensación de haber perdido ese contacto. Y su gesto me conmueve. Ambos intentando mantener el equilibrio en un vagón que se mueve de un lado a otro, el arco tocando la cuerda, la cuerda emitiendo un sonido, el sonido esparciéndose por el espacio, el espacio transformándose en tiempo musical y la paz transmitiéndose a través de un simple instrumento. La luz divina que emana de todo lo que es dinámico, activo.

El alma de Hilal está en cada nota, en cada acorde. El Aleph me ha revelado algo sobre la mujer que tengo frente a mí. No recuerdo todos los detalles de nuestra historia juntos, pero ya nos conocemos de antes. Espero que ella jamás descubra en qué circunstancias. En este preciso momento ella me envuelve con la energía del amor, como probablemente ya lo hizo en el pasado; que siga así, porque es lo único que siempre nos va a salvar, a pesar de los errores cometidos. El amor es siempre más

fuerte.

Empiezo a vestirla con la ropa que ella llevaba cuando la vi la última vez que estuvimos a solas, antes de que otros hombres llegaran a la ciudad y cambiaran toda la historia: chaleco bordado, blusa blanca de encaje, falda larga hasta los tobillos, terciopelo negro con hilos de oro. La escucho hablar sobre sus conversaciones con los pájaros, y de todo lo que las aves les dicen a los hombres, aunque éstos no lo entiendan. En ese momento yo soy su amigo, su confesor, su...

Paro. No quiero abrir esa puerta, a no ser que sea absolutamente necesario. Ya la he atravesado otras cuatro veces y no me llevó a ningún sitio. Sí, recuerdo a las ocho mujeres que estaban allí, sé que algún día obtendré la respuesta que me falta, pero eso jamás me ha impedido seguir adelante en mi vida actual. La primera vez me asusté muchísimo, pero después entendí que el perdón sólo funciona con quien lo acepta. Yo acepté el perdón.

Hay un pasaje en la Biblia, durante la Última Cena, en el que Jesús dice la misma frase: «Uno de vosotros me va a negar y otro me traicionará.» Califica ambos crímenes como igualmente graves. Judas lo traiciona y, corroído por la culpa, acaba ahorcándose. Pedro lo niega, no sólo una, sino tres veces. Tuvo bastante tiempo para reflexionar e insistió en el error. Pero en vez de castigarse por ello, usa su debilidad como fuerza; se convierte en el primer gran predicador del mensaje de aquel al que abandonó cuando más necesitaba de su compañía.

O sea: el mensaje del amor era mayor que el error. Judas no lo entendió, y Pedro lo usó como herramienta de trabajo.

No quiero abrir esa puerta, porque es como un dique que contiene el océano. Basta hacer un orificio y poco después la presión del agua lo habrá reventado todo e inundará lo que no debería ser inundado. Estoy en un tren y sólo hay una mujer llamada Hilal, originaria de Turquía, *spalla* de una orquesta, tocando el violín en el baño. Empiezo a tener sueño; el remedio está haciendo efecto. Mi cabeza se inclina, mis ojos se cierran, Hilal interrumpe la música y me pide que me acueste. Obedezco.

Ella se instala en la silla y sigue tocando. Y de repente ya no estoy en el tren, ni en aquel jardín donde la vi con blusa blanca; navego por un túnel profundo que me llevará a la nada, al sueño pesado y sin sueños. Lo último que recuerdo antes de dormirme es la frase que Yao puso en el espejo aquella mañana.

Los soñadores no pueden ser domados

Yao me está llamando.

—Ha llegado el periodista.

Todavía es de día, el tren está parado en una estación. Me levanto aturdido, entreabro la puerta y veo a mi editor al otro lado.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Creo que todo el día. Son las cinco de la tarde.

Le explico que necesito tiempo para ducharme y despertarme de verdad, para no decir cosas de las que después me arrepentiré.

—No te preocupes. El tren va a estar aquí parado durante una hora.

Menos mal que estamos parados: ducharse con el balanceo del vagón es una tarea difícil y peligrosa, puedo resbalar, hacerme daño y terminar el viaje de la manera más tonta posible (con un artefacto ortopédico, por ejemplo). Siempre que entro en esa ducha, tengo la misma sensación que si estuviese sobre una tabla de surf. Pero hoy ha sido fácil.

Quince minutos después salgo, tomo un café con todos, me presentan al periodista y le pregunto cuánto tiempo necesita para la entrevista.

—Acordamos una hora. Mi idea es acompañaros hasta la siguiente estación y...

—Diez minutos. Después puede usted bajarse aquí mismo, no quiero complicarle la vida.

—Pero no...

—No quiero complicarle la vida —respondo. En realidad, no debería haber aceptado ninguna entrevista, pero me comprometí en un momento en el que no lo pensé bien. Mi objetivo en este viaje es otro.

El periodista mira al editor, que se vuelve hacia la ventana. Yao pregunta si la mesa es un buen lugar para la grabación.

—Yo preferiría el espacio que da a las puertas del tren.

Hilal me mira; allí está el Aleph.

Pero ¿es que no se cansa de estar todo el rato en esa mesa? Me pregunto si, después de tocar y de enviarme hacia un lugar sin tiempo ni espacio, se quedó viéndome dormir. Tendremos tiempo, bastante tiempo, para hablar después.

—Perfecto —respondo—. Puede montar la cámara. Pero sólo por curiosidad: ¿por qué en un cubículo tan pequeño, tan ruidoso, cuando podría ser aquí?

El periodista y el cámara, sin embargo, ya se dirigen hacia el lugar, y nosotros los seguimos.

—¿Por qué en este espacio tan pequeño? —insisto mientras se ponen a montar el equipo.

—Para darle un sentido de realidad al espectador. Aquí suceden todas las historias

del viaje. La gente sale de sus compartimentos y, como el pasillo es estrecho, vienen a hablar aquí. Los fumadores se reúnen. Alguien que ha concertado una cita y que no quiere que los demás lo sepan. Todos los vagones tienen estos espacios en ambos lados.

El cubículo en ese momento está ocupado por mí, el cámara, el editor, el traductor, Hilal y un cocinero que ha venido para asistir a la conversación.

—Sería mejor un poco de privacidad.

Aunque una entrevista para la tele sea lo menos privado del mundo, el editor y el cocinero se apartan. Hilal y el traductor no se mueven.

—¿Te puedes mover un poco hacia la izquierda?

No, no puedo. Allí está el Aleph, creado por las muchas personas que han estado en este lugar. Aunque Hilal esté a una distancia segura y, aun sabiendo que la inmersión en el punto único sólo podría ser provocada si estuviéramos allí juntos, creo que es mejor no arriesgarse.

La cámara está encendida.

—Antes de empezar, dijo usted que las entrevistas y la promoción no eran el objetivo de este viaje. ¿Puede explicarnos por qué decidió hacer la ruta del Transiberiano?

—Porque me apetecía. Un sueño de adolescente. Por nada en especial.

—Por lo que veo, un tren como éste no es el lugar más cómodo del mundo.

Acciono mi piloto automático y empiezo a responder sin pensar demasiado. Las preguntas siguen: sobre la experiencia, las expectativas, los encuentros con los lectores. Voy respondiendo con paciencia, respeto, pero deseo que acabe cuanto antes. Mentalmente calculo que ya han pasado diez minutos, pero él sigue preguntando. Discretamente, de manera que la cámara no lo recoja, hago una señal con la mano para decir que estamos llegando al final. Se queda un poco desconcertado, pero no se inmuta.

—¿Viaja usted solo?

La luz «¡Alerta!» se enciende. Por lo visto ya corre el rumor. Y me doy cuenta de que éste es el ÚNICO motivo de la entrevista inesperada.

—Por supuesto que no. ¿No ha visto cuánta gente había alrededor de la mesa?

—Pero, por lo visto, la *spalla* del Conservatorio de Ekaterinburg...

Buen periodista, ha dejado la pregunta más complicada para el final. Sin embargo, ésta no es la primera entrevista de mi vida y lo interrumpo:

—... sí, va en este tren. —No dejo que continúe—. Cuando lo supe, la invité a visitar nuestro vagón siempre que quisiera. Me encanta la música.

Señalo a Hilal.

—Es una joven con mucho talento, que de vez en cuando nos concede el placer de escucharla al violín. ¿No quiere entrevistarla? Estoy seguro de que estará

encantada de contestar a sus preguntas.

—Si me da tiempo...

No, él no está allí para hablar de música, pero decide no insistir y cambia de tema.

—¿Qué es Dios para usted?

—El que conoce a Dios no lo describe. El que describe a Dios no lo conoce.

¡Hala!

La frase me sorprende. Aunque ya me lo han preguntado infinidad de veces, la respuesta del piloto automático es siempre: «Cuando Dios se definió a Moisés, le dijo: “Yo soy.” Así que no es el sujeto ni el predicado, sino el verbo, la acción.»

Yao se acerca.

—Perfecto, hemos acabado la entrevista. Muchas gracias por su tiempo.

Como lágrimas en la lluvia

Entro en mi habitación y empiezo a anotar febrilmente todo lo que acabo de hablar con los demás. Dentro de nada llegaremos a Novosibirsk. No puedo olvidar nada, ningún detalle. Poco importa quién preguntó qué. Si consigo registrar mis respuestas, tendré un excelente material de reflexión.

Cuando termina la entrevista, sabiendo que el periodista todavía se va a quedar por allí un rato, le pido a Hilal que vaya a su vagón y que coja el violín. Así, el cámara podrá grabarla y su trabajo será presentado al público. Pero el periodista dice que tiene que bajar en ese preciso momento para enviar el material a redacción.

En ese intervalo, Hilal vuelve con el instrumento, que estaba en la habitación vacía, al lado de la mía.

La editora reacciona.

—Si te vas a quedar ahí, tendrás que compartir con nosotros los gastos de alquiler del vagón. Estás ocupando el poco espacio que tenemos para nosotros.

Mi mirada debe de haberle dicho algo; no insiste en el tema.

—Ya que estás lista para el concierto, ¿por qué no nos tocas algo? —dice Yao.

Pido que desconecten los altavoces del vagón. Y le sugiero que toque algo breve, muy breve. Ella lo hace.

Todos tienen que haberlo notado, porque el cansancio ha desaparecido. Me invade una profunda paz, mayor que la que experimenté horas antes en mi habitación.

¿Por qué hace algunos meses me quejé porque no estaba conectado a la energía divina? ¡Qué tontería! Siempre lo estamos, es la rutina la que no nos deja reconocerlo.

—Necesito hablar. Pero no sé exactamente de qué, así que preguntadme lo que queráis —digo.

Porque no iba a ser yo el que hablase. Pero era inútil explicarlo.

—¿Ya me conociste en algún lugar del pasado? —pregunta Hilal.

¿Allí? ¿Delante de todo el mundo? ¿Era eso a lo que ella quería que le respondiese?

—No tiene importancia. Lo que tienes que pensar es dónde está cada uno de nosotros ahora. El momento presente. Solemos medir el tiempo como medimos la distancia entre Moscú y Vladivostok. Pero no es eso. El tiempo no se mueve y tampoco está parado. El tiempo cambia. Ocupamos un punto en esta constante mutación, nuestro Aleph. La idea de que el tiempo pasa es importante en el momento de saber a qué hora va a salir el tren, pero aparte de eso no sirve para mucho más. Ni para cocinar. Cada vez que repetimos una receta, es diferente. ¿He sido claro?

Hilal ha roto el hielo y todos empiezan a preguntar:

—¿No somos fruto de lo que aprendemos?

—Aprendemos en el pasado, pero no somos fruto de ello. Sufrimos en el pasado, amamos en el pasado, lloramos y reímos en el pasado. Pero eso no sirve para el presente. El presente tiene sus desafíos, su mal y su bien. No podemos culpar ni agradecer al pasado por lo que está sucediendo ahora. Cada experiencia de amor no tiene nada que ver con las experiencias pasadas: es siempre nueva.

Estoy hablando con ellos, pero también conmigo mismo.

—¿Alguien puede hacer que el amor se pare en el tiempo? —cuestiono—. Podemos intentarlo, pero transformaremos nuestra vida en un infierno. No estoy casado con la misma persona desde hace más de dos décadas. Es mentira. Ni ella ni yo somos los mismos, por eso nuestra relación continúa más viva que nunca. Yo no espero que ella se comporte como cuando nos conocimos. Ella tampoco desea que yo sea la misma persona que cuando nos encontramos. El amor está más allá del tiempo. Mejor dicho, el amor es el tiempo y el espacio en un solo punto, el Aleph, siempre transformándose.

—La gente no está acostumbrada a eso. Quieren que todo permanezca como...

—... y la única consecuencia es el sufrimiento —interrumpo—. No somos aquello que las personas deseaban que fuésemos. Somos lo que decidimos ser. Culpar a los demás siempre es fácil. Puedes pasarte la vida culpando al mundo, pero tus éxitos o tus derrotas son de tu absoluta responsabilidad. Puedes intentar parar el tiempo, pero estarás desperdiciando tu energía.

El tren da un frenazo inesperado y todos se asustan. Yo sigo asumiendo lo que digo, aunque no estoy seguro de que las personas de la mesa me sigan.

—Imaginad que el tren no frena, hay un accidente y todo se acaba. Todos los recuerdos, todo desaparece como lágrimas en la lluvia, como decía el androide en *Blade Runner*. ¿Será así? Nada desaparece, todo queda guardado en el tiempo. ¿Dónde está archivado mi primer beso? ¿En un lugar escondido de mi cerebro? ¿En una serie de impulsos eléctricos que ya están desactivados? Mi primer beso está más vivo que nunca, nunca lo olvidaré. Está aquí, a mi alrededor. Me ayuda a componer mi Aleph.

—Pero en este momento hay una serie de cosas que tengo que resolver.

—Esas cosas están en aquello que tú llamas «pasado» y esperan una decisión en aquello que tú llamas «futuro» —digo—. Entorpecen, contaminan y no dejan que entiendas el presente. Trabajar sólo con la experiencia es repetir viejas soluciones para nuevos problemas. Conozco a mucha gente que sólo consigue tener una identidad cuando habla de sus problemas. Así existe: porque tiene problemas que están relacionados con lo que cree que es «su historia».

Como nadie comenta nada, prosigo con mi explicación:

—Es preciso un gran esfuerzo para liberarse de la memoria pero, cuando lo consigues, empiezas a descubrir que eres más capaz de lo que creías. Habitas en este cuerpo gigantesco que es el Universo, donde están las soluciones y todos los problemas. Visita tu alma en vez de visitar tu pasado. El Universo pasa por muchas mutaciones y las lleva con él. A cada una de esas mutaciones la llamamos «una vida». Pero, de la misma manera que las células de tu cuerpo cambian y tú sigues igual, el tiempo no pasa, sólo cambia. Crees que eres la misma persona que estaba en Ekaterinburg haciendo algo. No lo eres. No soy la misma persona que cuando empecé a hablar. Tampoco el tren está en el mismo lugar que donde Hilal tocó su violín. Todo ha cambiado, y no somos capaces de percibirlo claramente.

—Pero un día el tiempo de esta vida se acaba —interviene Yao.

—¿Se acaba? La muerte es una puerta hacia otra dimensión.

—Y sin embargo, a pesar de todo lo que dices, nuestros seres queridos y nosotros mismos partiremos algún día.

—Nunca, absolutamente nunca, perdemos a nuestros seres queridos —afirmo—. Nos acompañan, no desaparecen de nuestras vidas. Simplemente estamos en habitaciones diferentes. No puedo ver lo que hay en el vagón de delante, pero hay gente viajando en el mismo tiempo que yo, que vosotros, que todo el mundo. El hecho de no poder hablar con ellos, de saber lo que ocurre en el otro vagón, es absolutamente irrelevante; están allí. Así, eso que llamamos «vida» es un tren con muchos vagones. A veces estamos en uno, a veces en otro. Otras veces pasamos de uno a otro, cuando soñamos o cuando nos dejamos llevar por lo extraordinario.

—Pero no podemos verlos ni comunicarnos con ellos.

—Sí podemos. Todas las noches pasamos a otro plano mientras dormimos. Hablamos con los vivos, con los que creemos muertos, con los que están en otra dimensión, con nosotros mismos, las personas que hemos sido y que seremos algún día.

La energía se vuelve más fluida, sé que puedo perder la conexión de un momento a otro.

—El amor siempre vence a eso que llamamos muerte. Por eso no tenemos que llorar por nuestros seres queridos, porque siguen siendo queridos y permanecen a nuestro lado. Tenemos una gran dificultad para aceptarlo. Si no lo creéis, no merece la pena que siga con la explicación.

Noto que Yao ha bajado la cabeza. Lo que me preguntó antes está siendo respondido ahora.

—¿Y a los que odiamos?

—Tampoco debemos subestimar a nuestros enemigos que han pasado al otro lado —respondo—. En la Tradición mágica, tienen el curioso nombre de «viajeros». No digo que puedan hacer algún mal aquí. No pueden, a no ser que vosotros lo permitáis.

Porque en realidad estamos allí con ellos, y ellos están aquí con nosotros. Aquí en el tren. La única manera de resolver el problema es corregir los errores y superar los conflictos. Sucederá en algún momento, aunque a veces sean necesarias muchas «vidas» para llegar a esa conclusión. Nos estamos encontrando y despidiendo por toda la eternidad. Una partida seguida de un regreso, siempre un regreso seguido de una partida.

—Pero has dicho que somos parte del todo. No existimos.

—Existimos de la misma manera que existe una célula. Puede causar un cáncer destructivo, afectar a gran parte del organismo. O puede esparcir los elementos químicos que producen alegría y bienestar. Pero la célula no es la persona.

—¿Por qué entonces tantos conflictos?

—Para que el Universo camine. Para que el cuerpo se mueva. Nada personal. Escuchad.

Escuchan, pero no oyen. Será mejor ser más claro.

—En este momento el raíl y la rueda están en conflicto y oímos el ruido de la fricción entre los metales. Pero lo que justifica a la rueda es el raíl, y lo que justifica al raíl es la rueda. El ruido del metal es irrelevante. Es simplemente una manifestación, no es un grito de queja.

La energía está prácticamente disipada. La gente sigue preguntando, pero no soy capaz de responder de manera coherente. Todos entienden que es el momento de parar.

—Gracias —dice Yao.

—No me lo agradezcas. Yo también estaba escuchando.

—Te refieres a...

—No me refiero a nada en especial, y me refiero a todo. Veis que he cambiado mi actitud con Hilal. No debería decirlo aquí porque no la va a ayudar en nada; al contrario, algún espíritu débil puede sentir algo que sólo degrada al ser humano, lo que llamamos celos. Pero mi encuentro con Hilal ha abierto una puerta; no la que yo quería, sino otra. He pasado a otra dimensión de mi vida. A otro vagón, en el que hay muchos conflictos no resueltos. La gente me espera, tengo que ir hasta allí.

—Otro plano, otro vagón...

—Eso. Estamos eternamente en el mismo tren, hasta que Dios decida detenerlo por alguna razón que sólo Él conoce. Pero, como es imposible quedarnos siempre en nuestro compartimento, caminamos de un lado a otro, de una vida a otra, como si ocurriesen sucesivamente. No ocurren: soy quien fui y quien seré. Cuando me encontré a Hilal fuera del hotel en Moscú, me habló de una historia que yo escribí sobre un fuego en lo alto de la montaña. Hay otra historia respecto al fuego sagrado que os voy a contar:

»El gran rabino de Israel, Shem Tov, cuando veía que su pueblo estaba siendo

maltratado, se iba al bosque, encendía un fuego sagrado y decía una oración especial, pidiéndole a Dios que protegiese a su pueblo. Y Dios enviaba un milagro.

»Más tarde, su discípulo Maggid de Mezritch, siguiendo los pasos de su maestro, iba al mismo lugar del bosque y decía: «Maestro del Universo, no sé cómo encender el fuego sagrado, pero aún conozco la oración especial. ¡Escúchame, por favor!» El milagro sucedía.

»Pasó una generación y el rabino Mosheleib de Sasov, cuando veía cómo se perseguía a su pueblo, iba al bosque y decía: «No sé encender el fuego sagrado ni conozco la oración especial, pero todavía recuerdo el lugar. ¡Ayúdanos, Señor!» Y el Señor los ayudaba.

»Cincuenta años después, el rabino de Israel, Rizbin, en su silla de ruedas, hablaba con Dios: «No sé encender el fuego sagrado, no conozco la oración y ni tan siquiera puedo encontrar el lugar en el bosque. Todo lo que puedo hacer es contar esta historia, esperando que Dios me escuche.»

»Ahora soy yo el que habla. Ya no es la energía divina. Pero, aunque no sepa cómo volver a encender el fuego sagrado, ni siquiera la razón por la que fue encendido, al menos aún puedo contar una historia.

»Sed amables con ella.

Hilal finge no haber escuchado. De hecho, todo el mundo finge no haber escuchado.

El Chicago de Siberia

Todos somos almas que vagan por el cosmos, viviendo nuestras vidas al mismo tiempo, pero con la impresión de que estamos pasando de una reencarnación a otra. Todo aquello que toca el código de nuestra alma jamás se olvida y, en consecuencia, afecta al resto.

Miro a Hilal con amor, el amor que se refleja como un espejo a través del tiempo, o de aquello que imaginamos que es el tiempo. Nunca ha sido mía y jamás lo será, porque así está escrito. Si somos creadores y criaturas, también somos marionetas en las manos de Dios; hay un límite que no podemos traspasar, porque es algo que fue dictado por razones que desconocemos. Podemos llegar muy cerca, tocar el agua del río con nuestros pies, pero está prohibido sumergirse y dejarse llevar por la corriente.

Le doy las gracias a la vida porque me ha permitido reencontrarla en el momento en que la necesitaba. Finalmente empiezo a aceptar la idea de que será necesario atravesar aquella puerta por quinta vez, aunque todavía no descubra la respuesta. Doy gracias una segunda vez a la vida porque antes tenía miedo y ahora ya no lo tengo. Y por tercera vez le doy gracias a la vida por estar haciendo este viaje.

Me divierto al ver que esta noche ella está celosa. Aunque sea una virtuosa del violín, una guerrera en el arte de conseguir lo que desea, nunca ha dejado de ser una niña y nunca dejará de serlo, como yo y todos aquellos que realmente desean lo mejor que la vida puede ofrecer tampoco dejaremos de serlo. Sólo un niño puede hacerlo.

Provocaré sus celos, porque así sabrá a qué atenerse cuando tenga que lidiar con los celos de otros. Aceptaré su amor incondicional porque, cuando ame incondicionalmente otra vez, sabrá qué terreno estará pisando.

—También lo llaman «el Chicago de Siberia».

El Chicago de Siberia. Las comparaciones normalmente suenan muy extrañas. Antes del Transiberiano, Novosibirsk tenía menos de ocho mil habitantes. Ahora la población supera la cifra de 1,4 millones, gracias a un puente que permitió que el ferrocarril siguiera su marcha de acero y carbón hacia el océano Pacífico.

Cuenta la leyenda que la ciudad tiene las mujeres más hermosas de Rusia. Por lo que he podido ver, la leyenda tiene profundas raíces en la realidad, aunque no las haya comparado con las de otros lugares por los que he pasado. En este momento estamos yo, Hilal y una de esas diosas de Novosibirsk delante de algo completamente desfasado de la realidad actual: una gigantesca estatua de Lenin, el hombre que transformó las ideas del comunismo en realidad. Nada menos romántico que ver a ese hombre de perilla apuntando al futuro, pero incapaz de salir de la estatua y de cambiar el mundo.

La que hace el comentario sobre Chicago es precisamente la diosa, una ingeniera llamada Tatiana, de unos treinta años (nunca acierto, pero voy creando mi mundo basándome en mis suposiciones), que después de la fiesta y de la cena decide dar un paseo con nosotros. La «tierra firme» ahora me da la sensación de estar en otro planeta. Me cuesta acostumbrarme a un suelo que no se mueve constantemente.

—Vayamos a un bar a beber y después a bailar. Necesitamos hacer todo el ejercicio posible.

—Pero estamos cansados —dice Hilal.

En esos momentos me transformo en esa mujer que aprendí a ser y leo lo que hay detrás de sus palabras: «Quieres quedarte con ella.»

—Si estás cansada, puedes volver al hotel. Me quedo con Tatiana.

Hilal cambia de tema:

—Me gustaría enseñarte algo.

—Entonces enséñamelo. No es necesario que estemos solos. Nos conocemos hace menos de diez días, ¿verdad?

Eso destroza su postura de «Estoy con él». Tatiana se anima, aunque no por mí, sino porque las mujeres siempre son enemigas naturales las unas de las otras. Dice que será un gran placer enseñarme la vida nocturna del «Chicago de Siberia».

Lenin nos contempla impávido desde su pedestal, acostumbrado a todo eso, al parecer. Si en vez de querer crear el paraíso del proletariado se hubiera dedicado a la dictadura del amor, las cosas habrían ido mejor.

—Pues entonces venid conmigo.

«¿Venid conmigo?» Antes de que pueda reaccionar, Hilal se pone a caminar con pasos firmes. Quiere invertir el juego y así desviar el golpe, y Tatiana cae en la trampa. Nos ponemos a caminar por la inmensa avenida que va a dar al puente.

—¿Conoces la ciudad? —pregunta la diosa con cierta sorpresa.

—Depende de a qué te refieras con «conocer». Lo conocemos todo. Cuando toco mi violín, percibo la existencia de...

Busca las palabras. Por fin encuentra algo que yo comprendo, pero que sólo sirve para apartar a Tatiana todavía más de la conversación.

—... un gigantesco y poderoso «campo de información» a mi alrededor. No es algo que yo pueda controlar, sino que me controla y me guía hacia el acorde adecuado en los momentos de duda. No necesito conocer la ciudad, simplemente tengo que dejar que ella me lleve a donde desea.

Hilal va cada vez más rápido. Para mi sorpresa, Tatiana entiende perfectamente lo que ella acaba de decir.

—Me encanta pintar —dice—. Aunque soy ingeniera de profesión, cuando estoy ante el lienzo vacío descubro que cada toque del pincel es una meditación visual. Un viaje que me lleva a la felicidad que no consigo encontrar en mi trabajo y que espero

no abandonar nunca.

Seguro que Lenin ha asistido muchas veces a lo que acaba de ocurrir. Al principio, dos fuerzas se enfrentan, porque hay una tercera que debe ser mantenida o conquistada. Poco tiempo después, esas dos fuerzas ya son aliadas y la tercera ha sido olvidada o ha dejado de ser relevante. Yo simplemente las acompaño, parecen amigas de la infancia, hablando animadamente en ruso, ajenas a mi existencia. Aunque sigue haciendo frío —yo pienso que en este lugar el frío debe de durar todo el año, pues ya estamos en Siberia—, el paseo me está sentando bien y cada vez me levanta más el ánimo. Cada kilómetro recorrido me está llevando de nuevo a mi reino. Hubo un momento en Túnez que pensé que eso no iba a ocurrir, pero mi mujer acertó: estando solo soy vulnerable, pero también más abierto.

Seguir a estas dos mujeres me cansa. Mañana voy a dejarle una nota a Yao sugiriéndole que practiquemos un poco de aikido. Mi cerebro ha estado trabajando más que mi cuerpo.

Paramos en medio de ningún lugar, una plaza completamente vacía con una fuente en el centro. El agua todavía está congelada. Hilal respira de manera acelerada; si sigue haciéndolo, el exceso de oxígeno le va a dar la sensación de estar flotando. Un trance artificialmente provocado que ya no me impresiona.

Hilal es ahora la maestra de ceremonias de un espectáculo que desconozco. Nos pide que nos demos la mano y miremos a la fuente.

—Dios Todopoderoso —continúa con la respiración agitada—, envía a Tus mensajeros ahora a Tus hijos que están aquí con el corazón abierto para recibirlos.

Sigue adelante con un tipo de invocación muy conocida. Noto que la mano de Tatiana empieza a temblar, como si también fuera a entrar en trance. Hilal parece en contacto con el Universo, o con aquello que llamó «campo de información». Sigue rezando; la mano de Tatiana para de temblar y aprieta la mía con toda su fuerza. Diez minutos después el ritual se acaba.

Dudo sobre si debo decir lo que pienso. Pero esta chica es pura generosidad y amor, merece escucharlo.

—No lo he entendido —digo.

Ella parece desconcertada.

—Es un ritual de acercamiento a los espíritus —explica.

—¿Y dónde lo aprendiste?

—En un libro.

¿Sigo ahora o espero para decirle lo que pienso cuando estemos solos? Como Tatiana ha participado en el ritual, decido seguir adelante.

—Con todo el respeto por lo que investigaste y con todo el respeto por la persona que escribió el libro, creo que está totalmente fuera de ritmo. ¿De qué sirve este ritual

de la manera en que ha sido realizado? Veo a millones y millones de personas convencidas de que se están comunicando con el cosmos y salvando a la raza humana con ello. Cada vez que no funciona, porque en realidad no funciona de esta manera, pierden un poco de esperanza. La recuperan en el siguiente libro o en el siguiente seminario, que siempre aporta alguna novedad. Pero en pocas semanas olvidan lo que han aprendido, y la esperanza va desapareciendo.

Hilal está sorprendida. Quería mostrarme algo aparte de su talento para el violín, pero ha pisado un terreno peligroso, el único en el que mi tolerancia es absolutamente cero. Tatiana debe de creer que soy un maleducado, por eso se pone de parte de su nueva amiga:

—Pero ¿las oraciones no nos acercan a Dios?

—Te respondo con otra pregunta. ¿Todas esas oraciones que dices harán que el sol salga mañana? Por supuesto que no: el sol nace porque obedece a una ley universal. Dios está cerca de nosotros, independientemente de las oraciones que digamos.

—¿Quieres decir que nuestras oraciones son inútiles? —insiste Tatiana.

—De ninguna manera. Si no te levantas temprano, nunca podrás ver cómo nace el sol. Si no rezas, aunque Dios esté siempre cerca, nunca serás capaz de notar Su presencia. Pero si crees que solamente conseguirás llegar a algo a través de invocaciones como ésa, entonces más vale que te mudes al desierto de Sonora en Estados Unidos, o que pases el resto de tu vida en un *ashram* en la India. En el mundo real, Dios está más presente en el violín de la chica que acaba de rezar.

Tatiana se pone a llorar. Ni Hilal ni yo sabemos qué hacer. Esperamos a que pare y nos cuente lo que siente.

—Gracias —dice—. Aunque según tú haya sido inútil, gracias. Soporto cientos de heridas mientras me veo forzada a comportarme como si fuese la persona más feliz del mundo. Por lo menos hoy he sentido que alguien me cogía las manos y me decía: no estás sola, ven con nosotros, enséñame lo que conoces. Me he sentido amada, útil, importante.

Se vuelve hacia Hilal y prosigue:

—Incluso cuando decidiste que conocías esta ciudad mejor que yo, que nací y he vivido aquí toda la vida, no me sentí ni desmerecida ni insultada. Yo creí que ya no estaba sola, pues alguien me iba a mostrar lo que no conozco. Realmente nunca había visto esta fuente y ahora, cada vez que me sienta mal, vendré aquí y le pediré a Dios que me proteja. Sé que las palabras no querían decir nada especial. He dicho oraciones semejantes muchas veces en mi vida, que nunca han sido atendidas, y la fe se iba apartando cada vez más. Pero hoy ha sucedido algo, porque sois extranjeros pero no extraños.

Tatiana aún no ha acabado:

—Eres mucho más joven que yo, no has sufrido lo que yo, no conoces la vida, pero tienes suerte. Estás enamorada de un hombre, por eso has hecho que yo me vuelva a enamorar de la vida, y a partir de ahí será más fácil que me vuelva a enamorar de un hombre.

Hilal baja los ojos. No quería escuchar todo aquello. Tal vez estaba dentro de sus planes decirlo, pero es otra persona la que habla en la ciudad de Novosibirsk, en Rusia, en la realidad tal y como la imaginamos, aunque sea muy distinta de la que Dios creó en esta Tierra. En este momento su cabeza lucha entre las palabras que salen del corazón de Tatiana y la lógica que insiste en romper ese momento tan especial con una alerta: «Todo el mundo lo nota. La gente en el tren se está dando cuenta.»

—Sin mayores explicaciones, acabo de perdonarme y me siento más ligera —continúa Tatiana—. No entiendo qué habéis venido a hacer aquí ni por qué me pedisteis que os acompañase, pero habéis confirmado lo que yo sentía: las personas se encuentran cuando necesitan encontrarse. Acabo de salvarme a mí misma.

En verdad, su expresión ha cambiado. La diosa se ha transformado en hada. Abre sus brazos hacia Hilal, que se acerca a ella. Ambas se abrazan. Tatiana me mira y hace un gesto con su cabeza, pidiéndome que me acerque yo también, pero no me muevo. Hilal necesita más ese abrazo que yo. Quería mostrar lo mágico, mostró lo convencional, y lo convencional se transformó en mágico porque allí había una mujer que fue capaz de transmutar aquella energía y hacerla sagrada.

Ambas siguen abrazadas. Miro el agua congelada de la fuente y sé que volverá a correr algún día, y después volverá a congelarse de nuevo, y volverá a correr otra vez. Que así sea con nuestros corazones; que obedezcan también al tiempo, pero que nunca se queden parados para siempre.

Ella saca una tarjeta de visita del bolso. Duda un poco, pero acaba dándosela a Hilal.

—Adiós —dice Tatiana—. Éste es mi teléfono, pero sé que nunca más volveré a veros. Puede que todo lo que acabo de decir no sea más que un momento de romanticismo incurable y pronto las cosas vuelvan a ser como eran antes. Pero ha sido muy importante para mí.

—Adiós —responde Hilal—. Si conozco el camino de la fuente, también sabré llegar al hotel.

Me coge del brazo. Andamos por el frío y, por primera vez desde que nos conocemos, yo la deseo como mujer. La dejo en la puerta del hotel y le digo que necesito caminar un poco más, solo, para pensar en la vida.

El Camino de la Paz

No debo. No puedo. Y tengo que decírmelo a mí mismo mil veces: no quiero.

Yao se quita la ropa y se queda sólo con los calzoncillos. A pesar de tener más de setenta años, su cuerpo es piel y músculos. Yo también me quito la ropa.

Lo necesito. No tanto por los días que paso confinado en el tren, sino porque ahora mi deseo ha empezado a crecer de manera incontrolable. Aunque sólo adquiriera dimensiones gigantescas cuando estamos distantes —ella se va a su habitación, o yo tengo un compromiso profesional que cumplir—, sé que no falta mucho para que yo sucumba a él. Así fue en el pasado, cuando nos encontramos en la que imagino fue la primera vez; cuando se alejaba de mí, no podía pensar en otra cosa. Cuando volvía a estar cerca, visible, palpable, los demonios desaparecían sin necesidad de tener que controlarme mucho.

Por eso tiene que quedarse aquí. Ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

Yao se pone el quimono y yo hago lo mismo. Caminamos en silencio hacia el dojo, el lugar de la lucha, que pudo encontrar después de tres o cuatro llamadas telefónicas. Hay varias personas practicando; encontramos un rincón libre.

«El Camino de la Paz es vasto e inmenso, y refleja el gran objetivo del mundo visible e invisible. El guerrero es el trono de lo Divino y está siempre al servicio de un propósito mayor.» Morihei Ueshiba lo dijo hace casi un siglo, mientras desarrollaba las técnicas del aikido.

El camino hacia su cuerpo es la puerta de al lado. Voy a llamar, se abrirá y no me preguntará exactamente qué deseo; puede leerlo en mis ojos. Tal vez tenga miedo. O tal vez diga: «Puedes entrar, estaba esperando este momento. Mi cuerpo es el trono de lo Divino, sirve para manifestar aquí todo lo que ya estamos viviendo en otra dimensión.»

Yao y yo hacemos la reverencia tradicional, y nuestros ojos cambian. Ahora estamos listos para el combate.

Y, en mi imaginación, ella también baja la cabeza como si dijese: «Sí, estoy lista, sujétame, cógeme del pelo.»

Yao y yo nos acercamos, agarramos el cuello de los quimonos, mantenemos la postura y comienza el combate. Un segundo después estoy en el suelo. No puedo pensar en ella; invoco el espíritu de Ueshiba. Viene en mi ayuda a través de sus enseñanzas y consigo volver al dojo, a mi oponente, al combate, al aikido, al Camino de la Paz.

«Tu mente tiene que estar en armonía con el Universo. Tu cuerpo tiene que acompañar al Universo. Tú y el Universo sois sólo uno.»

Pero la fuerza del golpe me lleva más cerca de ella. Yo hago lo mismo. Agarro sus cabellos y la tiro sobre la cama, echo mi cuerpo sobre el suyo, la armonía con el

Universo es esto: un hombre y una mujer transformándose en una sola energía.

Me levanto. Hace años que no lucho, mi imaginación está lejos de aquí, he olvidado cómo equilibrarme bien. Yao espera a que me recomponga; veo su postura y recuerdo la posición en la que debo mantener los pies. Me pongo delante de él de manera correcta, volvemos a agarrar los cuellos de nuestros quimonos.

De nuevo no es Yao, sino Hilal la que está frente a mí. Mantengo sus brazos inmóviles, primero con las manos, después colocando mis rodillas sobre ellos. Empiezo a desabrochar su blusa.

Vuelvo a volar por el espacio sin darme cuenta de cómo ha ocurrido. Estoy en el suelo, mirando al techo con sus luces fluorescentes, sin saber cómo he podido dejar mis defensas tan ridículamente bajas. Yao me tiende la mano para ayudarme a levantarme, pero la rechazo; puedo hacerlo solo.

Volvemos a agarrar los cuellos de los respectivos quimonos. De nuevo mi imaginación viaja lejos de allí: vuelvo a la cama, la blusa ya está desabotonada, los senos pequeños con pezones duros, me inclino para besarlos, mientras ella se debate, mezcla de placer y de excitación por el siguiente movimiento.

—Concéntrate —dice Yao.

—Estoy concentrado.

Mentira. Él lo sabe. Aunque no pueda leer mis pensamientos, entiende que no estoy allí. Mi cuerpo está que arde por culpa de la adrenalina que circula por la sangre, por las dos caídas y por todo lo que también cayó junto con los golpes que he recibido: la blusa, los vaqueros, las zapatillas deportivas que fueron lanzadas lejos. Imposible prever el próximo golpe, pero es posible reaccionar con instinto, atención y...

Yao deja el cuello del quimono y coge mi dedo, doblándolo de manera clásica. Sólo un dedo y el cuerpo queda paralizado. Un dedo hace que todo el resto no funcione. Hago un esfuerzo para no gritar, pero veo las estrellas y el dojo de repente parece haber desaparecido, tal es la intensidad del dolor.

En el primer momento, el dolor parece hacer que me concentre en lo que debo: el Camino de la Paz. Pero después da lugar a la sensación de ella mordiendo mis labios mientras nos besamos. Ya no tengo las rodillas sobre sus brazos; sus manos me agarran con fuerza, las uñas están clavadas en mi espalda, escucho sus gemidos en mi oído izquierdo. Los dientes aflojan la presión, su cabeza se mueve y ella me besa.

«Entrena tu corazón. Ésa es la disciplina que el guerrero necesita. Si puedes controlarlo, derrotarás a tu oponente.»

Es eso lo que intento hacer. Consigo librarme del golpe y vuelvo a agarrar su quimono. Piensa que me siento humillado, ya se ha dado cuenta de que los años de práctica han desaparecido y, seguramente, me va a permitir que lo ataque.

He leído su pensamiento, he leído el pensamiento de ella, me dejo dominar; Hilal

me da la vuelta en la cama, monta sobre mi cuerpo, me desata el cinturón y desabrocha el pantalón.

«El Camino de la Paz es fluido como un río y, como no opone resistencia a nada, ya ha vencido antes de comenzar. El arte de la paz es imbatible, porque nadie lucha contra nadie, sólo con uno mismo. Vécete a ti mismo, y vencerás al mundo.»

Sí, es eso lo que hago ahora. La sangre corre más rápido que nunca, el sudor gotea en mis ojos y me impide ver durante una fracción de segundo, pero mi oponente no se aprovecha de la ventaja. Con dos movimientos está en el suelo.

—No hagas eso —digo—. No soy un niño que tiene que ganar la lucha como sea. Mi combate se está llevando a cabo en otro plano en este momento. No me dejes vencer sin el mérito o la alegría de ser el mejor.

Él lo entiende y se disculpa. No estamos luchando, sino practicando el Camino. Él agarra de nuevo el quimono, yo me preparo para el golpe que viene de la derecha pero que en el último momento cambia de dirección; una de las manos de Yao me sujeta el brazo y lo retuerce de tal manera que me obliga a arrodillarme para que no me lo rompa.

A pesar del dolor, sé que todo va mejor. El Camino de la Paz parece una lucha, pero no lo es. Es el arte de rellenar lo que falta y de vaciar lo que sobra. Ahí pongo toda mi energía, y poco a poco la imaginación deja la cama, a la chica con sus senos pequeños y pezones duros que está desabrochando mis pantalones y acariciando mi sexo al mismo tiempo. En este combate está mi lucha conmigo mismo, que tengo que ganar como sea, aunque esté cayendo y levantándome infinitas veces. Poco a poco van desapareciendo los besos que nunca fueron dados, los orgasmos que iba a haber, las caricias después del sexo violento y salvaje, romántico y sin límites ni prejuicios.

Estoy en el Camino de la Paz, mi energía se libera en él, afluente del río que no opone resistencia a nada, y por eso puede seguir su curso hasta el final y llegar al mar como había planeado.

Me vuelvo a levantar. Vuelvo a caer. Luchamos casi media hora, completamente abstraídos de las demás personas que hay allí, también concentradas en lo que están haciendo, en busca de la posición correcta que las ayudará a encontrar la postura perfecta en nuestra vida de cada día.

Al final estamos los dos sudados y exhaustos. Él me saluda, yo lo saludo y nos dirigimos a la ducha. Me ha superado todo el tiempo, pero no hay marcas en mi cuerpo: herir al oponente es herirse a uno mismo. Controlar la agresión para no hacer daño al otro es el Camino de la Paz.

Dejo que el agua corra por mi cuerpo, lavando todo lo que se había acumulado y diluido en mi imaginación. Cuando vuelva el deseo, porque sé que va a volver, le pediré a Yao que busque de nuevo un lugar para practicar aikido —aunque sea en el pasillo del tren, como habíamos imaginado antes— y reencontraré el Camino de la

Paz.

Vivir es entrenar. Cuando entrenamos, nos preparamos para lo que está por venir. La vida y la muerte pierden su significado, sólo están los desafíos que son recibidos con alegría y superados con tranquilidad.

—Un hombre quiere hablar contigo —dice Yao, mientras nos vestimos—. Le dije que podría concertar una cita, porque le debo un favor. Hazlo por mí.

—Pero nos vamos mañana temprano —le recuerdo.

—Me refiero a la próxima parada. Claro que no soy más que un traductor; si no quieres, le digo que estás ocupado.

No es simplemente un traductor, y lo sabe. Es un hombre que sabe cuándo necesito ayuda, aunque desconozca la razón.

—Perfecto, haré lo que me pides —asiento.

—Quiero que sepas que tengo toda una vida de experiencia en artes marciales —empieza—. Y, al desarrollar el Camino de la Paz, Ueshiba no sólo pensaba en subyugar al enemigo físico. Siempre que haya una intención transparente en el camino del estudiante, también vencerá al enemigo interior.

—Hace mucho tiempo que no lucho.

—No lo creo. Tal vez hace mucho tiempo que no entrenas, pero el Camino de la Paz sigue dentro de ti. Una vez aprendido, jamás lo olvidamos.

Sabía adónde quería llegar Yao. Podía haber interrumpido la conversación allí, pero dejé que continuase. Era un hombre avezado, experimentado, entrenado por las adversidades, que siempre ha sobrevivido a pesar de haberse visto obligado a cambiar de mundos muchas veces en esta reencarnación. Es inútil intentar ocultarle nada.

Le pido que siga con lo que estaba diciendo.

—No estabas luchando conmigo. Luchabas con ella.

—Es verdad.

—Entonces seguiremos entrenando, siempre que el viaje nos lo permita. Quiero darte las gracias por lo que dijiste en el tren, comparando la vida y la muerte con el paso de un vagón a otro y explicando que lo hacemos muchas veces en nuestras vidas. Por primera vez desde que perdí a mi mujer, tuve una noche de paz. Me encontré con ella en mis sueños y vi que era feliz.

—También hablaba para mí.

Le agradezco que haya sido un adversario leal, que no me haya dejado ganar una lucha que yo no merecía.

El anillo de fuego

«Es necesario desarrollar una estrategia que utilice todo lo que está a tu alrededor. La mejor manera de prepararse para un desafío es tener a mano una capacidad infinita de respuesta.»

Por fin consigo acceso a Internet. Necesitaba recordar todo lo que había aprendido sobre el Camino de la Paz.

«La búsqueda de la paz es una manera de rezar que acaba generando luz y calor. Olvídate un poco de ti mismo, has de saber que en la luz está la sabiduría y en el calor reside la compasión. Al caminar por este planeta, procura notar la verdadera forma de los cielos y de la tierra. Podrás si no te dejas paralizar por el miedo y decides que todos tus gestos y actitudes se corresponderán con aquello que piensas.»

Alguien llama a la puerta. Estoy tan concentrado que me cuesta entender qué sucede. Mi primer impulso es simplemente no responder, pero imagino que pueda ser algo urgente; ¿quién tendría el valor de despertar a alguien a aquellas horas?

Mientras voy a abrir, me doy cuenta de que existe una persona con el valor suficiente para hacer eso.

Hilal está al otro lado, con camiseta roja y pantalón de pijama. Sin decir nada, entra en la habitación y se acuesta en mi cama.

Me acuesto a su lado. Ella se acerca, y yo la abrazo.

—¿Dónde has estado? —pregunta.

«Dónde has estado» es más que una frase. El que lo pregunta también dice «Te he echado de menos», «me gustaría estar contigo», «tienes que contarme todo lo que haces».

No respondo, simplemente acaricio sus cabellos.

—Llamé a Tatiana y pasamos la tarde juntas —responde a algo que yo no he preguntado y tampoco he respondido—. Es una mujer triste, y la tristeza es contagiosa. Me contó que tiene una hermana gemela, drogadicta, incapaz de conseguir un trabajo ni de tener una relación amorosa normal. Pero la tristeza de Tatiana no se debe a eso, sino al hecho de que tiene éxito, es guapa, deseada por los hombres, tiene un trabajo que le gusta y, aunque esté divorciada, ya ha encontrado a otro hombre que está enamorado de ella. El problema es que, cada vez que ve a su hermana, siente un terrible complejo de culpa. Primero, porque no puede hacer nada. Segundo, porque su victoria hace la derrota de su hermana más amarga. Es decir, nunca somos felices, sean cuales sean las circunstancias. Tatiana no es la única persona en el mundo que piensa así.

Yo sigo acariciando sus cabellos.

—Recuerdas lo que conté en la embajada, ¿verdad? Todo el mundo está convencido de que tengo un talento extraordinario, de que soy una gran violinista y

de que mi carrera estará llena de reconocimiento y de gloria. La profesora te lo dijo, y añadió: «Es muy insegura, inestable.» No es verdad; domino la técnica, conozco los lugares en los que sumergirme para buscar la inspiración, pero NO nací para eso y nadie me va a convencer de lo contrario. El instrumento es mi manera de huir de la realidad, el carro de fuego que me lleva muy lejos de mí misma, y gracias a él estoy viva. Sobreviví para poder encontrar a una persona que me iba a redimir de todo el odio que siento. Al leer tus libros, entendí que esa persona eras tú. Claro.

—Claro.

—He intentado ayudar a Tatiana, diciéndole que desde muy joven me he dedicado a destruir a todos los hombres que se acercan a mí sólo porque uno de ellos intentó inconscientemente destruirme. Pero no lo cree, piensa que soy una niña. Aceptó quedar conmigo para tener acceso a ti.

Se mueve, se acerca más. Siento el calor de su cuerpo.

—Me preguntó si podía ir con nosotros hasta el lago Baikal. Dice que, aunque el tren pasa todos los días por Novosibirsk, nunca ha tenido una razón para cogerlo. Ahora la tiene.

Tal como pensaba, ahora que estamos juntos en la cama simplemente siento ternura por la chica que está a mi lado. Apago la luz, y la habitación queda iluminada por las chispas del acero que está siendo moldeado por el fuego en una obra que hay al lado.

—Le he dicho que no. Que, aunque coja el tren, nunca conseguirá llegar a tu vagón. Los revisores no dejan pasar de una clase a otra. Entendió que no la quería cerca.

—La gente aquí trabaja toda la noche —digo.

—¿Me estás escuchando?

—Te estoy escuchando, pero no comprendo. Otra persona me busca en las mismas circunstancias que tú. En vez de ayudarla, la apartas totalmente.

—Porque tengo miedo. Miedo de que ella se acerque demasiado y que pierdas el interés por mí. Como no sé exactamente quién soy ni lo que hago aquí, todo puede desaparecer de un momento a otro.

Muevo el brazo izquierdo, encuentro los cigarrillos, enciendo uno para mí y otro para ella. Pongo el cenicero en mi pecho.

—¿Me deseas? —pregunta.

Tengo ganas de decir: «Sí, te deseo cuando estás lejos, cuando sólo eres una fantasía en mi cabeza. Hoy luché durante casi una hora pensando en ti, en tu cuerpo, en tus piernas, en tus senos, y la lucha consumió sólo una parte ínfima de esa energía. Soy un hombre que ama y desea a su mujer, y aun así te deseo. No soy el único que te desea, no soy el único hombre casado que desea a otra mujer. Todos cometemos adulterio de pensamiento, pedimos perdón y volvemos a cometerlo. Y no es el miedo

al pecado lo que me hace permanecer aquí contigo en mis brazos y no tocar tu cuerpo. No tengo ese tipo de culpa. Pero hay algo muchísimo más importante que hacer el amor contigo ahora. Por eso estoy en paz a tu lado, viendo la habitación del hotel iluminada por la luz de las chispas de la obra de al lado.»

—Claro que te deseo. Mucho. Soy un hombre y tú una mujer muy atractiva. Además siento una inmensa ternura por ti, que crece cada día. Admiro cómo pasas con facilidad de mujer a niña y de niña a mujer. Es como el arco que toca las cuerdas del violín y que crea una melodía divina.

Las brasas de ambos cigarrillos aumentan. Dos caladas.

—¿Y por qué no me tocas?

Apago mi cigarrillo, ella apaga el suyo. Sigo acariciando sus cabellos y forzando el viaje al pasado.

—Tengo que hacer algo muy importante para los dos. ¿Recuerdas el Aleph? Tengo que entrar por aquella puerta que nos asustó.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Nada. Simplemente quedarte a mi lado.

Empiezo a imaginar el anillo de luz dorada subiendo y bajando por mi cuerpo. Empieza en los pies, va hasta la cabeza y vuelve. Al principio es difícil concentrarme, pero poco a poco adquiere velocidad.

—¿Puedo hablar?

Sí, puede. El anillo de fuego está más allá de este mundo.

—No hay nada peor en el mundo que ser rechazada. Tu luz encuentra la luz de otra alma, crees que las ventanas se van a abrir, va a entrar el sol y las heridas del pasado por fin van a cicatrizar. Y, de repente, nada de lo que has imaginado sucede. Tal vez estoy pagando por todos los hombres a los que he hecho sufrir.

La luz dorada, que antes era sólo un esfuerzo de mi imaginación, un ejercicio clásico y conocido para volver a las vidas pasadas, empieza a moverse de manera independiente.

—No, no estás pagando nada. Yo no estoy pagando nada. Recuerda lo que te dije en el tren: estamos viviendo ahora todo lo que está en el pasado y en el futuro. En este preciso momento, en un hotel de Novosibirsk, el mundo está siendo creado y destruido. Estamos redimiendo todos los pecados, si ése es nuestro deseo.

No sólo en Novosibirsk, sino en todos los lugares del Universo, el tiempo late como el gigantesco corazón de Dios, expandiéndose y contrayéndose. Ella se acerca más, y yo siento su pequeño corazón latiendo a mi lado, cada vez más fuerte.

También se mueve más rápido el anillo dorado alrededor de mi cuerpo. La primera vez que hice ese ejercicio —después de leer un libro que enseñaba «cómo descubrir los misterios de las vidas pasadas»— fui proyectado inmediatamente hacia Francia, a mediados del siglo XIX, y allí me vi escribiendo un libro sobre los mismos

temas acerca de los que escribo hoy en día. Descubrí mi nombre, dónde vivía, qué tipo de pluma usaba y cuál era la frase que acababa de terminar. El susto fue tan grande que inmediatamente volví al presente, a la playa de Copacabana, a la habitación donde mi mujer dormía plácidamente a mi lado. Al día siguiente investigué todo lo que pude sobre quién había sido y decidí, una semana después, volver a encontrarme conmigo mismo. No funcionó. Y, por más que lo intenté, siguió sin funcionar.

Hablé con J. al respecto. Me explicó que siempre se da una especie de «suerte del principiante», concebida por Dios sólo para demostrar que es posible; pero después esa situación se invierte y el proceso pasa a ser como cualquier otro. Me sugirió que no volviese a hacerlo, a no ser que tuviese algo realmente importante que resolver en alguna de mis vidas pasadas; además, era una pura y simple pérdida de tiempo.

Años más tarde me presentaron a una mujer en São Paulo. Médica homeópata, con éxito en la vida y con una profunda compasión por sus clientes. Cada vez que nos veíamos era como si ya la conociera de antes. Hablamos sobre el tema y me dijo que ella sentía lo mismo. Un hermoso día estábamos en el balcón de mi hotel, contemplando la ciudad, cuando le propuse que hiciésemos juntos el ejercicio del anillo. Ambos fuimos proyectados por la puerta que vi cuando Hilal y yo descubrimos el Aleph. Aquel día la médica se despidió con una sonrisa en la cara, pero nunca más conseguí volver a ponerme en contacto con ella. Ya no me contestaba al teléfono, se negó a recibirme cuando fui a la clínica en la que trabajaba, y entendí que de nada valía insistir.

La puerta, sin embargo, estaba abierta; el pequeño orificio en el dique se había convertido en un agujero de donde brotaba el agua cada vez con más fuerza. Con el paso de los años, volví a encontrarme con tres mujeres que me causaron la misma sensación de que nos conocíamos, pero no repetí el error que había cometido con la médica e hice el ejercicio yo solo. Ninguna de ellas supo jamás que yo era el responsable de algo terrible de sus vidas pasadas.

El conocimiento de mi error, sin embargo, jamás me ha paralizado. Estaba sinceramente decidido a corregirlo. Ocho mujeres habían sido víctimas de la tragedia, y yo tenía la certeza de que una de ellas me acabaría contando exactamente el final de aquella historia. Porque lo sabía casi todo, menos la maldición que había sido lanzada sobre mí.

Y fue así como me embarqué en el Transiberiano y, más de una década después, me sumergí de nuevo en el Aleph. La quinta mujer ahora está acostada a mi lado, hablando de cosas que ya no me interesan, porque el anillo de fuego gira cada vez más rápido. No, no quiero llevarla conmigo a donde nos encontramos antes.

—Sólo las mujeres creen en el amor. Los hombres, no —dice.

—Los hombres creen en el amor —respondo.

Sigo acariciando sus cabellos. Los latidos de su corazón empiezan a disminuir de intensidad. Imagino que sus ojos están cerrados, se siente amada, protegida, y la idea de rechazo desaparece tan rápidamente como llegó.

Su respiración empieza a ser más lenta. Vuelve a moverse, pero esta vez es sólo para encontrar una posición más cómoda. Yo también me muevo, saco el cenicero de mi pecho, vuelvo a ponerlo en la mesilla y la rodeo con mis brazos.

El anillo dorado ahora se mueve a una velocidad increíble, va de los pies a la cabeza, de la cabeza a los pies. Y de repente siento que el aire a mi alrededor se mueve, como si algo hubiese explotado.

Los soñadores no pueden ser domados

Mis gafas están empañadas. Mis uñas, sucias. La vela apenas ilumina el ambiente, pero puedo ver las mangas de la ropa que llevo puesta: áspera y mal cosida.

Delante de mí hay una carta. Siempre la misma.

Córdoba, 11 de julio de 1492

Estimado:

Pocas armas nos han quedado, entre ellas la Inquisición, que ha sido objeto de los más férreos ataques. La mala fe de algunos y los prejuicios de otros hacen pasar al inquisidor por un monstruo. En este momento difícil y delicado, cuando esta supuesta Reforma está fomentando la rebelión en los hogares y los desórdenes en las calles, calumniando a este tribunal de Cristo y acusándolo de torturas y monstruosidades, ¡nosotros somos la autoridad! Y la autoridad tiene el deber de castigar con la pena máxima a aquellos que perjudican gravemente el bien general, amputando del cuerpo enfermo un miembro que lo contamina, para impedir que los otros imiten su ejemplo. Así, es justo que la pena de muerte les sea aplicada a los que, propagando la herejía con obstinación, hacen que muchas almas sean lanzadas al fuego del Infierno.

Esas mujeres piensan que tienen plena libertad para proclamar el veneno de sus errores, para sembrar la lujuria y la adoración al diablo. ¡Son brujas! Los castigos espirituales no siempre son suficientes. La mayoría de la gente es incapaz de comprenderlos. La Iglesia debe poseer —y posee— el derecho a denunciar lo que está mal y a exigir una actitud radical de las autoridades.

Esas mujeres apartan al marido de la esposa, al hermano de la hermana, al padre de los hijos. Sin duda, la Iglesia es una madre llena de misericordia, siempre dispuesta a perdonar. Nuestra única preocupación es conseguir que se arrepientan, con el fin de que podamos entregar sus almas ya purificadas al Creador. Como un arte divino —en el que se reconoce la inspirada palabra de Cristo—, administra los castigos hasta que confiesen sus rituales, sus maquinaciones, los hechizos que hicieron por la ciudad ahora transformada en caos y anarquía.

Este año hemos conseguido expulsar a los musulmanes al otro lado de África, porque nos guiaba el brazo victorioso de Cristo. Dominaban casi toda Europa, pero la fe nos ha ayudado y hemos vencido todas las batallas. Los judíos también han huido, y los que se han quedado serán convertidos a sangre y fuego.

Peor que los judíos y los árabes fue la traición de aquellos que decían creer en Cristo y que nos apuñalaron por la espalda. Pero también ellos serán castigados cuando menos se lo esperen; es sólo una cuestión de tiempo.

En este momento, debemos concentrar nuestras fuerzas en aquellos que, de

manera insidiosa, se infiltran en nuestro rebaño, verdaderos lobos vestidos con piel de cordero. Tenéis la oportunidad de demostrarles a todos que el mal jamás pasará desapercibido, porque si esas mujeres se salen con la suya, la noticia se difundirá, se dará mal ejemplo, el viento del pecado se convertirá en huracán; nos veremos debilitados, volverán los árabes, los judíos se agruparán otra vez y mil quinientos años de lucha por la paz de Cristo habrán sido en vano.

Se ha dicho que la tortura fue instituida por el tribunal del Santo Oficio. ¡Nada más falso! Todo lo contrario: cuando el derecho romano admitió la tortura, la Iglesia inicialmente la rechazó. Y ahora, apremiados por la necesidad, la hemos adoptado, ¡pero su uso es LIMITADO! El papa permitió — pero no ordenó— que en casos excepcionales se aplique la tortura. Sin embargo, este permiso se restringe exclusivamente a los herejes. En este tribunal de la Inquisición, tan injustamente desacreditado, todo su código es sabio, honesto y prudente. Después de cualquier denuncia, siempre les permitimos a los pecadores la gracia del sacramento de la confesión antes de volver para afrontar el juicio en los Cielos, donde secretos que no conocemos serán revelados. Nuestro mayor interés es salvar esas pobres almas, y el inquisidor tiene derecho a interrogar y a prescribir los métodos necesarios para que el culpable CONFIESE. Es entonces cuando interviene, a veces, la aplicación de la tortura, pero sólo de la forma indicada anteriormente.

Sin embargo, los adversarios de la gloria divina nos acusan de ser verdugos sin corazón, sin tener en cuenta que la Inquisición aplica la tortura ¡con una medida y una indulgencia desconocidas ante todos los tribunales civiles de nuestro tiempo! La tortura sólo puede ser empleada UNA vez en cada proceso, de modo que espero que no desperdicies la única oportunidad que tienes. Si no actúas de la manera correcta, estarás desacreditando al tribunal, y nos veremos obligados a liberar a aquellas que sólo han venido a este mundo para sembrar la semilla del pecado. Todos somos débiles, sólo el Señor es fuerte. Pero Él nos hace fuertes cuando nos da el honor de luchar por la gloria de Su nombre.

No tienes derecho a errar. Si esas mujeres son culpables, tienen que confesar antes de poder entregarlas a la misericordia del Padre.

Y, aunque sea tu primera vez y tu corazón esté lleno de lo que cree ser compasión, que en verdad no es más que debilidad, recuerda que Jesús no dudó en echar a los mercaderes del Templo. Tu Superior se encargará de mostrarte los procedimientos correctos, de modo que, cuando llegue el momento de reaccionar en el futuro, puedas usar el látigo, la rueda, lo que esté a tu alcance, sin que tu espíritu se debilite. Recuerda que no hay nada más piadoso que la muerte en la hoguera. Es la forma más legítima de purificación. ¡El fuego quema la carne pero limpia el alma, que entonces podrá subir a la gloria de

Dios!

Tu trabajo es fundamental para mantener el orden, para que nuestro país supere las dificultades internas, para que la Iglesia reconquiste el poder amenazado por las iniquidades y la palabra del Cordero vuelva a resonar en el corazón de la gente. A veces es necesario utilizar el miedo para que el alma encuentre su camino. A veces es preciso recurrir a la guerra para que finalmente podamos vivir en paz. No nos importa la manera en que nos juzgan ahora, porque el futuro nos hará justicia y reconocerá nuestro trabajo.

Sin embargo, aunque en el futuro no se comprenda lo que hemos hecho y se olvide que nos vimos obligados a ser duros para que todos pudieran vivir en la mansedumbre predicada por el Hijo, sabemos que la recompensa nos espera en el Cielo.

Las semillas del mal han de ser arrancadas de la tierra antes de que echen raíces y crezcan. Ayuda a tu Superior a cumplir el deber sagrado, sin odio contra esas pobres criaturas, pero sin piedad con el Maligno.

Recuerda que hay otro tribunal en el Cielo, y te pedirá cuentas por cómo administraste el deseo de Dios en la Tierra.

F.T.T.,O.P

Creer aun siendo desacreditada

Pasamos toda la noche sin movernos. Me despierto con ella en mis brazos, exactamente en la misma posición en la que estábamos antes del anillo de oro. Me duele el cuello por la falta de movimiento durante el sueño.

—Vamos a levantarnos. Tenemos que hacer algo.

Ella se vuelve hacia el otro lado, diciendo algo como: «El sol sale muy temprano en Siberia en esta época del año.»

—Vamos a levantarnos. Tenemos que salir ahora. Ve a tu habitación y nos vemos abajo.

El hombre de la recepción del hotel me ha dado un mapa y me ha dicho adónde debo ir. Son cinco minutos andando. Ella se queja porque el bufet del desayuno todavía no estaba abierto.

Recorremos dos calles y después llegamos frente al lugar al que yo tenía que ir.

—Pero eso es... ¡una iglesia!

Sí, una iglesia.

—Detesto levantarme temprano. Y todavía detesto más... eso. —Señala la cúpula en forma de cebolla pintada de azul, con una cruz dorada en lo alto.

Las puertas están abiertas y algunas señoras mayores entran en la iglesia. Miro a mi alrededor y veo que la calle está completamente desierta, todavía no hay tráfico.

—Necesito que hagas algo por mí.

Por fin ella esboza la primera sonrisa del día. ¡Le estoy pidiendo algo! ¡Es necesaria en mi vida!

—¿Es algo que sólo yo puedo hacer?

—Sí, sólo tú. Pero no me preguntes por qué te lo pido.

La llevo de la mano hasta el interior. No es la primera vez que entro en una iglesia ortodoxa. Nunca he sabido muy bien qué debía hacer, aparte de encender las finas velas de cera y rezarles a los santos y a los ángeles para que me protejan. Aun así, siempre me maravillo con la belleza de esos templos, que repiten el proyecto arquitectónico ideal: el techo en forma de cielo, la nave central sin ningún banco, los arcos laterales, los iconos que los pintores trabajaron en oro, oración y ayuno, ante los cuales algunas señoras que acaban de entrar se inclinan y besan el vidrio protector.

Igual que le pasa a todo el mundo, las cosas empiezan a encajar con absoluta perfección cuando estamos concentrados en lo que queremos. A pesar de todo lo que experimenté durante la noche, a pesar de no haber conseguido llegar más allá de la carta frente a mí, todavía queda tiempo hasta Vladivostok, y mi corazón está en calma.

Hilal también parece maravillada por la belleza del lugar. Debe de haber olvidado que estamos en una iglesia. Me acerco a una señora que está sentada en una esquina, compro cuatro velas, enciendo tres delante de la imagen que me parece ser la de san Jorge y le pido por mí, por mi familia, por mis lectores y por mi trabajo.

Llevo la cuarta vela encendida hasta donde está Hilal.

—Por favor, haz todo lo que te pido. Sujeta esta vela.

Con un movimiento instintivo ella mira hacia los lados, procurando ver si alguien está prestando atención a lo que estamos haciendo. Debe de pensar que tal vez no es respetuoso ni propio del lugar en el que nos encontramos. Pero al momento siguiente ya no le importa. Detesta las iglesias y no tiene que comportarse como todo el mundo.

La llama de la vela se refleja en sus ojos. Bajo la cabeza. No siento la menor culpa, sólo aceptación y un dolor remoto, que se manifiesta en otra dimensión y que tengo que aceptar.

—Te traicioné. Te pido que me perdones.

—¡Tatiana!

Pongo mis dedos en sus labios. A pesar de toda su fuerza de voluntad, de su lucha, de su talento, no puedo olvidar que tiene veintiún años. Debería haber construido la frase de otra manera.

—No, no fue Tatiana. Por favor, simplemente perdóname.

—No puedo perdonar algo que no sé lo que es.

—Recuerda el Aleph. Recuerda lo que sentiste en aquel momento. Intenta traer a este lugar sagrado algo que no conoces, pero que está en tu corazón. Si es necesario, imagina una sinfonía que te guste tocar y deja que ella te guíe hasta el lugar al que tienes que ir. Eso es lo importante ahora. Las palabras, las explicaciones y las preguntas no sirven para nada, sólo para complicar más lo que ya es bastante complejo. Simplemente perdóname. Ese perdón tiene que venir del fondo de tu alma, esa alma que pasa de un cuerpo a otro y que aprende a medida que viaja en el tiempo que no existe y en el espacio que es infinito.

«Nunca podemos herir el alma, porque nunca podemos herir a Dios. Pero permanecemos presos por la memoria, y eso hace que nuestra vida sea miserable, aunque lo tengamos todo para ser felices. Ojalá pudiésemos estar por entero aquí, como si hubiésemos despertado en este momento en el planeta Tierra y nos encontrásemos dentro de un templo cubierto de oro. Pero no podemos.»

—No sé por qué tengo que perdonar a un hombre al que amo. Tal vez tenga una única razón para ello: no haber escuchado jamás lo mismo de su boca.

Un olor a incienso empieza a propagarse. Los padres entran para su oración matinal.

—Olvida quién eres en este momento y ve al lugar en el que está aquella que

siempre has sido. Allí encontrarás las palabras adecuadas de perdón y me perdonarás con ellas.

Hilal busca inspiración en las paredes doradas, en las columnas, en la gente que entra a esa hora de la mañana, en las llamas de las velas encendidas. Cierra los ojos, tal vez siguiendo mi sugerencia e imaginando las notas de una pieza musical.

—No lo vas a creer. Parece que veo a una chica... una chica que ya no está y quiere volver...

Le pido que escuche lo que la chica tiene que decirle.

—La chica perdona. No porque se ha hecho santa, sino porque ya no puede soportar ese odio. Odiar cansa. No sé si cambia algo en el Cielo o en la Tierra, si salva o condena mi alma, pero estoy exhausta y no lo he entendido hasta ahora. Perdono al hombre que me quiso destruir cuando tenía diez años. Él sabía lo que hacía, yo no. Pero creí que era culpa mía, lo odié a él y a mí misma, odié a todos los que se acercaban y ahora mi alma se está liberando.

No, no era eso lo que yo esperaba.

—Perdónalo todo y a todos, pero perdóname —le pido—. Inclúyeme en tu perdón.

—Lo perdono todo y a todos, incluido tú, cuyo crimen desconozco. Te perdono porque te amo y porque tú no me amas, te perdono porque me ayudas a estar siempre cerca de mi demonio aunque ya no pensara en él desde hacía años. Te perdono porque me rechazas y mi poder se pierde, te perdono porque no entiendes quién soy ni lo que hago aquí. Te perdono a ti y al demonio que tocaba mi cuerpo cuando todavía no entendía bien lo que era la vida. Tocaba mi cuerpo, pero me deformaba el alma.

Ella pone las manos como para rezar. Me gustaría que el perdón fuese sólo para mí, pero Hilal estaba redimiendo todo su mundo. Y tal vez fuese mejor así.

Su cuerpo empieza a temblar. Los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Tiene que ser aquí? ¿Tiene que ser en una iglesia? Salgamos a cielo abierto. ¡Por favor!

—Tiene que ser en una iglesia. Otro día lo haremos a cielo abierto, pero hoy tiene que ser en una iglesia. Por favor, perdóname.

Ella cierra los ojos y levanta las manos hacia el techo. Una mujer que entra y la ve hace un gesto de desaprobación con la cabeza: estamos en un lugar sagrado, los ritos son diferentes, deberíamos respetar la tradición. Finjo que no me doy cuenta y me alivia ver que Hilal está hablando con el Espíritu, que dicta las oraciones y las verdaderas leyes, y nada en este mundo puede distraerla.

—Me libero del odio por medio del perdón y del amor. Entiendo que el sufrimiento, cuando no se puede evitar, está aquí para hacerme avanzar hacia la gloria. Comprendo que todo se entrelaza, todas las carreteras convergen, todos los

ríos caminan hacia el mismo mar. Por eso, en este momento soy el instrumento del perdón. Perdón por los crímenes que fueron cometidos, uno que conozco y otro que desconozco.

Sí, un espíritu hablaba con ella. Yo conocía a ese espíritu y la oración, que había aprendido hacía muchos años en Brasil. Era de un chico, y no de una chica. Pero repetía las palabras que estaban en el cosmos, siempre esperando para ser usadas cuando fuese necesario.

Hilal habla bajo, pero la acústica de la iglesia es tan perfecta que lo que dice parece resonar por todas partes.

—«Las lágrimas que me han hecho verter, las perdono.

»Los dolores y las decepciones, los perdono.

»Las traiciones y las mentiras, las perdono.

»Las calumnias y las intrigas, las perdono.

»El odio y la persecución, los perdono.

»Los golpes que me hirieron, los perdono.

»Los sueños destruidos, los perdono.

»Las esperanzas muertas, las perdono.

»El desamor y los celos, los perdono.

»La indiferencia y la mala voluntad, las perdono.

»La injusticia en nombre de la justicia, la perdono.

»La cólera y los malos tratos, los perdono.

»La negligencia y el olvido, los perdono.

»El mundo, con todo su mal, lo perdono.»

Ella baja los brazos, abre los ojos y se pone las manos en la cara. Yo me acerco para abrazarla, pero me hace una señal con las manos:

—Todavía no he terminado.

Vuelve a cerrar los ojos y a mirar hacia arriba.

—También me perdono a mí misma. Que los infortunios del pasado dejen de ser un peso en mi corazón. En lugar de la lástima y del resentimiento, pongo la comprensión y el entendimiento. En lugar de la revuelta, pongo la música que sale de mi violín. En lugar del dolor, pongo el olvido. En lugar de la venganza, pongo la victoria.

—«Seré naturalmente capaz de amar por encima de todo desamor, de dar aun desposeída de todo, de trabajar alegremente incluso a pesar de todos los impedimentos, de tender la mano a pesar de la más completa soledad y abandono, de secar lágrimas aun llorando, de creer aun siendo desacreditada.»

Abre los ojos, pone las manos sobre mi cabeza y dice con toda la autoridad que viene del Cielo:

—Así sea. Así será.

Un gallo canta a lo lejos. Es la señal. La cojo de la mano y salimos, viendo la ciudad que empieza a despertar. Ella está un poco sorprendida por todo lo que ha dicho, yo siento que el perdón ha sido el momento más importante de mi viaje hasta ese momento. Pero no es el último paso, necesito saber qué ocurre cuando acabo de leer la carta.

Llegamos a tiempo de desayunar con el resto del grupo, preparar las maletas y dirigirnos a la estación de tren.

—Hilal va a dormir en el compartimento vacío de nuestro vagón —digo.

Nadie comenta nada. Imagino lo que están pensando y no me molesto en explicarles que no es lo que piensan.

—*Korkmaz Igit* —dice Hilal.

Por la cara de sorpresa de todos —incluso de mi intérprete—, aquello no debe de ser ruso.

—*Korkmaz Igit* —repite—. En turco, el temido sin valentía.

Las hojas del té

Todos parecen más acostumbrados al viaje. La mesa es el centro de este universo y nos reunimos todos los días alrededor de ella para el desayuno, la comida, la cena, las conversaciones sobre la vida y sobre las expectativas que tenemos por delante. Hilal ahora está instalada en el mismo vagón, participa en las comidas, usa mi baño para ducharse, toca el violín compulsivamente durante el día y participa cada vez menos en los debates.

Hoy estamos hablando de los chamanes del lago Baikal, nuestra siguiente parada. Yao me explica que le gustaría mucho que yo conociese a uno de ellos.

—Ya veremos cuando lleguemos.

Traducción: «No me interesa demasiado.»

Pero no creo que se deje desanimar por eso. En las artes marciales, uno de los principios más conocidos es el de la no resistencia. Los buenos luchadores siempre usan la energía y el golpe contra quien los ha hecho tambalearse. Así, cuanto más gaste mi energía en palabras, menos convencido estaré de lo que digo, y pronto será fácil dominarme.

—Recuerdo nuestra conversación antes de llegar a Novosibirsk —comenta la editora—. Decías que el Aleph era un punto fuera de nosotros, pero que cuando dos personas están enamoradas, pueden atraer ese punto hacia cualquier lugar. Los chamanes creen que están dotados de poderes especiales y que sólo ellos pueden tener ese tipo de visión.

—Si hablamos de la Tradición mágica, la respuesta es: «Este punto está fuera.» Si hablamos de la tradición humana, las personas enamoradas pueden, en ciertos momentos, pero sólo en ocasiones muy especiales, experimentar el Todo. En la vida real solemos vernos como seres especiales, pero el Universo entero es una sola cosa, una misma alma. Sin embargo, para provocar el Aleph de esa manera es preciso un hecho muy intenso: un gran orgasmo, una gran pérdida, un conflicto que alcanza su punto álgido, un momento de éxtasis ante algo de excepcional belleza.

—Los conflictos son los que no faltan —dice Hilal—. Vivimos rodeados de conflictos, como en este vagón.

La chica que estaba callada parece haber vuelto al principio del viaje, provocando una situación que ya se había resuelto. Ha conquistado el terreno y desea probar su recién adquirido poder. La editora sabe que las palabras van dirigidas a ella.

—Los conflictos son para las almas que no tienen mucho discernimiento —responde, procurando generalizar, pero lanzando la flecha al objetivo—. El mundo está dividido entre los que entienden y los que no entienden. En el segundo caso, yo simplemente dejo que esa gente se torture intentando ganarse mi simpatía.

—Tiene gracia, soy muy parecida —rebate Hilal—. Siempre me he imaginado

como soy y siempre he llegado a donde quería. Un ejemplo claro es que ahora duermo en este vagón.

Yao se levanta. No debe de tener la paciencia suficiente como para escuchar este tipo de conversación.

El editor me mira. ¿Qué espera que haga yo?, ¿que tome partido?

—No tienes ni idea de lo que dices —comenta la editora, ahora mirando directamente a Hilal—. Yo también pensé siempre que estaba preparada para todo, hasta que nació mi hijo. Parecía que el mundo se desmoronaba en mi cabeza, me sentí débil, insignificante, incapaz de protegerlo. ¿Sabes quién se cree capaz de todo? El niño. Confía, no tiene miedo, cree en su propio poder y consigue exactamente lo que quiere.

»Pero el niño crece. Empieza a entender que no es tan poderoso, que para sobrevivir depende de los demás. Entonces ama, espera ser retribuido y, a medida que pasa la vida, desea cada vez más ser correspondido. Está dispuesto a sacrificarlo todo, incluso su poder, para recibir a cambio el mismo amor que entrega. Y acabamos donde estamos hoy: adultos que hacen cualquier cosa para ser aceptados y queridos.

Yao había regresado, pero estaba de pie, intentando mantener el equilibrio con una bandeja de té y cinco tazas.

—Por eso hice la pregunta sobre el Aleph y el amor —continúa la editora—. No me refería a un hombre. Había momentos en los que yo veía a mi hijo dormir y veía todo lo que pasaba en el mundo: el lugar del que había venido, los lugares que conocería, las pruebas que tendría que afrontar para llegar a donde yo soñaba que llegase. Fue creciendo, el amor siguió con la misma intensidad, pero el Aleph desapareció.

Sí, ella había entendido el Aleph. A sus palabras sigue un silencio respetuoso. Hilal se ha quedado totalmente desarmada.

—Estoy perdida —admite—. Parece que las razones que yo tenía para llegar hasta donde estoy ahora han desaparecido. Puedo bajarme en la próxima estación, volver a Ekaterinburg, dedicarme el resto de mi vida al violín y seguir sin entender todo eso. Y el día de mi muerte, preguntaré: ¿qué estaba haciendo allí?

Yo le toco el brazo.

—Ven conmigo.

Me iba a levantar y a llevarla hasta el Aleph, hacerla descubrir por qué había decidido cruzar Asia en tren, prepararme para cualquier reacción y aceptar lo que ella decidiese. Me acordé de la médica que nunca había vuelto a ver; con Hilal no iba a ser diferente.

—Un minuto —dice Yao.

Nos pide que nos sentemos todos otra vez, distribuye las tazas y coloca la tetera en el centro de la mesa.

—Mientras viví en Japón, conocí la belleza de las cosas simples. Y la cosa más simple y sofisticada que probé fue beber té. Me he levantado con el único objetivo de hacer lo siguiente: explicaros que, a pesar de todos nuestros conflictos, de todas nuestras dificultades, mezquindad y generosidad, podemos adorar lo que es simple. Los samuráis dejaban sus espadas fuera, entraban en la sala, se sentaban con la postura correcta y bebían té en una ceremonia rigurosamente elaborada. Durante aquellos breves minutos, eran capaces de olvidar la guerra y dedicarse simplemente a adorar lo bello. Hagámoslo.

Llena cada una de las tazas. Esperamos en silencio.

—Fui a buscar el té porque vi a dos samuráis preparados para el combate. Pero regresé y los honrados guerreros habían sido sustituidos por dos almas que se comprendían sin que nada de eso fuese necesario. Aun así, bebamos juntos. Vamos a concentrar nuestro esfuerzo en el intento de alcanzar lo Perfecto a través de gestos imperfectos de la vida cotidiana. La verdadera sabiduría consiste en respetar las cosas simples que hacemos, pues ellas nos pueden llevar hasta donde necesitamos.

Tomamos respetuosamente el té que Yao nos sirve. Ahora que he sido perdonado, puedo sentir el sabor de las hojas cuando aún eran nuevas. Puedo envejecer con ellas, secar al sol, ser cogido por manos curtidas, transformarme en bebida y crear armonía a mi alrededor. Ninguno de nosotros tiene prisa; durante este viaje estamos destruyendo y reconstruyendo constantemente lo que somos.

Cuando terminamos, vuelvo a invitar a Hilal a que me siga. Ella merece saber y decidir por sí misma.

Estamos en el cubículo que da a las puertas del tren. Un hombre más o menos de mi edad habla con una señora justo en el lugar en el que está el Aleph. Debido a la energía de ese punto, es posible que permanezcan allí algún tiempo.

Esperamos un poco. Llega una tercera persona, enciende un cigarrillo y se une a ellos.

Hilal se dispone a volver a la sala:

—Este espacio es sólo para nosotros. No deberían estar aquí, sino en el vagón anterior.

Le pido que no haga nada. Podemos esperar.

—¿Qué sentido tuvo la agresión, si ella quería hacer las paces? —pregunto.

—No lo sé. Estoy perdida. En cada parada, cada día, estoy más perdida. Pensé que tenía la necesidad imperiosa de encender el fuego en la montaña, de estar a tu lado, de ayudarte a cumplir una misión que desconozco. Imaginaba que ibas a reaccionar como lo hiciste: haciendo todo lo posible para que eso no sucediese. Y recé para ser capaz de superar todos los obstáculos, soportar las consecuencias, ser humillada, ofendida, rechazada y mirada con desprecio, todo en nombre de un amor que no imaginaba que existiese, pero que existe.

»Y por fin llegué muy cerca: la habitación de al lado, vacía porque Dios ha querido que la persona que tenía que ocuparla desistiese en el último momento. No fue ella la que tomó la decisión: vino del Cielo, estoy segura. Sin embargo, por primera vez desde que me subí en este tren rumbo al océano Pacífico, no tengo ganas de seguir adelante.

Llega otra persona y se une al grupo. Esta vez, trae tres latas de cerveza. Por lo visto, esa conversación aún va a durar.

—Sé a qué te refieres. Piensas que ha llegado el final, pero no es así. Y tienes toda la razón, necesitas entender qué haces aquí. Viniste a perdonarme y me gustaría enseñarte por qué. Pero las palabras matan, sólo la experiencia podrá hacer que lo comprendas todo, porque yo también desconozco el final, la última línea, la última palabra de esta historia.

—Vamos a esperar a que se vayan para entrar en el Aleph.

—Fue eso lo que pensé, pero todavía no se van a marchar, precisamente por el Aleph. Aunque no sean conscientes, experimentan una sensación de euforia y de plenitud. Mientras observaba a ese grupo frente a nosotros, me di cuenta de que tal vez yo tenga que guiarte, y no sólo mostrártelo todo de una vez.

»Esta noche ven a mi habitación. Vas a tener problemas para dormir, porque este vagón se mueve mucho. Pero cierra los ojos, relájate y quédate a mi lado. Deja que te abrace como lo hice en Novosibirsk. Voy a intentar ir solo hasta el final de la historia y te voy a decir exactamente lo que pasó.

—Es todo lo que quería escuchar. Una invitación para ir a tu habitación. Por

favor, no me rechaces otra vez.

La quinta mujer

—No he tenido tiempo de lavar mi pijama.

Hilal sólo lleva una camiseta que acaba de pedirme prestada y que cubre su cuerpo, dejando las piernas a la vista. Se mete debajo de la manta.

Acaricio sus cabellos. Tengo que utilizar todo el tacto y toda la delicadeza del mundo, decirlo todo y no decir nada.

—Todo lo que necesito en este momento es un abrazo. Un gesto tan antiguo como la humanidad, y que significa mucho más que el encuentro de dos cuerpos. Un abrazo quiere decir: no me amenazas, no tengo miedo de estar tan cerca, puedo relajarme, sentirme en casa, estoy protegido y alguien me comprende. Dice la tradición que cada vez que abrazamos de verdad a alguien, ganamos un día de vida. Por favor, hazlo ahora —le pido.

Pongo mi cabeza sobre su pecho, y ella me acoge en sus brazos. Escucho otra vez que su corazón late rápido, noto que no lleva sujetador.

—Me gustaría contarte lo que voy a intentar hacer, pero no soy capaz. Nunca he llegado al final, hasta el punto en el que las cosas se resuelven y se explican. Siempre paro en el mismo momento, cuando estamos saliendo.

—Cuando estamos saliendo ¿de dónde? —pregunta Hilal.

—Cuando todos salen de la plaza, no me pidas que te lo explique mejor. Son ocho mujeres y una de ellas me dice algo que no consigo oír. En estos veinte años ya he estado con cuatro de ellas, ninguna fue capaz de llevarme hasta el desenlace. Tú eres la quinta que encuentro. Como este viaje no fue una casualidad, como Dios no juega a los dados con el Universo, entiendo por qué el cuento del fuego sagrado te hizo venir hasta mí. No lo entendí hasta que nos sumergimos juntos en el Aleph.

—Necesito un cigarrillo. Sé más claro. Pensé que querías estar conmigo.

Nos sentamos en la cama y encendemos un cigarrillo cada uno.

—Me encantaría ser más claro, contártelo todo, si pudiera entender lo que sucede después de la carta, que es lo primero que aparece. Después, escucho la voz de mi superior diciéndome que las ocho mujeres nos esperan. Y sé que, al final, alguna de vosotras me dice algo, que puede ser una bendición o una maldición.

—¿Hablas de vidas pasadas? ¿De una carta?

Era eso lo que yo quería que comprendiese. Siempre que no me pida que le explique ahora de qué vida estoy hablando.

—Todo está aquí en el presente. O nos estamos condenando o nos estamos salvando. O, si no, nos estamos condenando y nos estamos salvando cada minuto, siempre cambiando de lado, saltando de un vagón a otro, de un mundo paralelo a otro. Tienes que creer.

—Yo creo. Pienso que sé a qué te refieres.

Pasa otro tren en sentido contrario. Vemos las ventanas iluminadas en rápida sucesión, el ruido, el cambio de dirección del aire. El vagón se mueve más que de costumbre.

—Entonces tengo que ir ahora al otro lado, que se encuentra en el mismo «tren» llamado tiempo y espacio. No es difícil: basta imaginar un anillo de oro subiendo y bajando por tu cuerpo, lentamente al principio y después a gran velocidad. Cuando estábamos en esta misma posición en Novosibirsk, el proceso funcionó con una nitidez increíble. Por eso me gustaría repetir lo que hicimos allí: tú me abrazabas, yo te abrazaba, y el anillo me lanzó al pasado sin mucho esfuerzo.

—¿Basta con eso? ¿Imaginarnos un anillo?

Mis ojos están fijos en el ordenador que hay encima de la pequeña mesa de mi habitación. Me levanto y lo traigo a la cama.

—Creemos que aquí hay fotos, palabras, imágenes, una ventana al mundo. Pero en verdad lo que hay detrás de todo lo que vemos en un ordenador es una sucesión de «0» y «1»; lo que los programadores llaman lenguaje binario.

»También nos vemos obligados a crear una realidad visible a nuestro alrededor, o la raza no habría sobrevivido a los depredadores. Inventamos algo llamado «memoria», como la de un ordenador. La memoria sirve para protegernos del peligro, para permitirnos vivir en sociedad, para encontrar alimento, para crecer, para transferirle a la siguiente generación todo lo que aprendemos. Pero no es lo principal en la vida.

Pongo el ordenador otra vez encima de la mesa y vuelvo a la cama.

—Ese anillo de fuego no es más que un artificio para liberarnos de la memoria. Leí algo al respecto, pero no recuerdo quién lo escribió. Lo hacemos de manera inconsciente todas las noches cuando soñamos: vamos a nuestro pasado reciente o remoto. Nos despertamos pensando que vivimos verdaderos absurdos durante el sueño, pero no es así. Estuvimos en otra dimensión, donde las cosas no suceden exactamente como aquí. Creemos que nada de eso tiene sentido porque al despertar volvemos otra vez a un mundo organizado por la «memoria», a nuestra capacidad de comprender el presente. Lo que hemos visto es olvidado en seguida.

—¿Es realmente tan simple volver a una vida pasada o entrar en otra dimensión?

—Es simple cuando soñamos y también cuando lo provocamos, pero el segundo caso es más que desaconsejable. Cuando el anillo posee tu cuerpo, tu alma se desprende y entra en una tierra de nadie. Si no sabes adónde vas, caerás en un sueño profundo y puedes ser llevada a zonas donde no seas bienvenida, no aprenderás nada, o traerás problemas del pasado al momento presente.

Terminamos los cigarrillos. Pongo el cenicero en la silla que hace de mesilla de noche y le pido que vuelva a abrazarme. Su corazón está más agitado que nunca.

—¿Yo soy una de esas ocho mujeres?

—Sí. Todas las personas con las que tuvimos problemas en el pasado aparecen de nuevo en nuestras vidas, en eso que los místicos llaman «rueda del tiempo». En cada reencarnación somos más conscientes y esos conflictos se van solucionando. Cuando todos los conflictos de todas las personas dejen de existir, la raza humana entrará en una nueva etapa.

—¿Por qué creamos conflictos en el pasado? ¿Sólo para solucionarlos más adelante?

—No, para que la humanidad pueda evolucionar hacia un punto que no sabemos exactamente cuál es. Imagina la época en la que todos éramos parte de un caldo orgánico que cubría el planeta. Durante millones de años las células se reprodujeron de la misma manera hasta que una de ellas cambió. En ese momento, billones de células dijeron: «Está equivocada, ha entrado en conflicto con todas nosotras.»

»Sin embargo, esa mutación hizo que las que estaban a su lado también cambiaran. Y, de error en error, el caldo inicial se fue transformando en amebas, peces, animales y hombres. El conflicto fue la base de la evolución.

Ella enciende otro cigarrillo.

—¿Y por qué tenemos que solucionarlos ahora?

—Porque el Universo, el corazón de Dios, se contrae y se expande. Los alquimistas tenían como lema *solve et coagula*, «disuelve y concentra». No me preguntes la razón: no la sé.

»Hoy por la tarde tú y mi editora discutisteis. Gracias a ese enfrentamiento, cada una pudo encender una luz que la otra no veía. Os disolvisteis y os concentrasteis de nuevo, y todos los que estábamos alrededor nos beneficiamos de ello. También podría suceder que el resultado final fuese el opuesto: un enfrentamiento sin resultados positivos. En ese caso, o el asunto no sería tan relevante o tendría que ser resuelto más tarde. No quedaría sin solución, porque la energía del odio entre dos personas contagiaría al vagón entero. Este vagón es una metáfora de la vida.

No está demasiado interesada en teorías.

—Empieza. Voy contigo.

—No, no vienes conmigo. Aunque esté en tus brazos, no sabes adónde voy. No lo hagas. Prométeme que no vas a hacerlo, que no vas a imaginar el anillo. Aunque yo no consiga la solución, te diré dónde te encontré antes. No sé si fue la única vez que sucedió en todas mis vidas, pero es la única de la que estoy seguro.

Ella no responde.

—Prométemelo —insisto—. Hoy intenté llevarte hasta el Aleph, pero había gente. Eso significa que tengo que ir allí antes que tú.

Ella abre los brazos y se dispone a levantarse. Yo la mantengo en la cama.

—Vamos al Aleph ahora —dice—. Seguro que no hay nadie allí ahora.

—Por favor, cree en mí. Vuelve a abrazarme, procura no moverte mucho aunque

no seas capaz de dormir. Déjame ver primero si consigo la respuesta. Enciende el fuego sagrado en la montaña, porque voy a un lugar frío como la muerte.

—Yo soy una de esas mujeres —afirma Hilal.

Sí, le repito que sí. Escucho su corazón.

—Encenderé el fuego sagrado y permaneceré aquí para apoyarte. Vete en paz.

Imagino el anillo. El perdón me deja más libre, en poco tiempo circula solo alrededor de mi cuerpo, empujándome hacia el lugar que conozco y adonde no quiero ir, pero al que tengo que volver.

Ad Extirpanda

Levanto los ojos de la carta y observo a la pareja bien vestida que está frente a mí. El hombre con su camisa de lino inmaculadamente blanca, cubierta por una chaqueta de terciopelo con las mangas bordadas en oro. La mujer también con una blusa blanca, de manga larga y cuello alto bordado en oro, enmarcando su rostro preocupado. Además, lleva un corpiño de lana decorado con perlas y una chaqueta de piel sobre los hombros. Hablan con mi superior.

—Somos amigos desde hace años —dice ella, con una sonrisa forzada en la cara, como si quisiera convencernos de que todo sigue igual, de que sólo se trata de un malentendido—. Usted la bautizó, poniéndola en el camino de Dios.

Y volviéndose hacia mí:

—Tú la conoces mejor que nadie. Jugasteis juntos, crecisteis juntos y no os separasteis hasta que elegiste el sacerdocio.

El inquisidor permanece impasible.

Me piden con la mirada que los ayude. Dormí muchas veces en su casa y comí de su comida. Después de morir mis padres a causa de la peste, fueron ellos los que se encargaron de mí. Hago un gesto afirmativo con la cabeza. Aunque soy cinco años mayor que ella, la conozco mejor que nadie: jugamos juntos, crecimos juntos y, antes de que yo entrase en la Orden de los Dominicos, ella era la mujer con la que me hubiera gustado pasar el resto de mis días.

—No nos referimos a sus amigas. —Esta vez es el padre el que se dirige al inquisidor, también con una sonrisa que expresa falsa confianza—. No sé lo que hacen o lo que han hecho. Pienso que la Iglesia tiene el deber de acabar con la herejía, igual que acabó con la amenaza de los moros. Deben ser culpadas, porque la Iglesia jamás es injusta. Pero ustedes saben que nuestra hija es inocente.

En la víspera, como sucedía todos los años, los superiores de la Orden visitaron la ciudad. Mandaba la tradición que todos debían reunirse en la plaza principal. No estaban obligados a hacerlo, pero el que no aparecía se convertía automáticamente en sospechoso. Familias de todas las clases sociales se aglomeraron delante de la iglesia, y uno de los superiores leyó un documento explicando la razón de su visita: descubrir a los herejes y llevarlos a la justicia terrenal y divina. Después llegó el momento de misericordia: los que diesen un paso adelante y confesasen espontáneamente su falta de respeto a los dogmas divinos serían sometidos a un castigo blando. A pesar del terror que había en todas las miradas, nadie se movió.

A continuación se pidió a los vecinos que denunciasen cualquier actividad sospechosa. Fue entonces cuando un labrador, conocido por pegar a sus hijas y maltratar a sus empleados, pero que iba todos los domingos a misa como si fuera realmente uno de los corderos de Dios, se acercó al Santo Oficio y se puso a señalar a

cada una de las chicas.

El inquisidor se vuelve hacia mí, hace un gesto con la cabeza y yo le tiendo la carta. La pone junto a una pila de libros.

La pareja aguarda. A pesar del frío, la frente del hombre poderoso está llena de sudor.

—Nadie de nuestra familia se movió porque somos temerosos de Dios. No he venido aquí para salvarlas a todas, sólo quiero que mi hija regrese. Y prometo por todo lo que es sagrado que en cuanto cumpla los dieciséis años será llevada a un monasterio. Su cuerpo y su alma no tendrán otro trabajo en este mundo que la devoción terrenal a la Majestad Divina.

—Ese hombre las acusó delante de todos —dice finalmente el inquisidor—. Si fuera mentira, no se arriesgaría a la deshonra delante de todo el mundo. Estamos acostumbrados a denuncias anónimas, ya que no siempre encontramos personas tan valientes.

Contento de que el inquisidor rompa el silencio, el hombre poderoso y bien vestido piensa que hay una posibilidad de diálogo.

—Fue un enemigo. Usted lo sabe. Yo lo eché del trabajo porque miraba a mi hija con lujuria. Es pura venganza, no tiene nada que ver con nuestra fe.

«Es verdad», me gustaría decir en ese momento. No sólo por ella, sino por todas las acusadas. Corren rumores de que ese labrador ha tenido relaciones sexuales con dos de sus hijas; es un perverso por naturaleza, que sólo encuentra el placer con niñas.

El inquisidor retira un libro de una pila que hay junto a la mesa.

—Quiero creer que sí. Estoy dispuesto a probarlo, pero antes tengo que seguir el procedimiento correcto. Si es inocente, no tiene nada que temer. No se va a hacer nada, absolutamente nada que no esté escrito aquí. Después de muchos excesos al principio, ahora estamos más organizados y somos más cuidadosos: hoy en día nadie muere en nuestras manos.

Tiende el libro: *Directorium Inquisitorum*. El hombre coge el volumen, pero no lo abre. Mantiene las manos tensas, agarradas a la tapa, como si intentara ocultar a los demás que está temblando.

—Nuestro código de conducta —prosigue el inquisidor—. Las raíces de la fe cristiana. La perversidad de los herejes. Y cómo debemos distinguir una cosa de la otra.

La mujer se lleva la mano a la boca y se muerde los dedos, controlando el miedo y el llanto. Ya se ha dado cuenta de que no van a conseguir nada.

—No soy yo el que dirá al tribunal que la vi, cuando era niña, hablando con los que ella decía que eran «amigos invisibles». De todos es conocido en la ciudad que

ella y sus amigas se reúnen en el bosque y ponen sus dedos sobre un vaso, intentando moverlo con la fuerza del pensamiento. Cuatro de ellas ya han confesado que querían ponerse en contacto con los espíritus de los muertos, que les iban a revelar el futuro. Y que están dotadas de poderes demoníacos, como la capacidad de hablar con lo que llaman «fuerzas de la naturaleza». Dios es la única fuerza y el único poder.

—Pero ¡todos los niños lo hacen!

Él se levanta, viene hasta mi mesa, coge otro libro y empieza a hojearlo. A pesar de la amistad que lo une a aquella familia —la única razón para aceptar esa reunión—, está impaciente por empezar y terminar su trabajo antes de que llegue el domingo. Yo intento confortar a la pareja con mi mirada, porque estoy ante un superior y no debo manifestar mi opinión.

Sin embargo, ellos ignoran mi presencia: están totalmente concentrados en cada uno de los movimientos del inquisidor.

—Por favor —repite la madre, ahora sin ocultar su desesperación—, perdone a nuestra hija. Si sus amigas han confesado es porque fueron sometidas a...

El hombre coge a su mujer de la mano, interrumpiendo su frase. Pero el inquisidor la completa:

—... tortura. Y vosotros, que os conozco desde hace tanto tiempo, con quienes ya he discutido todos los aspectos de la teología, ¿no sabéis que, si Dios está con ellas, jamás permitirá que sufran ni confiesen lo que no existe? ¿Creéis que un poco de dolor sería suficiente para arrancar las peores ignominias de sus almas? La tortura fue aprobada hace trescientos años por el santo papa Inocencio IV en su bula *Ad Extirpanda*. No lo hacemos por placer, lo que practicamos es una prueba de fe. El que no tenga nada que confesar será confortado y protegido por el Espíritu.

La vistosa ropa de la pareja contrasta fuertemente con la sala, despojada de cualquier lujo excepto una chimenea encendida para calentar un poco el ambiente. Un rayo de sol entra por una abertura en la pared de piedra y se refleja en las joyas que la mujer lleva en los dedos y en el cuello.

—No es la primera vez que el Santo Oficio pasa por la ciudad —dice el inquisidor—. En las otras visitas, ninguno de vosotros se quejó ni creyó injusto lo que sucedía. Todo lo contrario; en una de nuestras cenas, aprobasteis esa práctica que ya hace tres siglos que dura, diciendo que era la única manera de evitar que las fuerzas del mal se expandiesen. Cada vez que purificábamos la ciudad de sus herejes, aplaudíais. Entendíais que no éramos verdugos, que simplemente buscamos la verdad, que no siempre es transparente como debería ser.

—Pero...

—Pero era con los demás. Con aquellos con los que vosotros pensabais que merecían la tortura y la hoguera. Una vez —señala hacia el hombre—, tú denunciaste a una familia. Dijiste que la madre solía practicar artes mágicas para que tu ganado

muriese. Conseguimos demostrar la verdad, fueron condenados y...

Espera un poco antes de completar la frase, como saboreando las palabras.

—... y te ayudé a comprar por casi nada las tierras de aquella familia, tus vecinos. Tu piedad fue recompensada.

Se vuelve hacia mí:

—*Malleus Maleficarum*.

Voy hasta el estante que está detrás de su mesa. Es un buen hombre, profundamente convencido de lo que hace. No está ahí para ejercer una venganza personal, sino trabajando en nombre de su fe. Aunque nunca confiese sus sentimientos, lo he visto muchas veces con la mirada distante, perdida en el infinito, como preguntándole a Dios por qué ha puesto una carga tan pesada sobre su espalda.

Le entrego el grueso volumen encuadernado en cuero, con el título grabado a fuego en la tapa.

—Está todo ahí. *Malleus Maleficarum*. Una larga y detallada investigación sobre la conspiración universal para volver al paganismo, sobre las creencias en la naturaleza como única salvadora, las supersticiones que afirman que hay vidas pasadas, la condenada astrología y la todavía más condenada ciencia que se opone a los misterios de la fe. El demonio sabe que no puede trabajar solo, necesita a sus hechiceras y a sus científicos para seducir y corromper el mundo.

»Mientras los hombres mueren en las guerras para defender la fe y el reino, las mujeres empiezan a pensar que nacieron para gobernar, y los cobardes que se creen sabios buscan en artefactos y teorías lo que podrían encontrar perfectamente en la Biblia. Somos nosotros los que debemos impedir que eso suceda. No fui yo el que trajo a esas niñas hasta aquí. Sólo soy el encargado de descubrir si son inocentes o si tengo que salvarlas.

Se levanta y me pide que lo acompañe.

—Tengo que irme. Si vuestra hija es inocente, volverá a casa antes de que llegue el nuevo día.

La mujer se arroja al suelo y se arrodilla a sus pies.

—¡Por favor! ¡Usted la tuvo en sus brazos cuando era niña!

El hombre hace el último intento.

—Donaré todas mis tierras y toda mi fortuna a la Iglesia aquí y ahora. Déjeme su pluma, un papel, y firmo. Quiero salir de aquí de la mano de mi hija.

Él aparta a la mujer, que sigue en el suelo, con la cara entre las manos, llorando compulsivamente.

—La Orden de los Dominicos fue escogida precisamente para evitar lo que estaba sucediendo. Los antiguos inquisidores podían ser fácilmente corrompidos con dinero. Pero nosotros siempre hemos mendigado y seguiremos haciéndolo. El dinero no nos atrae; al contrario, al hacer esta oferta escandalosa sólo estás empeorando la

situación.

El hombre me agarra por los hombros.

—¡Tú eras como nuestro hijo! ¡Después de la muerte de tus padres te acogimos en nuestra casa, y evitamos que tu tío te siguiera maltratando!

—No te preocupes —le susurro al oído, con miedo a que el inquisidor me esté escuchando—. No te preocupes.

Aunque sólo me hubiese acogido para trabajar como un esclavo en sus propiedades. Aunque también me hubiese pegado e insultado cuando hacía algo mal.

Me suelto y me encamino a la puerta. El inquisidor se dirige una vez más a la pareja:

—Algún día me agradeceréis que haya salvado a vuestra hija del castigo eterno.

—Quítadle la ropa. Que se quede completamente desnuda.

El inquisidor está sentado delante de una gran mesa con una serie de sillas a su lado.

Dos guardias avanzan, pero la muchacha hace un gesto con la mano.

—No los necesito, puedo hacerlo sola. Por favor no me hagáis daño.

Lentamente, se quita la falda de terciopelo con bordados de oro, tan elegante como la que llevaba su madre. Los veinte hombres de la sala fingen no darle importancia, pero sé lo que les pasa por la cabeza. Lascivia, lujuria, deseo, perversión.

—La blusa.

Se quita la blusa que ayer debía de ser blanca y que hoy está sucia y arrugada. Sus gestos parecen estudiados, demasiado lentos, y sé lo que está pensando: «Él me va a salvar. Va a parar esto ahora.» Yo no digo nada, sólo le pregunto a Dios en silencio si todo esto está bien; me pongo a rezar compulsivamente el padrenuestro, pidiéndole que ilumine tanto a mi superior como a ella. Sé lo que pasa ahora por su cabeza: la denuncia no sólo fue hecha por celos o venganza, sino también por la increíble belleza de esta mujer. Es la misma imagen de Lucifer, el más hermoso y el más perverso ángel del Cielo.

Todos allí conocen a su padre, saben que es poderoso y puede hacerle daño al que toque a su hija. Ella me mira, no desvío la cara. Los demás están dispersos por la inmensa sala subterránea, escondidos en las sombras, con miedo por si ella sale viva de allí y los denuncia. ¡Cobardes! Fueron convocados para servir a una causa mayor, ayudan a purificar el mundo. ¿Por qué se esconden de una joven indefensa?

—Quítate el resto.

Ella sigue mirándome fijamente. Levanta las manos, deshace el nudo de la combinación azul que le cubre el cuerpo y deja que caiga lentamente al suelo. Me implora con la mirada que haga algo para evitar aquello; yo le respondo con un movimiento de cabeza que todo va a salir bien, que no se preocupe.

—Busca la marca de Satán —me ordena el inquisidor.

Yo me acerco con la vela. Los pezones de sus pechos están duros, no sé si de frío o de éxtasis involuntario, por estar desnuda delante de todos. Tiene la piel de gallina. Las ventanas altas, con cristales gruesos, no dejan pasar demasiada claridad, pero la poca luz que entra se refleja en su cuerpo inmaculadamente blanco. No tengo que buscar mucho: cerca de su sexo —que, en mis peores tentaciones, me imaginé muchas veces besando—, veo la marca de Satán escondida entre el vello púbico, en la parte superior izquierda. Aquello me asusta; puede que el inquisidor esté en lo cierto: ahí está la inconfundible prueba de que ha tenido relaciones con el demonio. Siento asco, tristeza y rabia al mismo tiempo.

Tengo que asegurarme. Me arrodillo al lado de su desnudez y verifico de nuevo la

marca. La señal negra, en forma de media luna.

—Está ahí desde que nací.

De la misma manera que sus padres lo habían hecho fuera, ella piensa que puede establecer un diálogo, convencerlos a todos de que es inocente. Rezo desde que entré en la sala, pidiéndole desesperadamente a Dios que me dé fuerzas. Un poco de dolor y todo habrá terminado en menos de media hora. Aunque esa marca sea una prueba inconfundible de sus crímenes, yo la amé antes de entregar mi cuerpo y mi alma al servicio de Dios, porque sabía que sus padres jamás permitirían que una noble se casase con un campesino.

Y ese amor todavía es más fuerte que mi capacidad de dominarlo. No quiero verla sufrir.

—Nunca he invocado al demonio. Me conoces y también conoces a mis amigas. Dile —señala a mi superior— que soy inocente.

El inquisidor habla con una ternura sorprendente, que sólo puede ser inspirada por la misericordia divina.

—Yo también conozco a tu familia. Pero la Iglesia sabe que el demonio no escoge a sus súbditos basándose en la clase social, sino en la capacidad de seducir con palabras y con falsa belleza. El mal sale de la boca del hombre, dice Jesús. Si el mal está ahí dentro, será exorcizado por los gritos y se transformará en la confesión que todos esperamos. Si el mal no está ahí, resistirás el dolor.

—Tengo frío...

—No hables sin que yo te dirija la palabra —respondo con suavidad pero con firmeza—. Simplemente mueve la cabeza para afirmar o negar. Tus cuatro amigas ya te han contado lo que sucede, ¿verdad?

Ella hace un gesto afirmativo.

—Tomen asiento, señores.

Ahora los cobardes tendrán que mostrar sus caras. Jueces, escribanos y nobles se sientan alrededor de la gran mesa que hasta ese momento sólo ocupaba el inquisidor. Solamente yo, los guardias y la chica permanecemos de pie.

Ojalá que esa gente no estuviera ahí. Si sólo estuviésemos los tres, sé que llegaría a conmovirse. Si la denuncia no se hubiese hecho en público, lo cual era muy raro, ya que la mayoría temía los comentarios de los vecinos y prefería el anonimato, tal vez nada de aquello estaría sucediendo. Pero el destino quiso que las cosas tomaran un rumbo diferente, y la Iglesia necesita a esa gente, el proceso debe seguir su curso legal. Después de que nos acusasen en el pasado, se decretó que todo debe quedar registrado en documentos civiles, adecuados. Así, en el futuro todos sabrán que el poder eclesiástico se comportó con dignidad y en legítima defensa de la fe. Las condenas son pronunciadas por el Estado: los inquisidores sólo señalan al culpable.

—No te asustes. Acabo de hablar con tus padres y les he prometido que voy a

hacer todo lo posible para demostrar que nunca has participado en los rituales que se te atribuyen. Que no has invocado a los muertos, que no has intentado descubrir el futuro, que no adoras a la naturaleza, que los discípulos de Satanás nunca han tocado tu cuerpo, a pesar de la marca que tienes CLARAMENTE ahí.

—Sabéis que...

Todos los presentes, ahora visibles para la acusada, se vuelven hacia el inquisidor con aire indignado, esperando una reacción justificadamente violenta. Pero él simplemente se lleva la mano a los labios pidiéndole de nuevo que respete al tribunal.

Mis oraciones están siendo atendidas. Pido al Señor que le dé paciencia y tolerancia a mi superior, que no la envíe a la rueda. Nadie resiste allí, de modo que sólo aquellos de los que existe la certeza de que son culpables son enviados a ella. Hasta ahora ninguna de las cuatro chicas que han estado ante el tribunal merecieron el castigo extremo: ser atada en la parte externa del aro, bajo el cual se colocan clavos puntiagudos y brasas. Cuando uno de nosotros gira la rueda, el cuerpo se va quemando lentamente, mientras los clavos laceran la carne.

—Traigan la cama.

Mis oraciones han sido escuchadas. Uno de los guardias grita una orden.

Ella intenta huir, aun sabiendo que es imposible. Corre de un lado a otro, se arrima a las paredes de piedra, va hasta la puerta pero es empujada para que vuelva. A pesar del frío y de la humedad, su cuerpo está cubierto de sudor, que brilla con la poca luz que entra en la sala. No grita como las demás, simplemente intenta escapar. Los guardias por fin consiguen agarrarla: usan la confusión para tocar a propósito sus pequeños senos, el sexo oculto por un gran mechón de pelo.

Llegan otros dos hombres con la cama de madera, hecha especialmente para el Santo Oficio en Holanda. Hoy se recomienda su uso en varios países. La ponen muy cerca de la mesa, agarran a la niña que se debate en silencio, abren sus piernas, fijan los tobillos en dos anillos en uno de los extremos. Después, empujan sus brazos hacia atrás y los atan con cuerdas sujetas a una palanca.

—Yo me encargo de la palanca —digo.

El inquisidor me mira. Normalmente debería hacerlo uno de los soldados presentes. Pero sé que esos bárbaros pueden romperle los músculos y las otras cuatro veces me permitió hacer lo mismo.

—Está bien.

Me dirijo hacia uno de los extremos de la cama y pongo las manos en el trozo de madera, ya gastado por tanto uso. Los hombres se inclinan hacia adelante. La muchacha desnuda, con las piernas abiertas, atada a una cama, es una visión que puede ser infernal y paradisiaca al mismo tiempo. El demonio me tienta, me provoca. Esta noche me voy a flagelar hasta expulsarlo de mi cuerpo y que, junto a él, se vaya también el recuerdo de que en este momento he deseado estar ahí, abrazado a ella,

protegiéndola de esos ojos y sonrisas de lujuria.

—¡Apártate, en nombre de Jesús!

Le grito al demonio, pero sin querer empujo la palanca y su cuerpo se estira. Ella casi no gime cuando su columna se curva en un arco. Aflojo la presión, y vuelve a su posición normal.

Sigo rezando sin parar, implorándole misericordia a Dios. Pasando el límite del dolor, el espíritu se fortalece. Los deseos de la vida cotidiana no tienen sentido, y el hombre se purifica. El sufrimiento viene del deseo, y no del dolor.

Mi voz es tranquila y reconfortante.

—Tus amigas te contaron qué es esto, ¿verdad? A medida que yo mueva esta palanca, tus brazos serán empujados hacia atrás, los hombros se te van a dislocar, se te va a dislocar la columna vertebral, se romperá la piel. No me obligues a llegar hasta el final. Simplemente confiesa, como hicieron ellas. Mi superior te dará la absolución de los pecados, podrás volver a casa sólo con una penitencia, todo volverá a la normalidad. El Santo Oficio no pasa tan a menudo por la ciudad.

Miro hacia un lado, para asegurarme de que el escribano está anotando bien mis palabras. Que todo quede registrado para el futuro.

—Confieso —dice—. Dime los pecados y los confieso.

Toco la palanca con mucho cuidado, pero lo suficiente para que ella suelte un grito de dolor. Por favor, no me dejes ir más allá. Por favor, ayúdame y confiesa ya.

—No soy yo el que dirá tus pecados. Aunque los conozca, tienes que decirlos tú misma, porque el tribunal está presente.

Ella se pone a decir todo lo que esperábamos, sin necesidad de tortura. Pero está escribiendo su sentencia de muerte, y tengo que evitarlo. Empujo la palanca un poco más, intentando silenciarla, pero, a pesar del dolor, ella continúa. Habla de premoniciones, de cosas que presiente que van a suceder, de cómo la naturaleza le ha revelado a ella y a sus amigas muchos secretos de medicina. Empiezo a presionar la palanca, desesperado, pero ella no para, alternando sus palabras con gritos de dolor.

—Un momento —dice el inquisidor—. Escuchemos lo que tiene que decir, afloja la presión.

Y volviéndose hacia los demás:

—Todos sois testigos. La Iglesia pide la muerte en la hoguera para esta pobre víctima del demonio.

«¡No!» Me gustaría pedirle que se callase, pero todos me están mirando.

—El tribunal está de acuerdo —dice uno de los jueces presentes.

Ella lo ha escuchado. Está perdida para siempre. Por primera vez desde que entró en la sala, sus ojos se transforman, adquieren una firmeza que sólo puede venir del Maligno.

—Yo confieso que cometí todos los pecados del mundo. Que tuve sueños en los

que hombres venían a mi cama y me besaban el sexo. Uno de esos hombres eras tú, y confieso que te tenté en sueños. Confieso que me reuní con mis amigas para invocar al espíritu de los muertos, porque quería saber si algún día me iba a casar con el hombre que siempre soñé con tener a mi lado.

Hace un movimiento con la cabeza hacia mí.

—Ese hombre eras tú. Esperaba crecer un poco más y después alejarte de la vida monástica. Confieso que escribí cartas y diarios que quemé, porque hablaban de la única persona, además de mis padres, que tuvo compasión de mí y a la que amaba por eso. Esa persona eras tú...

Empujo la cuerda con más fuerza, y ella suelta un grito y se desmaya.

Su cuerpo blanco está cubierto de sudor. Los guardias iban a echarle agua fría en la cara para que recuperase la consciencia y poder seguir con la confesión, pero el inquisidor los interrumpe.

—No es necesario. Creo que el tribunal ya ha oído lo que tenía que oír. Podéis vestirla sólo con la ropa interior y llevarla otra vez a la celda.

Retiran el cuerpo inanimado, cogen la blusa blanca del suelo y se llevan a la chica lejos de nuestra mirada. El inquisidor se vuelve hacia los hombres de corazón duro que están allí.

—Ahora, señores, espero por escrito la confirmación del veredicto. A no ser que alguien en este lugar tenga algo que decir a favor de la acusada. De ser así, reconsideraremos la acusación.

No sólo él, sino todos, se vuelven hacia mí. Unos pidiéndome que no diga nada, otros que la salve porque, como ella dijo, la conozco.

¿Por qué tuvo que decir aquellas palabras? ¿Por qué volver a cosas que habían sido tan difíciles de superar cuando decidí servir a Dios y dejar el mundo atrás? ¿Por qué no me permitió defenderla cuando podía salvarle la vida? Si en ese momento decía algo a su favor, al día siguiente toda la ciudad comentaría que la salvé porque dijo que siempre me había amado. Mi reputación y mi carrera estarían arruinadas para siempre.

—Estoy dispuesto a demostrar la benevolencia de la Santa Madre Iglesia, si tan sólo una voz se levanta en su defensa.

No soy el único de los que estamos aquí que conozco a su familia. Algunos les deben favores, otros dinero, otros están movidos por la envidia. Nadie va a abrir la boca. Sólo el que no les debe nada.

—¿Doy el procedimiento por cerrado?

El inquisidor, a pesar de ser más culto y más devoto que yo, parece estar pidiéndome ayuda. Sin embargo, ella les dijo a todos que me amaba.

«Una palabra tuya y mi siervo estará salvado», le dice el centurión a Jesús. Basta una sola palabra y mi sierva será salvada.

Mis labios no se mueven.

El inquisidor no lo demuestra pero sé lo que siente por mí: desprecio. Se vuelve hacia el grupo.

—La Iglesia, aquí representada por este humilde defensor, espera la confirmación de la pena de muerte.

Los hombres se reúnen en un rincón, yo oigo al demonio gritando cada vez más alto en mis oídos, intentando confundirme, como ya lo había hecho ese día. En ninguna de las cuatro niñas dejé marcas que fuesen irreversibles. He visto a otros hermanos que llevan la palanca hasta el extremo, los condenados mueren con todos los órganos destruidos, sangrando por la boca, con el cuerpo aumentado en más de treinta centímetros.

Los hombres vuelven con el papel firmado por todos. El veredicto es el mismo que el de las otras cuatro: muerte en la hoguera.

El inquisidor les da las gracias a todos y sale sin dirigirme la palabra. Los hombres que administran la ley y la justicia también se apartan, algunos hablando ya de cualquier trivialidad que sucede en la vecindad, otros con la cabeza baja. Yo me acerco a la chimenea, cojo algunas brasas y las pongo debajo del hábito. Siento el olor a carne quemada, me arden las manos, mi cuerpo se contrae de dolor, pero no muevo un músculo.

—Señor —digo finalmente cuando el dolor retrocede—. Que estas marcas de quemaduras queden para siempre en mi cuerpo, que no olvide jamás quién fui el día de hoy.

Neutralizando la fuerza sin movimiento

Una mujer con algunos —mejor dicho, muchos— kilos de más, excesivamente maquillada y vestida con traje típico, canta canciones de la región. Espero que todos se estén divirtiendo, la fiesta es genial; cada kilómetro del viaje me hace estar más eufórico.

Hubo un momento durante la tarde en el que la persona que yo era antes de empezar el viaje estuvo a punto de caer en una crisis depresiva, pero después me repuse; si Hilal me había perdonado, no debía de ninguna manera culparme a mí mismo. No es fácil ni importante volver al pasado y reabrir las cicatrices de allí. La única justificación es saber que ese conocimiento me va a ayudar a entender mejor el presente.

Desde el final de la tarde de firmas, busco las palabras exactas para conducir a Hilal hacia la verdad. Lo malo de las palabras es que nos dan la sensación de que podemos hacernos comprender y entender lo que los demás dicen. Pero, al volvernos y vernos cara a cara con nuestro destino, descubrimos que no son suficientes. ¡Cuántas personas conozco que son maestras cuando hablan pero incapaces de vivir lo que predicán! Además, una cosa es describir una situación y otra experimentarla. Por eso hace mucho que entendí que un guerrero en busca del sueño se inspira en lo que hace, y no en lo que imagina que va a hacer. No vale de nada decirle a Hilal lo que vivimos juntos; las palabras para describir ese tipo de cosas ya están muertas antes de salir de nuestra boca.

Vivir la experiencia de aquel subterráneo, de la tortura y de la muerte en la hoguera no la va a ayudar; al contrario, puede hacerle un daño terrible. Todavía nos quedan algunos días por delante; descubriré la mejor manera de hacerle entender nuestra relación, sin pasar necesariamente por todo ese sufrimiento de nuevo.

Puedo escoger mantenerla en la ignorancia y no contarle nada. Pero presiento, sin ninguna razón lógica para ello, que la verdad también la va a liberar de muchas cosas que está experimentando en esta reencarnación. La decisión que tomé de viajar al notar que mi vida ya no fluía como un río hacia el mar no fue casual. Lo hice porque todo a mi alrededor amenazaba con quedarse estancado. Tampoco fue accidental que ella comentase que sentía lo mismo.

Así, Dios tiene que trabajar a mi lado y mostrarme una forma de decirle la verdad. Toda la gente de mi vagón experimenta diariamente una nueva etapa en sus vidas. Mi editora parece más humana y menos defensiva. Yao, que en este momento fuma un cigarrillo a mi lado y mira hacia la pista de baile, debe de estar contento por mostrarme cosas que ya olvidé, y de esa manera recordar todo lo que aprendió. Pasamos la mañana en otra academia que ha conseguido encontrar aquí en Irkutsk, practicamos juntos aikido y al final de la lucha me dice:

—Debemos estar preparados para recibir los ataques del enemigo y ser capaces de mirar a los ojos de la muerte para que ilumine nuestro camino.

Ueshiba tiene muchas frases que guían los pasos de aquellos que se dedican al Camino de la Paz. Sin embargo, Yao escogió una que tiene relación directa con el momento que viví la noche pasada: mientras Hilal dormía en mis brazos, vi su muerte y ella iluminaba mi camino.

No sé si Yao tiene algún procedimiento para sumergirse en un mundo paralelo y seguir lo que me está pasando. Aunque es la persona con la que más hablo (Hilal charla cada vez menos, aunque he vivido con ella experiencias extraordinarias), todavía no lo conozco muy bien. Pienso que de poco valió decirle que los seres queridos no desaparecen, que sólo pasan a una dimensión diferente. Parece seguir con el pensamiento fijo en su mujer, y lo único que me queda por hacer es recomendarle un excelente médium que vive en Londres. Allí va a encontrar todas las respuestas que necesita, y todas las señales que confirman lo que yo le dije respecto a la eternidad del tiempo.

Estoy seguro de que todos tenemos una razón para estar aquí, en Irkutsk, después de decidir en un restaurante de Londres, sin pensarlo mucho, que era necesario cruzar Asia en tren. Vivencias como éstas sólo se dan cuando todas las personas ya se han conocido en algún lugar del pasado y caminan juntas hacia la libertad.

Hilal está bailando con un chico de su edad. Ha bebido un poco, muestra una alegría excesiva y, más de una vez esta noche, ha venido a decirme que se arrepentía de no haber traído el violín. Realmente es una pena. Esta gente se merecía el encanto y el hechizo de la gran *spalla* de uno de los conservatorios más respetados de Rusia.

La cantante gorda sale del palco, la orquesta sigue tocando y el público salta y grita el estribillo: «¡Kaláshnikov! ¡Kaláshnikov!» Si el tema de Goran Bregovic no fuera tan conocido, quien nos viera desde fuera diría que una banda de terroristas estaba conmemorando algo, pues ése es el nombre de los rifles de asalto AK-47, en homenaje a su creador, Mikhail Kaláshnikov.

El chico y Hilal están agarrados, a un paso de besarse. Aunque no estén tan cerca, sé que mis compañeros de viaje se preocupan por ello; tal vez a mí no me guste.

Pero me encanta.

Ojalá fuese verdad, que ella encontrase a alguien soltero, que pudiera hacerla feliz, que no intentase interrumpir su brillante carrera, que fuera capaz de abrazarla en una puesta de sol y que no olvidase encender el fuego sagrado cuando ella necesitara ayuda. Se lo merece.

—Puedo curarte esas marcas que tienes en el cuerpo —dice Yao, mientras observamos a la gente bailando—. La medicina china tiene algunos remedios para eso.

No puede.

—No es tan grave. Aparecen y desaparecen cada vez con menos frecuencia. El eccema numular no tiene cura.

—En la cultura china, decimos que sólo les salen a soldados que en una reencarnación anterior fueron quemados durante la batalla.

Yo sonrío. Yao me mira y me devuelve la sonrisa. No sé si comprende lo que está diciendo. Ésas son las marcas que permanecerán siempre conmigo, desde aquella mañana en el subterráneo. Cuando me vi como el escritor francés de mediados del siglo XIX, noté en la mano que sujetaba la pluma el mismo tipo de eccema, cuyo nombre deriva de la forma de las heridas, semejantes a pequeñas monedas romanas (*nummus*).

O semejantes a quemaduras de brasas.

La música para. Es la hora de salir a cenar. Yo me acerco a Hilal e invito a su compañero de baile a que nos acompañe; será uno de los lectores escogidos de esta noche. Hilal me mira con sorpresa.

—Ya has invitado a otros.

—Siempre hay sitio para uno más —digo.

—No siempre. No todo en esta vida es un largo tren con pasajes a la venta para todos.

Aunque no nos entienda muy bien, el chico empieza a desconfiar de que hay algo raro en nuestra conversación. Dice que ha prometido cenar con su familia. Decido bromear un poco.

—¿Has leído a Maiakovski? —le pregunto.

—Ya no es obligatorio en las escuelas. Su poesía estaba al servicio del gobierno.

Tenía razón. Aun así, yo adoraba a Maiakovski cuando tenía su edad. Y conocía algo de su vida.

Mis editores se acercan, temerosos de que esté provocando una pelea por celos. Como en muchas situaciones en la vida, las cosas siempre parecen exactamente lo que no son.

—Se enamoró de la esposa de su editor, una bailarina —digo, en tono de provocación—. Un amor violento y fundamental para que su obra perdiese importancia política o ganase en humanidad. Escribía poemas y cambiaba los nombres. El editor sabía que se referían a su mujer, pero aun así seguía publicando sus libros. Ella amaba a su marido y también amaba a Maiakovski. La solución que encontraron fue vivir los tres juntos, muy felices.

—¡Yo también amo a mi marido y te amo a ti! —bromea la mujer de mi editor—. ¡Vente a vivir a Rusia!

El chaval entendió la indirecta.

—¿Es tu novia? —pregunta.

—Estoy enamorado de ella desde hace por lo menos quinientos años. Pero la respuesta es no: ella está libre y suelta como un pájaro. Una chica con una brillante carrera por delante que todavía no ha encontrado a alguien que la trate con el amor y el respeto que merece.

—¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Crees que necesito a alguien que me busque un hombre?

El muchacho confirma que tiene una cena con su familia, da las gracias y se marcha. Los otros lectores invitados se acercan y salimos hacia el restaurante a pie.

—Permíteme que te comente algo —dice Yao mientras cruzamos la calle—. Te has portado mal con ella, con el muchacho y contigo mismo. Con ella, porque no has respetado el amor que siente por ti. Con el muchacho, porque es tu lector y se ha sentido manipulado. Y contigo mismo, porque lo único que te ha motivado ha sido el orgullo de querer demostrar que eres más importante. Si fuera por celos, estarías disculpado, pero no ha sido por eso. Sólo lo has hecho para demostrar a tus amigos y a mí que no te importa en absoluto, lo cual no es verdad.

Yo asiento. No siempre el progreso espiritual viene acompañado de sabiduría humana.

—Y para terminar —continúa Yao—, Maiakovski fue lectura obligatoria para mí. Así que todos sabemos que ese estilo de vida no salió bien: se suicidó de un tiro en la cabeza antes de cumplir cuarenta años.

Ya hay cinco horas de diferencia respecto al punto de partida. En el momento en el que nos pusimos a cenar en Irkutsk, la gente ya estaba acabando de comer en Moscú. Aunque la ciudad tenga su encanto, el clima parece más tenso que dentro del tren. Tal vez a estas alturas ya nos hayamos acostumbrado a nuestro pequeño mundo alrededor de una mesa que viaja hacia un punto definido, y cada parada significa dejar nuestro camino.

Hilal está de pésimo humor después de lo que ha sucedido en la fiesta. Mi editor no deja el móvil y discute furiosamente con alguien al otro lado de la línea; Yao me tranquiliza diciéndome que hablan de distribución de libros. Los tres lectores invitados parecen más tímidos que de costumbre.

Pedimos que nos traigan bebida. Uno de los lectores nos recomienda cautela; aquello es una mezcla de vodka de Mongolia y de Siberia y al día siguiente tendremos que soportar las consecuencias. Pero todos necesitan beber para aliviar la tensión. Tomamos el primer vaso, el segundo, y antes de que llegue la comida ya pedimos otra botella. Finalmente, el lector que nos ha advertido sobre el vodka decide que no va a ser él el único sobrio y se toma tres seguidos, mientras todos le aplaudimos. La alegría se instala entre nosotros, salvo por Hilal, que sigue con cara de enfado a pesar de haber bebido tanto como el resto del grupo.

—Qué asco de ciudad —dice el lector que era abstemio hasta dos minutos antes y que ahora tiene los ojos rojos—. ¿Visteis la calle que había frente al restaurante?

Me fijé en una serie de casas de madera hermosamente talladas, lo cual era rarísimo encontrar hoy en día. Un museo arquitectónico al aire libre.

—No me refiero a las casas, me refiero a la calle.

Realmente la calzada no era de las mejores. Y en algunos sitios noté olor de alcantarilla.

—La mafia controla esta parte de la ciudad —continúa—. Quieren comprarla y derrumbarlo todo para construir sus horrendas zonas residenciales. Como hasta ahora la gente no ha aceptado vender sus casas ni sus terrenos, ellos no permiten que urbanicen el barrio. Esta ciudad existe desde hace cuatrocientos años, recibió a los extranjeros que negociaban con China con los brazos abiertos, era respetada por los comerciantes de diamantes, oro y pieles, pero ahora la mafia intenta instalarse aquí y acabar con eso, aunque el gobierno lucha contra la...

«Mafia» es una palabra universal. El editor sigue ocupado con su interminable llamada telefónica, la editora se queja del menú, Hilal finge que está en otro planeta, pero Yao y yo nos damos cuenta de que un grupo de hombres en la mesa de al lado empieza a prestar atención a nuestra conversación.

Paranoia. Pura paranoia.

El lector sigue bebiendo y quejándose sin parar. Sus dos amigos están de acuerdo con todo lo que dice. Hablan mal del gobierno, del estado de las carreteras, del pésimo mantenimiento del aeropuerto. Nada que ninguno de nosotros no diría de nuestras propias ciudades, sólo que ellos repiten la palabra «mafia» en cada una de las quejas. Yo intento cambiar de tema, les pregunto sobre los chamanes de la región (Yao se alegra, ve que no me he olvidado, aunque no le haya confirmado nada) y los chicos siguen hablando de la «mafia de los chamanes», la «mafia de los guías turísticos». Para entonces ya han traído la tercera botella de vodka mongolsiberiano y están todos exaltados hablando de política, en inglés, para que yo pueda entender lo que dicen, o para evitar que las mesas vecinas sigan la conversación. El editor termina la llamada y se mete en la discusión, la editora se entusiasma, Hilal se bebe un vaso tras otro. Sólo Yao se mantiene sobrio, la mirada aparentemente perdida, intentando disimular su preocupación. Yo paro en el tercer vaso y no tengo la menor intención de seguir adelante.

Y lo que parecía paranoia se convierte en realidad. Uno de los hombres de la otra mesa se levanta y se acerca a nosotros.

No dice nada. Sólo mira a los chicos que hemos invitado a cenar y en ese momento la conversación se detiene. Todos parecen sorprendidos con su presencia. Mi editor, ya un poco tocado por la bebida y por los problemas en Moscú, pregunta algo en ruso.

—No, no soy su padre —responde el extraño—. Pero no sé si tiene edad para beber de esa manera. Y decir cosas que no son verdad.

Su inglés es perfecto, con el acento afectado del que ha estudiado en uno de esos carísimos colegios de Inglaterra. Las palabras han sido pronunciadas en un tono frío, sin la menor emoción ni agresividad.

Sólo un loco amenaza. Sólo otro loco se siente amenazado. Cuando las cosas se dicen de la manera en que acabamos de escuchar significan peligro, porque los verbos, sujetos y predicados se transformarán en acción si fuera necesario.

—Han elegido el restaurante equivocado —continúa—. Aquí la comida es mala y el servicio pésimo. Tal vez sea mejor que busquen otro lugar. Yo pago la cuenta.

De hecho la comida no es buena, la bebida debe de ser tal como dijo antes el chico y el servicio no podía ser peor. Pero en este caso no estamos ante alguien que se preocupe por nuestra salud ni nuestro bienestar: nos están echando.

—Vámonos —dice el chico.

Antes de que podamos hacer nada, él y sus amigos desaparecen de nuestra vista. El hombre parece satisfecho y da media vuelta para volver al lugar en el que estaba antes. Durante una fracción de segundo, la tensión desaparece.

—Pues a mí me está gustando mucho la comida y no tengo la menor intención de cambiar de restaurante.

Yao también habla con una voz sin ninguna emoción ni amenaza. No tenía que haber dicho eso, el conflicto ya se había acabado, el problema era sólo con los chicos; podíamos acabar de comer en paz. El hombre se vuelve otra vez. Otro hombre en la mesa coge el móvil y sale afuera. El restaurante queda en silencio.

Yao y el extraño se miran fijamente a los ojos.

—La comida puede producirte una intoxicación y matarte rápidamente.

Yao no se levanta de la silla.

—Según las estadísticas, durante estos tres minutos en los que estamos hablando acaban de morir trescientas veinte personas en el mundo, y han nacido otras seiscientas cincuenta. Es la vida, el mundo. No sé cuántas han muerto intoxicadas, pero seguramente algunas de ellas. Otras murieron después de una larga enfermedad, algunas sufrieron un accidente, y seguramente hay un porcentaje que acaba de recibir un tiro y otro que ha dejado este mundo al dar a luz a un bebé, parte de las estadísticas del nacimiento. Sólo muere el que está vivo.

El hombre que salió con el móvil entra de nuevo. El que está delante de nuestra mesa no deja traslucir ninguna emoción. Durante lo que parece ser una eternidad, todo el restaurante permanece en silencio.

—Un minuto —dice finalmente el extranjero—. Deben de haber muerto otras cien personas, y han nacido unas doscientas.

—Eso mismo.

Aparecen otros dos hombres en la puerta del restaurante y se dirigen hacia la mesa. El extraño nota el movimiento, hace un gesto con la cabeza y vuelven a salir.

—Aunque la comida sea pésima y el servicio de quinta categoría, si es éste el restaurante que habéis escogido, no puedo hacer nada. Buen provecho.

—Gracias. Pero, ya que te has ofrecido a pagar la cuenta, lo aceptamos gustosamente.

—No te preocupes por eso. —Se dirige sólo a Yao, como si no hubiese nadie más allí. Se lleva la mano al bolsillo, todos imaginamos que va a sacar una pistola, pero simplemente saca una tarjeta de visita.

—Si algún día te quedas sin trabajo o te cansas de lo que haces ahora, búscanos. Nuestra compañía inmobiliaria tiene una gran filial aquí en Rusia, y necesitamos a gente como tú. Gente que entiende que la muerte es una simple estadística.

Le tiende la tarjeta, ambos se dan la mano y el extraño regresa a su sitio. Poco a poco el restaurante vuelve a tener vida, las conversaciones animan el ambiente y miramos deslumbrados a Yao, nuestro héroe, el que venció al enemigo sin disparar ni una sola bala. Hilal ya no está de mal humor y ahora intenta seguir una conversación completamente absurda, en la que todos parecen interesadísimos en el disecado de pájaros y en la calidad del vodka mongolsiberiano. La adrenalina provocada por el miedo nos ha devuelto la sobriedad en un momento.

Tengo que aprovechar esta oportunidad. Después le preguntaré a Yao por qué estaba tan seguro de sí mismo.

—Estoy impresionado con la fe del pueblo ruso. El comunismo, predicando durante setenta años que la religión es el opio del pueblo, no consiguió nada.

—Marx no entendía nada de las maravillas del opio —dice la editora.

Todo el mundo se ríe. Yo continúo:

—Lo mismo pasó con la Iglesia a la que pertenezco. Matamos en nombre de Dios, torturamos en nombre de Jesús, decidimos que la mujer era una amenaza para la sociedad y suprimimos todas las manifestaciones de los dones femeninos, practicamos la usura, asesinamos a inocentes e hicimos alianzas con el diablo. Aun así, dos mil años después todavía estamos aquí.

—Odio las iglesias —dice Hilal mordiendo el cebo—. Si hubo un momento en este viaje que realmente detesté, fue cuando me obligaste a ir a una iglesia en Novosibirsk.

—Imaginemos que crees en vidas pasadas y que, en una de tus existencias anteriores, hubieras sido quemada por la Inquisición en nombre de la fe que el Vaticano intentaba imponer. ¿La odiarías más por eso?

Ella no se lo piensa mucho antes de responder.

—No. Seguiría siendo indiferente para mí. Yao no odió al hombre que vino a nuestra mesa; sólo se dispuso a luchar por un principio.

—Pero digamos que tú eras inocente.

El editor me interrumpe. Posiblemente también habrá publicado un libro al respecto...

—Me estoy acordando de Giordano Bruno. Respetado como un doctor de la Iglesia, quemado vivo en el centro de Roma. Durante el juicio, le dijo al tribunal algo como «Yo no le tengo miedo a la hoguera. Pero vosotros tenéis miedo de vuestro veredicto». Hoy hay una estatua suya en el lugar en el que fue asesinado por sus «aliados». Venció, porque los que lo juzgaron fueron los hombres, no Jesús.

—Estás intentando justificar una injusticia y un crimen —dice la editora.

—De ninguna manera. Los asesinos desaparecieron del mapa, pero Giordano Bruno todavía tiene influencia en el mundo con sus ideas. Su coraje fue recompensado. Una vida sin causa es una vida sin efectos.

Parece que la conversación está siendo guiada.

—En el caso de que tú fueses Giordano Bruno —ahora estoy mirando directamente a Hilal—, ¿serías capaz de perdonar a tus verdugos?

—¿Adónde quieres llegar?

—Pertenezco a una religión que cometió errores en el pasado. Es ahí adonde quiero llegar, porque, a pesar de todo, aún me quedo con el amor de Jesús, más fuerte que el odio de aquellos que se denominaron sus sucesores. Y sigo creyendo en el misterio de la transmutación del pan y del vino.

—Eso es problema tuyo. Quiero guardar las distancias con las iglesias, los curas y los sacramentos. Para mí, son suficientes la música y la contemplación silenciosa de la naturaleza. Pero ¿lo que dices tiene alguna relación con lo que viste cuando... —ella busca las palabras— comentaste que ibas a hacer un ejercicio de un anillo de luz?

No mencionó que estábamos juntos en la cama. A pesar de su fuerte temperamento y de sus palabras irreflexivas, noto que intenta protegerme.

—No sé. Como te dije en el tren, todo lo que se desarrolla en el pasado y en el futuro también sucede en el presente. Puede que nos hayamos encontrado porque yo fui tu verdugo, tú mi víctima y es el momento de pedir tu absolución.

Todo el mundo se ríe, y yo me río con ellos.

—Entonces trátame mejor. Préstame más atención, dime aquí, delante de todo el mundo, una frase de tres palabras que me gustaría escuchar.

Sé que piensa en «Yo te amo».

—Te diré tres frases de tres palabras: 1) Tú estás protegida. 2) No te preocupes. 3) Yo te adoro.

—Yo también quiero decir una cosa: sólo puede decir «yo te perdono» el que es capaz de decir «yo te amo».

Todos aplauden. Volvemos al vodka mongolsiberiano, hablamos del amor, de la persecución, de crímenes en nombre de la verdad, de la comida del restaurante.

Ahora la conversación ya no va a avanzar, ella no entiende lo que digo, pero acabamos de dar el primer paso, el más difícil.

A la salida, le pregunto a Yao por qué decidió reaccionar de aquella manera, poniendo a todo el mundo en peligro.

—¿Pasó algo?

—No. Pero podía haber ocurrido. Las personas como ésa no están acostumbradas a que se les falte al respeto.

—Ya me echaron de otros lugares cuando era más joven y me prometí a mí mismo que eso no iba a volver a pasar una vez que fuese adulto. Yo no le falté al respeto, simplemente me enfrenté a él de la manera que él quería que se le enfrentasen. Los ojos no mienten; y él sabía que yo no me estaba marcando un farol.

—Aun así, lo desafiaste. Estamos en una ciudad pequeña, y podría haber sentido que su poder estaba en juego.

—Cuando nos fuimos de Novosibirsk me hablaste del Aleph. Hasta hace algunos días no me di cuenta de que los chinos también tienen una palabra para eso: *ki*. Tanto él como yo estábamos en el mismo centro de energía. Sin ánimo de filosofar sobre lo que podría pasar, toda persona acostumbrada al peligro sabe que, en cada momento de su vida, se puede ver enfrentada a un oponente. No digo enemigo, digo oponente. Cuando los oponentes están seguros de su poder, como era el caso de ese hombre, necesitamos ese enfrentamiento, o podemos quedar debilitados por la ausencia de ejercicio. Saber apreciar y honrar a nuestros oponentes es una actitud totalmente distinta a la de los aduladores, la de los débiles o la de los traidores.

—Pero sabes que era...

—No importa lo que era, sino cómo manejaba su fuerza. Me gustó su estilo de lucha, y a él le gustó el mío. Simplemente eso.

La rosa dorada

Siento un insoportable dolor de cabeza por culpa del vodka mongolsiberiano, a pesar de todas las pastillas y antiácidos que he tomado. El viento es cortante, incluso con el día claro y sin nubes en el cielo. Los bloques de hielo se confunden con las piedras de la orilla, aunque ya sea primavera. El frío es insoportable, a pesar de toda la ropa que llevo encima.

Y un solo pensamiento: «¡Dios mío, estoy en casa!»

Un lago en el que casi no puedo ver la otra orilla, agua transparente, las montañas nevadas al fondo, un barco de pescadores que parte y debe volver al atardecer. Quiero estar allí, completamente presente, porque no sé si algún día voy a volver. Respiro hondo varias veces, procurando interiorizarlo todo.

—Una de las visiones más hermosas que he tenido en toda mi vida.

Yao se envalentona con mi comentario y decide darme más datos técnicos. Me explica que el lago Baikal, llamado «mar del Norte» en los antiguos textos chinos, concentra el veinte por ciento del agua dulce del planeta y tiene veinticinco millones de años, pero nada de eso me interesa.

—No me distraigas, quiero interiorizar todo este paisaje dentro de mi alma.

—Muy grande. ¿Por qué no lo haces al revés: te sumerges y te unes al alma del lago?

O sea, provocar un choque térmico y morirme congelado en Siberia. Pero por fin consiguió desconcentrarme; mi cabeza está pesada, el viento, insoportable, y decidimos irnos al lugar donde vamos a pasar la noche.

—Gracias por haber venido. No te arrepentirás.

Nos dirigimos a la posada de una aldea que tiene calles de tierra y casas parecidas a las que había visto en Irkutsk. Delante de la puerta hay un pozo. Delante del pozo, una cría intenta sacar un cubo de agua. Hilal se acerca para ayudarla, pero, en vez de tirar de la cuerda, pone a la niña peligrosamente en el borde.

—Dice el *I Ching*: «Puedes mover una ciudad, pero no un pozo.» Yo digo que puedes mover el caldero, pero no a la cría. Ten cuidado.

La madre de la niña se acerca y discute con Hilal. Las dejo a las dos, entro y me voy a mi habitación. Yao no quería de ninguna manera que Hilal viniese. El lugar en el que nos vamos a reunir con el chamán no permite la entrada a mujeres. Le expliqué que la visita no me interesaba mucho. Yo conocía la Tradición, propagada por toda la Tierra, y ya había estado con varios chamanes en mi país. Sólo había aceptado ir hasta allí porque Yao me había ayudado y me había enseñado muchas cosas durante el viaje.

—Necesito pasar cada segundo que pueda al lado de Hilal —le dije cuando aún estábamos en Irkutsk—. Sé lo que hago. Estoy en el camino de vuelta a mi reino. Si

no me ayuda ahora, sólo me quedarán otras tres oportunidades en esta «vida».

Aunque no entendió bien lo que quería decir, acabó cediendo.

Coloco la mochila en un rincón, pongo la calefacción al máximo, cierro las cortinas y me echo en la cama, deseando que el dolor de cabeza se me pase ya. Entra Hilal.

—Me has dejado ahí fuera hablando con esa mujer. Sabes que detesto a los extraños.

—Aquí somos nosotros los extraños.

—Detesto que me juzguen todo el tiempo, mientras oculto mi miedo, mis emociones, mi vulnerabilidad. Tú me ves como una chica con talento, valiente, que no se deja intimidar por nada. ¡Te equivocas! Me dejo intimidar por todo. Evito miradas, sonrisas, contactos más directos, sólo he hablado contigo. ¿O acaso no te has dado cuenta?

Lago Baikal, montañas nevadas, agua límpida, uno de los lugares más hermosos del planeta, y esta discusión estúpida.

—Vamos a descansar un poco. Después saldremos a dar una vuelta. Por la noche me voy a reunir con un chamán.

Ella se dispone a dejar su mochila.

—Tienes tu habitación.

—Pero en el tren...

No termina la frase. Golpea la puerta. Me quedo mirando el techo, preguntándome a mí mismo qué hacer en ese momento. No me puedo dejar llevar por la culpa. No puedo y no quiero porque amo a otra mujer que en este momento está lejos, confiada, a pesar de conocer bien a su marido. Si todas las tentativas anteriores fueron inútiles, tal vez éste sea el lugar ideal para dejárselo bien claro a una cría obsesiva y flexible, fuerte y frágil.

No tengo la culpa de lo que sucede. Hilal tampoco. La vida nos ha puesto en esta situación y espero que sea por nuestro bien. ¿Espero? Necesito estar seguro. Lo estoy. Empiezo a rezar y me quedo dormido en seguida.

Cuando me despierto, voy hasta su habitación y escucho la música del violín. Espero a que termine antes de llamar a la puerta.

—Vamos a dar un paseo.

Ella me mira entre sorprendida y feliz.

—¿Estás mejor? ¿Puedes aguantar el viento y el frío?

—Sí, estoy mucho mejor. Salgamos.

Caminamos por el pueblo, que parece salido de un cuento de hadas. Un día los turistas van a llegar aquí, se construirán enormes hoteles, las tiendas venderán camisetas, mecheros, postales, imitaciones de las casas de madera. Después harán gigantescos aparcamientos para los autobuses de dos pisos que descargarán gente con cámaras fotográficas digitales, decidida a capturar todo el lago en un chip. El pozo que vimos será destruido y sustituido por otro, que servirá para adornar la calle, pero ya no dará agua a sus habitantes; estará cerrado por orden municipal, para evitar el riesgo de que los niños extranjeros se asomen al borde. El barco de pesca que vi por la mañana dejará de existir. Las aguas del Baikal serán surcadas por yates modernos que ofrecen excursiones de un día al centro del lago (comida incluida). Pescadores y cazadores profesionales vendrán a la región, provistos de licencias para ejercer sus actividades, por las que pagarán al día el equivalente a lo que los cazadores y pescadores de la región ganan en un año.

Pero de momento no es más que una ciudad perdida en Siberia, donde un hombre y una mujer mucho más joven que él caminan cerca de un río que ha creado el deshielo. Se sientan en la orilla.

—¿Recuerdas nuestra conversación de ayer en el restaurante?

—Más o menos. Bebí mucho. Recuerdo que Yao no se dejó acobardar cuando se acercó aquel inglés a nuestra mesa.

—Yo hablé del pasado.

—Me acuerdo. Entendí perfectamente lo que decías, porque, en aquel segundo en el que estuvimos en el Aleph, te vi con ojos de amor y de indiferencia, con la cabeza cubierta por una capucha. Me sentía traicionada, humillada. Mis relaciones en mis vidas pasadas no me interesan. Estamos en el presente.

—¿Ves este río que hay frente a nosotros? Pues en la sala de mi casa hay un cuadro con una rosa puesta en un río parecido a éste. La mitad de la pintura desapareció con el agua y las inclemencias del tiempo, de modo que los bordes son irregulares; aun así todavía puedo ver la hermosa rosa roja, pintada sobre un fondo dorado. Conozco a la artista. En 2003, fuimos juntos a un bosque de los Pirineos, descubrimos el riachuelo, que en aquel momento estaba seco, y escondimos el lienzo debajo de las piedras que cubrían su lecho.

»Es mi mujer. En este momento, está físicamente a miles de kilómetros de distancia, durmiendo porque todavía no es de día, aunque aquí ya sean las cuatro de

la tarde. Estamos juntos desde hace más de un cuarto de siglo: cuando la conocí, tuve la absoluta certeza de que lo nuestro no iba a salir bien. Durante los dos primeros años, yo estaba siempre preparado para que alguno de los dos se fuese. Durante los cinco años siguientes, seguí pensando que simplemente nos habíamos acostumbrado el uno al otro, pero que pronto nos íbamos a dar cuenta y cada uno seguiría su destino. Me había convencido a mí mismo de que cualquier compromiso más serio me privaría de «libertad» y me impediría vivir todo lo que deseaba.

Noto que la chica que está a mi lado empieza a sentirse incómoda.

—¿Y eso qué tiene que ver con el río y la rosa?

—Estábamos en el verano de 2002, yo ya era un escritor conocido, tenía dinero y creía que mis valores básicos no habían cambiado. Pero ¿cómo estar absolutamente seguro? Probando. Alquilamos una pequeña habitación en un hotel de dos estrellas en Francia, donde empezamos a pasar cinco meses al año. El armario no podía crecer, de modo que limitamos nuestra ropa a lo esencial. Recorriamos bosques y montañas, cenábamos fuera, pasábamos horas charlando, íbamos al cine todos los días. Vivir en esas condiciones nos confirmó que las cosas más sofisticadas del mundo son precisamente aquellas que están al alcance de todos.

»A ambos nos apasiona lo que hacemos. Para mi trabajo todo lo que necesito es un ordenador portátil. Sucede que mi mujer es... pintora. Y los pintores necesitan gigantescos talleres para producir y guardar sus trabajos. No quería de ninguna manera que sacrificase su vocación por mí, de modo que me propuse alquilar algún local. Sin embargo, mirando a su alrededor, viendo las montañas, los valles, los ríos, los lagos, los bosques, ella pensó: ¿por qué no lo almaceno aquí? ¿Y por qué no dejo que la naturaleza trabaje conmigo?

Hilal no puede dejar de mirar el río.

—De ahí nació la idea de «guardar» las pinturas al aire libre. Yo llevaba el portátil y escribía. Ella se arrodillaba en la hierba y pintaba. Un año después, cuando sacamos los primeros lienzos, el resultado era original y magnífico. El primer cuadro que sacó fue el de la rosa. Hoy, aunque tengamos una casa en los Pirineos, ella sigue enterrando y desenterrando sus pinturas por el mundo. Lo que nació de una necesidad se convirtió en su manera de crear. Yo veo el río, recuerdo la rosa y siento un amor casi palpable, físico, como si ella estuviese aquí.

El viento ya no es tan fuerte como antes, y gracias a eso el sol calienta un poco. La luz a nuestro alrededor no podía ser más perfecta.

—Lo entiendo y lo respeto —dice ella—. Pero dijiste una frase en el restaurante, cuando hablabas del pasado: el amor es más fuerte. El amor es más grande que una persona.

—Sí. Pero el amor está hecho de elecciones.

—En Novosibirsk me hiciste concederte el perdón, y yo te lo concedí. Ahora te

pido: di que me amas.

Le cojo la mano. Miramos el río juntos.

—La ausencia de respuesta también es una respuesta —dice ella.

Yo la abrazo y pongo su cabeza en mi hombro.

—Yo te amo. Te amo porque todos los amores del mundo son como ríos diferentes que corren hacia un mismo lago, y allí se encuentran y se transforman en un amor único que se hace lluvia y bendice la tierra.

»Yo te amo como un río, que crea las condiciones para que la vegetación y las flores crezcan por donde él pasa. Yo te amo como un río, que da de beber al que tiene sed y transporta a la gente hasta donde quiere llegar.

»Yo te amo como un río, que entiende que tiene que correr de manera distinta en una cascada y aprender a reposar en una depresión del terreno. Yo te amo porque todos nacemos en el mismo lugar, en la misma fuente, que sigue alimentándonos siempre con más agua. Así, cuando somos débiles todo lo que tenemos que hacer es esperar un poco. Vuelve la primavera, las nieves del invierno se derriten y vuelven a llenarnos de nueva energía.

»Yo te amo como un río que empieza solitario y débil en una montaña, poco a poco va creciendo y uniéndose a otros ríos que se acercan hasta que, a partir de un determinado momento, puede evitar cualquier obstáculo para llegar a donde desea.

»Entonces, yo recibo tu amor y te entrego mi amor. No el amor de un hombre por una mujer, no el amor de un padre por una hija, no el amor de Dios por sus criaturas. Sino un amor sin nombre, sin explicación, como un río que no puede explicar su curso, simplemente sigue adelante. Un amor que no pide y que no da nada a cambio, simplemente se manifiesta. Nunca voy a ser tuyo, tú nunca vas a ser mía, pero aun así puedo decir: yo te amo, yo te amo, yo te amo.

Puede que fuese la tarde, puede que fuese la luz, pero en aquel momento el Universo parecía estar por fin en armonía. Nos quedamos allí sentados, sin la menor voluntad de volver al hotel, donde Yao ya debía de estar esperándome.

El águila del Baikal

Se va a hacer de noche en cualquier momento. Somos seis personas ante un pequeño barco anclado en la orilla: Hilal, Yao, el chamán, yo y dos mujeres mayores. Todos hablan en ruso. El chamán hace gestos negativos con la cabeza. Yao parece insistir, pero el chamán le da la espalda y vuelve al barco.

Ahora Yao y Hilal discuten. Él parece preocupado, pero creo que se divierte con la situación. Hemos practicado más de una vez el Camino de la Paz y puedo entender las señales de su cuerpo. Está fingiendo una irritación que no siente.

—¿De qué habláis?

—No puedo ir —dice ella—. Tengo que quedarme con estas dos mujeres que no he visto en mi vida. Aguantar una noche entera aquí, en este frío. No hay nadie para llevarme de regreso al hotel.

—Lo que hagamos en la isla también lo vas a experimentar aquí con ellas —explica Yao—. Pero no podemos romper una tradición. Yo se lo avisé, pero él insistió en traerte. Tenemos que irnos, porque hay un momento exacto: lo que vosotros llamáis Aleph, yo *ki* y los chamanes seguramente conocen con otro nombre. No vamos a tardar, estaremos de vuelta en dos horas.

—Vamos —digo, cogiendo a Yao por el brazo y conduciéndolo al barco.

Me vuelvo hacia Hilal con una sonrisa en la cara:

—No te ibas a quedar encerrada en el hotel por nada del mundo, sabiendo que puedes experimentar algo totalmente nuevo. Si es bueno o malo, no lo sé. Pero es diferente a cenar sola.

—¿Y tú, acaso crees que unas hermosas palabras de amor son suficientes para alimentar el corazón? Entiendo perfectamente que amas a tu mujer, pero ¿podrías por lo menos recompensarme un poco por todos los universos que te ofrezco?

Doy media vuelta y me dirijo al barco. Otra vez una discusión estúpida.

El chamán pone en marcha el motor y coge el timón. Nos dirigimos a lo que parece ser una roca a unos doscientos metros de la orilla. Calculo que llegaremos en menos de diez minutos.

—Ahora que ya no puedo echarme atrás, ¿por qué insististe tanto en que lo conociera? Fue lo único que me pediste en este viaje, aunque me hayas dado mucho a cambio. No me refiero sólo a las luchas de aikido. Siempre que fue necesario me ayudaste a mantener el equilibrio en el tren, tradujiste mis palabras como si fuesen tuyas e incluso ayer me demostraste la importancia de entrar en una lucha simplemente por respeto al adversario.

Yao está un poco incómodo, moviendo la cabeza de un lado a otro, como si fuera

responsable de la seguridad del barco.

—Pensé que te gustaría conocerlo por las cosas que te interesan...

—No es una buena respuesta. Si quisiese conocerlo, te lo habría pedido.

Por fin me mira, moviendo afirmativamente la cabeza.

—Te lo pedí porque hice la promesa de volver aquí en mi siguiente viaje por la región. Podría haber venido solo, pero firmé un contrato con la editora en el que garantizaba que estaría todo el tiempo a tu lado. A ellos no les gustaría.

—A veces no necesito a gente todo el tiempo a mi lado. Y a ellos tampoco les importaría que me quedase en Irkutsk.

La noche cae más rápido de lo que yo esperaba. Yao cambia el rumbo de la conversación:

—Este hombre que conduce el barco es capaz de hablar con mi mujer. Sé que no es mentira, porque ninguna otra persona en el mundo podría saber ciertas cosas. Además salvó a mi hija. Consiguió lo que ningún médico de los excelentes hospitales de Moscú, Pekín, Shangai y Londres fue capaz de hacer. Y no pidió nada a cambio, sólo que volviese a visitarlo. Sucede que esta vez estoy contigo. Tal vez consiga entender cosas que mi cerebro se niega a aceptar.

La roca que hay en medio del lago se acerca; llegaremos en menos de un minuto.

—Eso es una respuesta. Gracias por la confianza. Estoy en uno de los lugares más hermosos del mundo, en este atardecer espléndido, escuchando el ruido de las olas que golpean el barco. Así que conocer a este hombre es una de las muchas bendiciones que han sucedido durante todo este viaje.

Salvo el día en que habló de su dolor por la pérdida de su mujer, Yao nunca había demostrado sentimiento alguno. Ahora coge mi mano, la pone sobre su pecho y la aprieta con fuerza. El barco da contra una pequeña faja de piedras que hace las veces de fondeadero.

—Gracias. Muchas gracias.

Subimos hasta lo alto de la roca. Aún se puede ver el horizonte rojo. A nuestro alrededor sólo hay vegetación rastrera y, al este, unos tres o cuatro árboles cuyas hojas todavía no han brotado. En uno de ellos, restos de ofrendas y un esqueleto de animal balanceándose en una rama. El viejo chamán inspira respeto y sabiduría; no me va a enseñar nada nuevo, porque ya he recorrido muchos caminos y sé que todos se encuentran en el mismo lugar. Aun así, veo que es serio en sus intenciones. Mientras prepara el ritual, mi mente procura recordar todo lo que aprendí respecto a su papel en la historia de la civilización.

Antiguamente, las tribus tenían dos figuras destacadas. La primera era el líder: el

más valiente, lo suficientemente fuerte para derrotar a otros hombres que lo desafiaban, lo bastante inteligente para escapar a conspiraciones en la eterna lucha por el poder, que no sólo se da hoy, sino que nace en la noche de todos los tiempos. Una vez establecido en su cargo, pasaba a ser el responsable de la protección y el bienestar de su pueblo en el mundo físico. Con el paso del tiempo, lo que era elección natural acabó corrompiéndose, y la figura del líder pasó a ser transmitida hereditariamente. Es el principio de la perpetuación del poder, de donde surgen los emperadores, los reyes, los dictadores.

Más importante que el líder, sin embargo, era el chamán. Ya en la aurora de la humanidad los hombres percibían la presencia de una fuerza mayor, razón de la vida y de la muerte, sin que pudiera explicarse muy bien de dónde venía. Junto con el nacimiento del amor, surgió la necesidad de una respuesta al misterio de la existencia. Los primeros chamanes eran mujeres, fuentes de vida; como no estaban ocupadas con la caza ni con la pesca, se dedicaban a la contemplación y acabaron por sumergirse en los misterios sagrados. La Tradición se transmitía siempre a las más capaces, que vivían aisladas y por eso eran en su mayoría vírgenes. Trabajaban en un plano diferente, equilibrando las fuerzas del mundo espiritual con las del físico.

El proceso era casi siempre el mismo: el chamán del grupo entraba en trance a través de la música (normalmente percusión), bebía y administraba pociones que encontraba en la naturaleza, su alma salía del cuerpo y entraba en el universo paralelo. Allí encontraba a los espíritus de las plantas, de los animales, de los muertos y de los vivos, que convivían en un punto único, lo que Yao llama la energía *ki* y al que yo me refiero como Aleph. Dentro de este punto único, ella encontraba sus guías, equilibraba las energías, curaba las enfermedades, provocaba las lluvias, restauraba la paz, descifraba los símbolos y señales enviados por la naturaleza, castigaba a cada individuo que entorpeciese el contacto de la tribu con el Todo. En aquel entonces, como el viaje en busca de comida obligaba a la tribu a estar siempre en un lugar diferente, no era posible construir templos o altares de adoración. Estaba simplemente el Todo, en cuyo vientre caminaba la tribu.

De la misma manera que sucedió con los líderes, la función de los chamanes fue corrompida. Como la salud y la protección del grupo dependían de la armonía con el bosque, el campo y la naturaleza, las mujeres responsables del contacto espiritual — el alma de la tribu— pasaron a ser investidas como gran autoridad, generalmente mayor que la del líder. En un momento que la historia no sabe precisar (aunque se cree que fue después del descubrimiento de la agricultura y del fin del nomadismo), el don femenino fue usurpado por el hombre. La fuerza excedió la armonía. Las cualidades naturales de esas mujeres ya no se tenían en cuenta; lo que importaba era el poder que tenían.

El siguiente paso fue organizar el chamanismo —ahora masculino— en una

estructura social. Nacieron las primeras religiones. La sociedad había cambiado y ya no era nómada, pero el respeto y el temor al líder y al chamán estaban (y permanecen) enraizados de manera definitiva al alma de los seres humanos. Conscientes de ello, los sacerdotes se asociaron con los líderes para mantener al pueblo sumiso. El que desafiaba a los gobernantes era amenazado con el castigo de los dioses. En un momento dado, las mujeres empezaron a reclamar que les devolviesen el papel de chamanes, porque el mundo sin ellas se dirigía al enfrentamiento. Pero siempre que eso sucedía, eran inmediatamente apartadas, tratadas como herejes y prostitutas. Si la amenaza era realmente fuerte, el sistema no dudaba en castigarlas con la hoguera, la lapidación y, en casos más blandos, el exilio. La historia de la civilización no dejó vestigios de religiones femeninas; sólo sabemos que los objetos mágicos más antiguos descubiertos por arqueólogos representan a diosas.

Pero todo eso se perdió en las arenas del tiempo. De la misma manera que el poder mágico, al ser usado sólo para fines terrenales, acabó diluido y sin fuerza. Lo único que permaneció fue el miedo a los castigos divinos.

Delante de mí hay un hombre, y no una mujer, aunque las mujeres que se quedaron en la orilla con Hilal seguramente tienen el mismo poder que él. No cuestiono su presencia, ambos sexos poseen el mismo don de entrar en contacto con lo desconocido, siempre que estén abiertos hacia su «lado femenino». Mi falta de entusiasmo en venir hasta aquí fue porque sé cómo la humanidad se apartó del origen, del contacto con el Sueño de Dios.

Está encendiendo el fuego en un agujero que protegerá las llamas del viento que no deja de soplar, coloca una especie de tambor a su lado, abre una botella con algún tipo de líquido que desconozco. El chamán en Siberia —donde se originó el término— sigue los mismos rituales que el brujo en los bosques de la Amazonia, que los hechiceros en México, que los sacerdotes de candomblé africano, que los espiritistas de Francia, que los curanderos de las tribus indígenas americanas, que los aborígenes de Australia, que los carismáticos de la Iglesia católica, que los mormones de Utah y así sucesivamente.

En esa semejanza reside la gran sorpresa de esas tradiciones que parecen vivir en eterno conflicto unas con las otras. Se encuentran en un único plano espiritual y se manifiestan en diversos lugares del mundo, aunque jamás se hayan comunicado en el plano físico. Ahí está la Mano Superior que dice:

«A veces mis hijos tienen ojos y no ven. Tienen oídos y no oyen. Así, les exigiré a algunos que no sean sordos ni ciegos para mí. Aunque sea un precio alto, serán los responsables de mantener viva la Tradición, y un día Mis bendiciones volverán a la Tierra.»

El chamán empieza a tocar su tambor de manera rítmica, aumentando ligeramente la cadencia. Le dice algo a Yao, que después me traduce:

—No ha utilizado ese término, pero el *ki* llegará con el viento.

El viento aumenta. Aunque estoy bien abrigado —anorak especial, guantes, gorro de lana gorda y bufanda que sólo me deja los ojos a la vista—, no es suficiente. Mi nariz parece haber perdido la sensibilidad, pequeños cristales de hielo se acumulan en mis cejas y en la perilla. Yao está sentado sobre sus piernas, con una postura elegante. Intento hacer lo mismo, pero cambio de posición todo el rato, ya que los pantalones que llevo son comunes y el viento atraviesa el tejido y me adormece los músculos, produciéndome calambres dolorosos.

Las llamas danzan salvajemente, pero se mantienen encendidas. El ritmo del tambor se acelera. En este momento el chamán intenta hacer que su corazón acompañe los golpes de su mano en el cuero del instrumento, cuya parte inferior tiene una abertura para que puedan entrar los espíritus. En las tradiciones afrobrasileñas, ése es el momento en el que el médium o sacerdote deja salir su alma, permitiendo que otra entidad más experimentada ocupe su cuerpo. La única diferencia es que en mi país no hay un momento exacto para que aquello que Yao llamó *ki* se manifieste.

Dejo de ser un mero observador y decido participar en el trance. Procuro que mi corazón también acompañe los golpes, cierro los ojos, vacío mi pensamiento, pero el frío y el viento me impiden llegar más lejos. Tengo que cambiar otra vez de posición; abro los ojos y veo que ahora tiene algunas plumas en la mano que sujeta el tambor, posiblemente de un raro pájaro local. Según las tradiciones en todos los lugares del mundo, los pájaros son mensajeros de lo Divino. Son ellos los que ayudan al hechicero a subir hasta lo alto y a hablar con los espíritus.

Yao también tiene los ojos abiertos; el éxtasis es del chamán, y sólo suyo. El viento aumenta de intensidad y yo siento cada vez más frío, pero el chamán está impasible. El ritual continúa: abre una botella con un líquido que me parece de color verde, bebe, se la da a Yao, que también bebe y me la pasa. Por respeto, hago lo mismo: pruebo aquella mezcla azucarada, con una ligera graduación alcohólica, y le devuelvo la botella al chamán.

El ritmo del tambor continúa, interrumpido sólo por dibujos que el hombre garabatea en el suelo. Nunca he visto esos símbolos, me recuerdan a algún tipo de escritura desaparecida hace mucho tiempo. De su garganta salen ruidos extraños, que parecen voces de pájaros ampliadas muchas veces. El tambor suena cada vez más fuerte y más rápido; ahora parece que el frío no me molesta tanto y de repente el viento se detiene.

Nadie tiene que explicarme nada: lo que Yao llama *ki* acaba de presentarse. Los tres nos entrevemos, hay una especie de calma, la persona que está frente a mí no es la misma que condujo el barco o que le pidió a Hilal que se quedase en la orilla: sus facciones han cambiado, dándole un aire más joven y femenino.

Durante un tiempo que no puedo precisar, él y Yao hablan en ruso. Un destello aparece en el horizonte, está saliendo la luna. La acompaño en su nuevo viaje por el cielo, los rayos plateados se reflejan en las aguas del lago, que de repente están tranquilas. A mi izquierda, se encienden las luces de la pequeña aldea. Estoy tranquilo, procurando absorber lo máximo de este momento que no esperaba vivir, pero que estaba en mi camino, como muchos otros. Ojalá lo inesperado tenga siempre esa apariencia tan bonita y pacífica.

Finalmente —usando a Yao como traductor— el chamán me pregunta qué he venido a hacer.

—Acompañar a un amigo que prometió volver aquí. Rendirle respeto a su arte. Y poder contemplar el misterio a su lado.

—El hombre que está a tu lado no cree en nada —dice el chamán, siempre traducido por Yao—. Ha venido aquí varias veces para hablar con su esposa y, aun así, no cree. ¡Pobre mujer! En vez de poder caminar junto a Dios mientras espera el momento de su regreso a la Tierra, tiene que volver constantemente para consolar a este infeliz. ¡Deja el calor del Sol divino y afronta este miserable frío de Siberia

porque el amor no la deja partir!

El chamán suelta una carcajada.

—¿Por qué no se lo explicas a él?

—Ya se lo he explicado. Pero tanto él como la mayoría de la gente que conozco no se conforman con lo que consideran una pérdida.

—Puro egoísmo.

—Sí, puro egoísmo. Quieren que el tiempo se pare o que vuelva atrás. Y por culpa de eso no dejan que las almas caminen hacia adelante.

El chamán suelta otra carcajada.

—Mató a Dios en el momento en que su mujer pasó a otro plano. Volverá aquí una, dos, diez veces e intentará volver a hablar con ella. No viene a pedir ayuda para entender mejor la vida. Quiere que las cosas se adapten a su manera de ver la vida y la muerte.

Hace una pausa. Mira a su alrededor. Ya es completamente de noche, la escena está iluminada solamente por la luz de las llamas.

—No sé curar la desesperación cuando la gente encuentra consuelo en ella.

—¿Con quién hablo?

—Tú crees.

Repito la pregunta.

—Valentina.

Una mujer.

—El hombre que está a mi lado puede ser un poco alocado cuando se trata del espíritu, pero es un ser humano excelente, preparado para vivirlo casi todo, menos lo que llama la «muerte» de su esposa. El hombre que está a mi lado es un buen hombre.

El chamán asiente con la cabeza.

—Tú también. Has acompañado a un amigo que está a tu lado hace mucho tiempo. Mucho antes de que os conocieseis en esta vida. Como yo también te conozco desde hace mucho tiempo.

Otra carcajada.

—Nosotros tres ya nos hemos visto en otro lugar, antes de enfrentarnos juntos al mismo destino, eso que tu amigo llama «muerte», en una batalla. No sé en qué país, pero fueron heridas de bala. Todos los guerreros vuelven a encontrarse siempre. Forma parte de la ley divina.

Echa algunas hierbas al fuego, explicando que ya lo hicimos en otra vida, sentarnos alrededor de la hoguera para hablar de nuestras aventuras.

—Tu espíritu habla con el águila del lago Baikal, que lo mira y lo vigila todo, ataca a los enemigos, protege y defiende a los amigos.

Como para confirmar sus palabras, oímos un pájaro a lo lejos. La sensación de frío ha sido sustituida por bienestar. Vuelve a tendernos la botella.

—La bebida fermentada está viva, va de la juventud a la vejez. Cuando llega a la madurez es capaz de destruir el Espíritu de la Inhibición, el Espíritu de la Falta de Relaciones Humanas, el Espíritu del Miedo, el Espíritu de la Ansiedad. Sin embargo, si se bebe más de la cuenta, se rebela y trae el Espíritu de la Derrota y de la Agresión. Todo es una cuestión de saber el punto que no se debe sobrepasar.

Bebemos y celebramos.

—En este momento tu cuerpo está en la tierra, pero tu espíritu está conmigo aquí en las alturas, y eso es todo lo que puedo ofrecerte: un paseo por los cielos del Baikal. No has venido a pedirme nada, por tanto no te daré nada aparte de este paseo. Espero que te inspire para seguir haciendo lo que haces.

»Sé bendecido. De la misma manera que estás transformando tu vida, transforma la de los demás a tu alrededor. Cuando te pidan, no olvides dar. Cuando llamen a tu puerta, no dejes de abrir. Cuando pierdan algo y se dirijan a ti, haz lo que puedas y encuentra lo que se haya perdido. Pero antes pide, llama a la puerta y descubre todo lo que está perdido en tu vida. Un cazador sabe lo que le espera: devorar la presa o ser devorado por ella.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Ya has vivido eso antes y volverás a vivirlo muchas veces —continúa el chamán—. Un amigo de tus amigos es amigo del águila del Baikal. No va a pasar nada especial esta noche; no vas a tener visiones, ni experiencias mágicas, ni trances para comunicarte con los vivos ni con los muertos. No vas a recibir ningún poder especial. Simplemente estarás exultante de alegría mientras el águila del Baikal le muestra el lago a tu alma. No ves nada, pero tu espíritu en este momento se regocija en las alturas.

Mi espíritu se regocija en las alturas y no veo nada. No es necesario: sé que dice la verdad. Cuando vuelva al cuerpo, será más sabio y estará más tranquilo que nunca.

El tiempo se para, porque ya no soy capaz de contarlo. Las llamas se mueven, proyectando extrañas sombras en la cara del chamán, pero yo no estoy sólo allí. Dejo que mi espíritu pasee, lo necesitaba, después de tanto esfuerzo y de tanto trabajo a mi lado. Ya no siento frío. Ya no siento nada; soy libre y así seguiré mientras el águila del Baikal sobrevuela el lago y las montañas nevadas. Lástima que el espíritu no me pueda contar lo que ha visto; pero, después de todo, no tengo necesidad de saber todo lo que me pasa.

El viento empieza a soplar de nuevo. El chamán hace una profunda reverencia de la tierra hacia el cielo. El fuego, que estaba tan bien protegido, de repente se apaga. Miro hacia la luna bien alta en el cielo, puedo ver el bulto de varios pájaros volando a nuestro alrededor. El hombre ha envejecido otra vez, parece cansado, está metiendo el tambor en una gran bolsa bordada.

Yao se acerca a él, mete la mano en el bolsillo izquierdo, saca un puñado de

monedas y de billetes. Yo hago lo mismo.

—Mendigamos por el águila del Baikal. Aquí está lo que recibimos.

Hace una reverencia, agradece el dinero y bajamos sin prisa hacia el barco. La isla sagrada de los chamanes tiene su espíritu propio, está oscuro y nunca sabemos si estamos poniendo el pie en el lugar correcto.

Cuando llegamos a la orilla, buscamos a Hilal, y las dos mujeres nos explican que ya ha vuelto al hotel. Sólo entonces me doy cuenta de que el chamán no mencionó ni una sola palabra sobre ella.

El miedo al miedo

La calefacción de la habitación está al máximo. Antes incluso de buscar el interruptor de la luz, me quito el abrigo, el gorro, la bufanda y me dirijo a la ventana con la intención de abrirla para renovar un poco el aire. Como el hotel queda en una pequeña colina, puedo ver cómo se van apagando las luces de la aldea. Me quedo un poco allí, imaginando las maravillas que mi espíritu habrá presenciado. Y cuando me voy a dar la vuelta, escucho la voz.

—No te vuelvas.

Hilal está allí. Y el tono con el que lo ha dicho me asusta. Habla en serio.

—Estoy armada.

No, no puede ser. A no ser que aquellas mujeres...

—Retrocede un poco.

Hago lo que me manda.

—Un poco más. Ahora da un paso a la derecha. Ahí, no te muevas más.

Ya no pienso, el instinto de supervivencia se ha apoderado de mis reacciones. En segundos la mente procesa las posibilidades que tengo de sobrevivir: tirarme al suelo, intentar establecer una conversación, o simplemente aguardar su próximo paso. Si está realmente decidida a matarme, no tardará mucho, pero si no dispara en el próximo minuto, se pondrá a hablar y las probabilidades estarán de mi parte.

Un ruido ensordecedor, una explosión y me veo cubierto de trozos de cristal. La lámpara que estaba sobre mi cabeza había estallado.

—En la mano derecha tengo el arco, en la izquierda mi violín. No te vuelvas.

No lo hago, pero respiro hondo. No había ninguna magia ni efecto especial en lo que acababa de suceder: los cantantes de ópera consiguen el mismo efecto con la voz; romper copas de champán, por ejemplo, haciendo que el aire vibre con tal frecuencia que las cosas muy frágiles acaban rompiéndose.

Otra vez el arco toca las cuerdas, arrancando el sonido estridente.

—Sé todo lo que pasó. Lo vi. Las mujeres me condujeron hasta allí sin necesidad de un anillo de luz.

Lo vio.

Un peso inmenso sale de mi espalda llena de fragmentos de la lámpara. El viaje a aquel lugar, sin que Yao lo supiese, era también mi viaje de regreso a mi reino. No tenía que decir nada. Ella lo había visto.

—Me abandonaste cuando más te necesitaba. Morí por tu culpa y he vuelto para asustarte.

—No me asustas. No me asustas. Fui perdonado.

—Forzaste mi perdón. Te perdoné sin saber exactamente qué estaba haciendo.

Otro acorde agudo y desagradable.

—Si quieres, retira tu perdón.

—No quiero. Estás perdonado. Y, si tuviera que perdonarte setenta veces siete, lo haría. Pero las imágenes aparecieron confusas en mi cabeza. Necesito que me cuentes exactamente lo que pasó. Sólo recuerdo que estaba desnuda, tú me mirabas, yo les decía a todos que te amaba y por eso me condenaban a muerte. Mi amor me condenó.

—¿Puedo darme la vuelta?

—Todavía no. Antes cuéntame qué pasó. Todo lo que sé es que en una vida pasada morí por tu culpa. Puede haber sido aquí, puede haber sido en cualquier lugar del mundo, pero me sacrifiqué en nombre de un amor, para salvarlo.

Mis ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad, pero el calor en la habitación es insoportable.

—¿Qué hicieron exactamente las mujeres?

—Nos sentamos en la orilla del lago, encendieron una hoguera, tocaron un tambor, entraron en trance y me dieron algo de beber. Al beber, empezaron esas visiones confusas. Duraron muy poco. Sólo recuerdo lo que te acabo de contar. Pensé que no era más que una pesadilla, pero ellas me aseguraron que ya estuvimos juntos en una vida pasada. Tú me dijiste lo mismo.

—No. Sucedió en el presente, está sucediendo ahora. En este momento estoy en una habitación de hotel en Siberia, en una aldea cuyo nombre desconozco. También estoy en un calabozo cerca de Córdoba, en España. Estoy con mi mujer en Brasil, con las muchas mujeres que he tenido, y en alguna de esas vidas soy mujer. Toca.

Me quito el jersey. Ella se pone a tocar una sonata que no fue hecha para violín; mi madre la tocaba al piano cuando yo era niño.

—Hubo una época en la que el mundo también era mujer, su energía era hermosa, la gente creía en milagros, el momento presente era todo lo que tenía y debido a ello el tiempo no existía. Los griegos tienen dos palabras para el tiempo. La primera es Kairos, el tiempo de Dios, la eternidad. De repente algo cambió. La lucha por la supervivencia, la necesidad de saber dónde plantar para poder recoger y el tiempo tal como lo vivimos hoy pasaron a formar parte de nuestra historia. Los griegos llaman a eso Cronos; los romanos, Saturno, un dios que lo primero que hizo fue devorar a sus hijos. Pasamos a ser esclavos de la memoria. Sigue tocando y te lo explico mejor.

Ella sigue tocando. Empiezo a llorar, pero aun así prosigo:

—En este momento estoy en un jardín en un pueblo, sentado en un banco frente a mi casa, mirando al cielo e intentando descubrir lo que la gente quiere decir cuando usa la expresión «construir castillos en el aire», que oí hace una hora. Tengo siete años. Estoy intentando construir un castillo dorado, pero tengo dificultades para concentrarme. Mis amigos cenar en sus casas, mi madre está tocando esta misma pieza que escucho ahora, pero al piano. Si no fuese por la necesidad de narrar lo que siento, estaría totalmente allí. El olor a verano, las cigarras que cantan en los árboles,

y yo pensando en la niña de la que estoy enamorado.

No estoy en el pasado, estoy en el presente. Ahora soy aquel niño que fui. Siempre seré aquel niño, todos seremos los niños, los adultos, los viejos que fuimos y que volveremos a ser. No estoy RECORDANDO. Estoy VIVIENDO de nuevo este tiempo.

No soy capaz de continuar. Pongo las manos en la cara y lloro, mientras ella toca cada vez con más intensidad, más perfección, transportándome a los muchos que soy en esta vida. No lloro por mi madre que se fue, porque ella está aquí ahora, tocando para mí. No lloro por el niño que, sorprendido por aquella expresión tan complicada, intenta construir su castillo dorado que desaparece a cada segundo. El niño también está aquí escuchando a Chopin, sabe lo bonita que es la pieza, ¡ya la ha escuchado muchas veces y le gustaría escucharla muchas más! Lloro porque no hay otra manera de manifestar lo que siento: ESTOY VIVO. En cada poro, en cada célula de mi cuerpo, estoy vivo, nunca nací y nunca morí.

Puedo tener mis momentos de tristeza, mis confusiones mentales, pero por encima de mí está el gran Yo, que lo comprende todo y se ríe de mis angustias. Lloro por lo efímero y por la eternidad, por saber que las palabras son más pobres que la música, y por eso nunca voy a ser capaz de describir este momento. Dejo que Chopin, Beethoven, Wagner me conduzcan al pasado que es presente; su música es más poderosa que todos los anillos dorados que conozco.

Lloro mientras Hilal toca. Y ella toca hasta que yo me canso de llorar.

Se dirige al interruptor. La lámpara rota explota en un cortocircuito. La habitación sigue a oscuras; se dirige a la mesilla y enciende la lámpara.

—Ahora te puedes volver.

Cuando mis ojos se acostumbran a la claridad, puedo verla completamente desnuda, con los brazos abiertos y el violín y el arco en las manos.

—Hoy me dijiste que me amabas como un río. Ahora quiero decirte que te amo como la música de Chopin. Simple y profunda, azul como el lago, capaz de...

—La música habla por sí misma. No tienes que decir nada.

—Tengo miedo. Mucho miedo. ¿Qué fue realmente lo que vi?

Yo le describo en detalle todo lo que sucedió en la celda, mi cobardía y la cría que yo veía exactamente como ella estaba ahora, pero con las manos atadas a cuerdas que no eran de un arco ni de un violín. Ella escucha en silencio, manteniendo los brazos abiertos, absorbiendo cada una de mis palabras. Estamos los dos de pie en el centro de la habitación, su cuerpo es blanco como el de la muchacha de quince años que en este momento es conducida a una hoguera cerca de la ciudad de Córdoba. No voy a poder salvarla, sé que va a desaparecer en las llamas junto a sus amigas. Ya sucedió una vez, sucede muchas otras veces, y volverá a suceder mientras el mundo siga

existiendo. Le comento que aquella niña tenía vello púbico y que la que está ahora delante de mí se ha afeitado el suyo, algo que considero abominable, como si todos los hombres buscaran siempre a una niña para tener relaciones sexuales. Le pido que no vuelva a hacerlo, ella me promete que no va a volver a afeitarlo.

Le enseño mis eccemas en la piel, que parecen más visibles y activos que nunca, le explico que son marcas del mismo lugar y del mismo pasado. Le pregunto si recuerda lo que me dijo, o lo que dijeron las otras, mientras se dirigían a la hoguera. Ella hace un gesto negativo con la cabeza.

—¿Me deseas?

—Mucho. Estamos aquí solos, en este lugar único del planeta, tú estás desnuda frente a mí. Te deseo mucho.

—Tengo miedo de mi miedo. Me pido perdón a mí misma no por estar aquí, sino porque siempre he sido egoísta en mi dolor. En vez de perdonar, busqué la venganza. No porque fuese más fuerte, sino porque siempre me he sentido más débil. Mientras hería a los demás, me hería aún más a mí misma. Humillaba para sentirme humillada, atacaba para sentirme violentada por mis propios sentimientos.

»Sé que no soy la única que ha pasado por el tipo de cosas que comenté en la mesa de la embajada de manera tan trivial: ser violada por un vecino que era amigo de mi familia. Aquella noche dije que no era tan raro y estoy segura de que por lo menos una de aquellas mujeres había sufrido abusos sexuales en la infancia. Aun así, no todas se comportan de la misma manera que yo. No consigo estar en paz conmigo misma.

Respira hondo, buscando palabras, y continúa:

—No consigo superar aquello que todo el mundo supera. Tú buscas tu tesoro y yo soy parte de él. Aun así me siento una extranjera en mi propia piel. No quiero echarme en tus brazos, besarte y hacer el amor contigo ahora por una única razón: no tengo coraje, tengo miedo de perderte. Pero, mientras tú buscabas tu reino, yo me encontraba a mí misma, hasta que, en un momento dado del viaje, dejé de progresar. Fue cuando me volví más agresiva. Me siento rechazada, inútil, y no hay nada que puedas decir que me vaya a hacer cambiar de idea.

Me siento en la única silla de la habitación y le pido que se siente en mi regazo. Su cuerpo también está sudado a causa del calor de la habitación. Ella mantiene el violín y el arco en las manos.

—Tengo muchos miedos —le digo—. Y voy a seguir teniéndolos. No voy a intentar explicarte nada. Pero hay algo que puedes hacer en este momento.

—No quiero seguir diciéndome a mí misma que esto se me va a pasar algún día. No es así. ¡Tengo que aprender a convivir con mis demonios!

—Espera. No he hecho este viaje para salvar el mundo, y mucho menos para salvarte a ti. Pero la Tradición mágica dice que es posible transferir el dolor. No

desaparece, pero se va perdiendo a medida que lo transfieres a otro lugar. Has estado haciéndolo de manera inconsciente toda la vida. Ahora te sugiero que lo hagas de manera consciente.

—¿No te apetece hacer el amor conmigo?

—Mucho. En este momento, a pesar de que la habitación está muy caliente, puedo sentir un calor todavía más fuerte en las piernas, en el lugar en el que me está tocando tu sexo. No soy un superhombre. Por eso te pido que transfieras tu dolor y mi deseo.

Le pido que se levante, que vaya a su habitación y que toque hasta quedar exhausta.

—Somos los únicos en esta posada, de modo que nadie se va a quejar por el ruido. Pon todo tu sentimiento en la música y mañana haz lo mismo. Siempre que toques, recuerda que aquello que tanto daño te hizo se ha convertido en un don. Al contrario de lo que dices, otras personas jamás superan el trauma, simplemente lo esconden en un lugar que no visitan nunca. Pero, en tu caso, Dios te ha mostrado el camino. La fuente de regeneración está en este momento en tus manos.

—Te amo como amo a Chopin. Siempre he deseado ser pianista, pero el violín era todo lo que mis padres podían comprar en aquella época.

—Yo te amo como un río.

Ella se levanta y se pone a tocar. El cielo escucha la música, los ángeles bajan para ver conmigo a esa mujer desnuda que a veces se queda quieta, a veces balancea su cuerpo acompañando al instrumento. Yo la deseé e hice el amor con ella, sin tocarla y sin tener un orgasmo. No porque yo fuese el hombre más fiel del mundo, sino porque ésa era la manera de que nuestros cuerpos se encontrasen, con los ángeles viéndolo todo.

Por tercera vez esa noche —cuando mi espíritu voló con el águila del Baikal, cuando escuché la canción de la infancia y ahora—, el tiempo se había parado. Estaba allí totalmente, sin pasado y sin futuro, viviendo con ella la música, la oración inesperada, la gratitud por haber salido en busca de mi reino. Me acosté en la cama, y ella siguió tocando. Me quedé dormido con el sonido de su violín.

Me desperté con el primer rayo de sol, fui hasta su habitación y vi su cara; por primera vez, parecía tener realmente veintiún años. La desperté delicadamente y le pedí que se vistiese porque Yao nos esperaba para desayunar. Teníamos que volver pronto a Irkutsk, pues el tren iba a salir en unas horas.

Bajamos, comemos pescado marinado (es la única alternativa a estas horas) y oímos el ruido del coche que viene a buscarnos. El chófer nos da los buenos días, coge nuestras mochilas y las mete en el maletero.

Salimos y el sol brilla, el cielo está limpio, sin viento; las montañas nevadas a lo lejos son claramente visibles. Paro para despedirme del lago, sabiendo que posiblemente nunca más voy a volver aquí. Yao y Hilal entran en el coche, el chófer pone en marcha el motor.

Pero no soy capaz de moverme.

—Vamos. Tenemos una hora de margen, por si hay algún accidente en la carretera, pero no quiero correr ningún riesgo.

El lago me llama.

Yao se baja del coche y se acerca.

—Tal vez esperabas más del encuentro con el chamán, pero para mí fue importante.

No, esperaba menos. Más tarde le contaré lo que pasó con Hilal. Ahora veo el lago amaneciendo, con el sol, sus aguas reflejando cada rayo. Mi espíritu lo visitó con el águila del Baikal, pero necesito conocerlo mejor.

—En fin, a veces las cosas no son como pensamos —prosigue—. Pero, en cualquier caso, te agradezco que hayas venido.

—¿Es posible desviarse del camino que Dios ha trazado? Sí, pero siempre es un error. ¿Es posible evitar el dolor? Sí, pero nunca aprenderás nada. ¿Es posible conocer las cosas sin experimentarlas verdaderamente? Sí, pero nunca formarán realmente parte de ti.

Y con esas palabras voy andando hacia las aguas que me llaman. Primero despacio, dubitativo, sin saber si voy a conseguir llegar hasta allí. Poco a poco, notando que la razón me empuja hacia atrás, aumento la velocidad, corro, mientras me voy quitando la ropa de invierno. Cuando llego a la orilla del lago, estoy en calzoncillos. Durante un momento, una fracción de segundo, dudo. Pero la duda no puede impedirme seguir adelante. El agua helada toca mis pies, mis tobillos, noto que el fondo está lleno de piedras y me cuesta mantener el equilibrio, pero aun así sigo adelante, hasta que el lugar sea lo suficientemente profundo para:

¡SUMERGIRME!

Mi cuerpo entra en el agua helada, siento que miles de agujas se clavan en mi piel, aguanto cuanto puedo, tal vez algunos segundos, tal vez una eternidad, y luego vuelvo a la superficie.

¡Verano! ¡Calor!

Más tarde descubriría que todo el que pasa de un lugar extremadamente helado a otro con temperatura más alta experimenta la misma sensación. Allí estaba yo, sin camisa, con el agua del Baikal hasta las rodillas, alegre como un niño porque me envolvía toda aquella fuerza que ahora formaba parte de mí.

Yao y Hilal me han seguido y me miran desde la orilla. Increíbles.

—¡Venid! ¡Venid!

Ambos empiezan a desnudarse. Hilal no lleva nada debajo, está otra vez completamente desnuda, pero ¿qué importa? Algunas personas se reúnen en el muelle y nos observan. Pero ¿qué importa eso también? El lago es nuestro. El mundo es nuestro.

Yao entra primero, no nota el fondo irregular y se cae. Vuelve a levantarse, anda un poco más y se sumerge. Hilal debe de haber levitado entre las piedras, porque entra corriendo, va más lejos que todos nosotros, se sumerge largamente, abre los brazos hacia el cielo y se ríe, se ríe como una loca.

Desde el momento en el que me puse a correr hacia el lago hasta que salimos, no pasaron más de cinco minutos. El chófer, preocupadísimo, llega corriendo también con unas toallas que ha conseguido en el hotel. Nosotros tres saltamos de alegría, abrazados, cantando, gritando y diciendo «¡Se está caliente aquí fuera!», como los niños que nunca, nunca, en nuestra vida dejaremos de ser.

La ciudad

Ajusto el reloj por última vez en este viaje: son las cinco de la mañana del 30 de mayo de 2006. En Moscú, a siete horas de diferencia, la gente todavía está cenando en la noche del día 29.

Todos en el vagón se han despertado temprano o no han conseguido dormir. No por culpa del balanceo del tren, al cual ya nos hemos acostumbrado, sino porque dentro de nada llegaremos a Vladivostok, la estación final. Pasamos esos dos días en el vagón, gran parte del tiempo alrededor de esa mesa que durante toda esta eternidad ha sido el centro de nuestro universo. Comemos, contamos historias y les describo las sensaciones al sumergirme en el Baikal, aunque estaban más interesados por el encuentro con el chamán.

Mis editores tuvieron una idea genial: avisar a las siguientes ciudades en las que había paradas de la hora a la que iba a llegar el tren. Fuera de noche o de día yo me bajaba del vagón, la gente me esperaba en el andén, me daban libros para firmar, me daban las gracias y yo les daba las gracias a ellos. A veces nos quedábamos cinco minutos, otras veinte. Me bendecían, y yo aceptaba todas las bendiciones que me daban, tanto señoras mayores de largos abrigos, botas y pañuelo en la cabeza como chicos que salían de trabajar o que volvían a casa, generalmente vestidos con una simple camisa de trabajo, como diciéndoles a todos: «Soy más fuerte que el frío.»

El día anterior decidí recorrer todo el tren. Siempre lo pensaba, pero acababa dejándolo para otro día, ya que nos quedaba un largo viaje por delante. Hasta que me di cuenta de que ya casi estábamos llegando.

Le pedí a Yao que me acompañase. Abrimos y cerramos una infinidad de puertas, imposible contar cuántas. Entonces entendí que no estaba en un tren, sino en una ciudad, en un país, en todo el Universo. Debería haberlo hecho antes; el viaje habría sido más rico, podría haber descubierto a personas interesantísimas, escuchar historias que tal vez podría transformar en libros.

Durante toda la tarde recorrí aquella ciudad sobre raíles, bajando sólo en las paradas para reunirme con los lectores que esperaban en las estaciones. Caminé por esta ciudad grande como por tantas otras en este mundo y asistí a las mismas escenas: el hombre que habla por el móvil, el chico que corre para coger algo que ha olvidado en el vagón restaurante, la madre con el bebé en el regazo, dos jóvenes que se besan en el estrecho pasillo al lado de los compartimentos sin prestar atención al paisaje que desfila fuera, radios con el volumen alto, señales que no soy capaz de descifrar, gente que ofrece cosas o que pide, un hombre con un diente de oro que se ríe con sus compañeros, una mujer con pañuelo en la cabeza que llora mirando al vacío. Me fumé unos cigarrillos con un grupo de gente al atravesar la estrecha puerta que daba al siguiente vagón, miré disimuladamente a hombres pensativos, bien vestidos, que

parecían llevar el mundo en su espalda.

Caminé por aquella ciudad que se extiende como un gran río de acero que no deja de correr, en la que no hablo la lengua local, pero ¿eso qué importa? Escuché todo tipo de idiomas y de sonidos, y observé que, tal como sucede en las grandes ciudades, la mayoría de la gente no habla con nadie; cada pasajero va inmerso en sus problemas y sueños, obligado a convivir con tres extraños en el mismo compartimento, gente que no volverá a ver nunca más y que tiene problemas y sueños propios de los que preocuparse. Por más miserables y solitarios que se sientan, por más que necesiten compartir la alegría de una conquista o la tristeza que ahoga, es mejor y más seguro permanecer en silencio.

Decidí abordar a alguien, una mujer que supuse tendría mi edad. Le pregunté por dónde estábamos pasando. Yao empezó a traducir mis palabras, pero le pedí que no me ayudase, necesitaba imaginar cómo sería hacer este viaje solo: ¿conseguiría llegar hasta el final? La mujer hizo un gesto con la cabeza, diciendo que no había entendido lo que yo le había dicho; el sonido de las ruedas sobre los raíles era muy ruidoso. Repetí la pregunta, esta vez escuchó mis palabras, pero no entendió nada. Debió de pensar que era un loco y siguió adelante.

Lo intenté con una segunda, una tercera persona. Cambié la pregunta, quería saber por qué viajaban, qué hacían en aquel tren. Nadie entendió lo que quería y me alegré, porque mi pregunta es ridícula, todos saben lo que hacen, adónde van, incluso yo, aunque tal vez no haya llegado a donde quería. Alguien que se abría camino entre nosotros por el estrecho pasillo me oyó hablando inglés, se detuvo y me dijo con voz tranquila:

—¿Puedo ayudarlo? ¿Está usted perdido?

—No, no estoy perdido. ¿Por dónde estamos pasando?

—Estamos en la frontera con China, pronto giraremos a la derecha y bajaremos hacia Vladivostok.

Le di las gracias y seguí adelante. Había conseguido establecer un diálogo, podría viajar solo, nunca estaría perdido mientras hubiese tanta gente para ayudarme.

Caminé por la ciudad que parecía no terminar nunca y volví al punto de partida llevando conmigo las risas, las miradas, los besos, la música, las palabras en tantas lenguas diferentes, el bosque que pasaba por fuera y que seguramente no volveré a ver en mi vida, aunque vaya a permanecer siempre conmigo, en mi retina y en mi corazón.

Volví a la mesa que fue el centro de nuestro universo, escribí algunas líneas y las puse en el lugar en el que Yao pegaba siempre sus pensamientos diarios.

Leo lo que escribí ayer, después del paseo por el tren.

«No soy un extranjero porque no me pasé el tiempo rezando para volver seguro,

no perdí el tiempo imaginando cómo estaría mi casa, mi mesa, mi lado de la cama. No soy un extranjero porque todos viajamos, tenemos las mismas preguntas, el mismo cansancio, los mismos miedos, el mismo egoísmo y la misma generosidad. No soy un extranjero porque, cuando necesité, recibí. Cuando llamé, la puerta se abrió. Cuando busqué, encontré lo que buscaba.»

Recuerdo que esas fueron las palabras del chamán. Pronto nuestro vagón volverá a su punto de partida. Este papel desaparecerá en cuanto la mujer de la limpieza entre a limpiarlo. Pero yo no olvidaré nunca lo que escribí: porque no soy y nunca seré un extranjero.

Hilal se quedó la mayor parte del tiempo en su cuarto, tocando desesperadamente el violín. A veces sentía que hablaba con los ángeles, otras era simplemente una repetición para mantener la práctica y la técnica. En el camino de vuelta a Irkutsk, tuve la certeza de que en mi paseo con el águila del Baikal no estaba solo. Nuestros espíritus habían visto juntos las mismas maravillas.

La noche anterior le pedí otra vez que durmiésemos juntos. Había intentado hacer el ejercicio del anillo luminoso yo solo, pero no conseguí ningún resultado aparte de conducirme —sin que yo lo deseara— al escritor que fui en la Francia del siglo XIX. Él (o yo) terminaba un párrafo:

«Los momentos que anteceden al sueño son semejantes a la imagen de la muerte. El torpor nos invade, y es imposible determinar cuándo el “Yo” pasa a existir bajo otra forma. Nuestros sueños son nuestra segunda vida: soy incapaz de cruzar los portones que nos llevan al mundo invisible sin sentir un escalofrío.»

Esa noche ella se acostó a mi lado, puse la cabeza en su pecho y permanecimos en silencio —como si nuestras almas ya se conociesen desde mucho tiempo atrás y ya no hubiese necesidad de palabras, sólo de este contacto físico—. Por fin conseguí que el anillo dorado me llevase exactamente al lugar en el que quería estar: la ciudad cerca de Córdoba.

La sentencia se pronuncia en público, en medio de la plaza, como si estuviésemos en una gran fiesta popular. Las ocho chicas llevan una pieza de ropa blanca hasta los tobillos, tiemblan de frío, pero en breve van a experimentar el calor del fuego del Infierno, encendido por los hombres que creen actuar en nombre del Cielo. Le pedí a mi superior que me dispensase de estar entre los miembros de la Iglesia. No tuve que convencerlo, creo que está furioso por mi cobardía y me deja ir a donde quiera. Estoy entre la multitud, avergonzado, con la cabeza cubierta por la capucha de mi hábito de dominico.

Durante todo el día han llegado curiosos de las ciudades vecinas e, incluso antes de caer la tarde, ya llenaban la plaza. Los nobles han venido con sus trajes más llamativos, están sentados en sus sillas especiales de la primera fila. Las mujeres tuvieron tiempo para arreglarse el pelo y para maquillarse, de modo que todos puedan apreciar lo que creen es una manifestación de belleza. En las miradas de los presentes hay algo más que curiosidad; un sentimiento de venganza parece ser la emoción común. No se trata de alivio al ver cómo los culpables son castigados, sino de una represalia por el hecho de que sean bonitas, jóvenes, sensuales e hijas de gente muy rica. Merecen ser castigadas por todo lo que gran parte de las personas ahí congregadas dejó atrás en su juventud, o que nunca consiguió alcanzar. Venguémonos, pues, de la belleza. Venguémonos de la alegría, de las risas y de la esperanza. En un mundo como ése no hay lugar para sentimientos que demuestren que todos somos miserables, estamos frustrados, nos sentimos impotentes.

El inquisidor celebra una misa en latín. En un momento dado, durante el sermón en el que amonesta a la gente sobre las terribles penas que les esperan a los culpables de herejía, se oyen gritos. Son los padres de las jóvenes que están a punto de ser quemadas, a los que se ha mantenido hasta entonces fuera de la plaza, pero han conseguido romper la barrera y entrar.

El inquisidor interrumpe el sermón, la multitud los abuchea, los guardias se dirigen a ellos y los sacan de allí.

Llega un carro empujado por bueyes. Las chicas ponen los brazos hacia atrás, les atan las manos y los dominicos las ayudan a subir. Los guardias forman un cordón de seguridad alrededor del vehículo, la multitud deja espacio y los bueyes con su carga macabra son conducidos hacia la hoguera que se va a encender en un campo cercano.

Las chicas mantienen la cabeza baja; desde donde estoy es imposible saber si hay miedo o lágrimas en sus ojos. Una de ellas fue torturada de una forma tan bárbara que no puede permanecer de pie sin la ayuda de las otras. Los soldados intentan con mucha dificultad controlar a la multitud que se ríe, insulta y lanza cosas. Veo que el carro va a pasar cerca de donde yo estoy, intento salir de ahí, pero es tarde. La masa compacta de hombres, mujeres y niños que hay detrás no me deja moverme.

Ellas se acercan; la vestimenta blanca ahora está sucia de huevos, cerveza, vino,

trozos de cáscara de patata. Que Dios se apiade de ellas. Espero que, en el momento en el que se encienda la hoguera, pidan perdón otra vez por sus pecados, —pecados que nadie de los que estamos ahí podríamos imaginar que serán transformados en virtudes—. Si piden la absolución, un cura escuchará una vez más sus confesiones, entregará sus almas a Dios, y todas serán estranguladas con una cuerda atada alrededor del cuello y pasada por detrás de la estaca. Sólo se quemarán sus cadáveres.

Si insisten en su inocencia, serán quemadas vivas.

Ya he asistido a otras ejecuciones como las de esta noche. Espero sinceramente que los padres de las niñas le hayan dado dinero al verdugo; así, mezclará un poco de aceite con la madera, el fuego arderá con rapidez, y la humareda las asfixiará antes de que el fuego empiece a consumir primero el pelo, después los pies, las manos, la cara, las piernas y finalmente el tronco. Sin embargo, si no ha habido oportunidad de sobornarlo, se quemarán lentamente, con un sufrimiento imposible de describir.

El carro ahora está delante de mí. Bajo la cabeza pero una de ellas me ve. Se vuelven todas, y me preparo para ser ofendido y agredido porque lo merezco, soy el más culpable de todos, el que se lavó las manos cuando una simple palabra podía haberlo cambiado todo.

Ellas me llaman. La gente de alrededor me mira, sorprendida; ¿conocía a aquellas brujas? Si no fuera por mi hábito de dominico, posiblemente me estarían pegando. Una fracción de segundo después, la gente que hay a mi alrededor se da cuenta de que debo de ser uno de los que las condenaron. Alguien me da una palmada de felicitación en la espalda; una mujer me dice: «Enhorabuena por tu fe.»

Ellas siguen llamándome. Y yo, que ya me he cansado de ser cobarde, decido levantar la cabeza y mirarlas.

En ese momento, todo queda congelado y no puedo ver más allá.

Pensé en llevarla hasta el Aleph, tan cercano a nosotros, pero ¿era ése realmente el sentido del viaje? Manipular a una persona que me ama sólo para obtener una respuesta acerca de algo que me atormenta: ¿me haría eso volver a ser el rey de mi reino? Si no lo conseguía ahora, lo conseguiría más adelante; con toda seguridad, otras tres mujeres esperaban en mi camino, si tenía el coraje de recorrerlo hasta el final. Con casi toda seguridad no me iba a ir de esta reencarnación sin saber la respuesta.

Ya es de día. La ciudad grande aparece en las ventanas laterales, la gente se levanta sin entusiasmo ni felicidad por estar llegando. Tal vez nuestro viaje comience realmente aquí.

La velocidad va disminuyendo, la ciudad de acero va parando lentamente, esta vez de manera definitiva. Me vuelvo hacia Hilal y le digo:

—Baja a mi lado.

Ella baja conmigo. La gente espera fuera. Una chica de ojos grandes sostiene un gran cartel con la bandera de Brasil y palabras escritas en portugués. Los periodistas se acercan, yo les doy las gracias a todos los rusos por el cariño que he recibido en cada momento mientras cruzaba el continente asiático. Me dan flores, los fotógrafos me piden que pose para algunas fotos delante de una gran columna de bronce, rematada por un águila de dos cabezas, con el siguiente grabado en su base:

9.288

No es necesario añadir «kilómetros». Todos los que han llegado hasta aquí saben qué quiere decir ese número.

La llamada telefónica

El barco navega tranquilamente por el océano Pacífico mientras el sol empieza a bajar por detrás de las colinas, donde está la ciudad. La tristeza que creí ver en mis compañeros de tren cuando llegamos se ha convertido en una euforia descontrolada. Todos nos comportamos como si fuera la primera vez que vemos el mar; nadie quiere pensar que después todos nos diremos adiós, prometiéndonos volver a vernos pronto, convencidos de que esa promesa es simplemente para hacer la despedida más fácil.

El viaje se está acabando, la aventura está llegando a su fin y, en tres días, todos habremos regresado a nuestras casas, donde abrazaremos a nuestras familias, veremos a nuestros hijos, leeremos la correspondencia acumulada, enseñaremos los cientos de fotos que hicimos, contaremos historias sobre el tren, las ciudades por las que pasamos, la gente que se cruzó en nuestro camino.

Todo para convencernos a nosotros mismos de que aquello sucedió. Dentro de tres días, de vuelta a la rutina diaria, la sensación será de que nunca salimos ni fuimos tan lejos. Claro, tenemos las fotos, los billetes, los recuerdos que compramos por el camino, pero el tiempo —único, absoluto, eterno señor de nuestras vidas— nos dirá: siempre has estado en esta casa, en esta habitación, en este ordenador.

¿Dos semanas? ¿Qué es eso en toda una vida? Nada ha cambiado en esta calle, los vecinos siguen comentando las mismas cosas, el periódico que compraste por la mañana trae exactamente las mismas noticias: la Copa del Mundo que está punto de empezar en Alemania, los debates sobre un Irán con bomba atómica, los conflictos entre israelíes y palestinos, los escándalos de los famosos, las constantes reclamaciones sobre cosas que el gobierno prometió y no hizo.

No, no ha cambiado nada. Sólo nosotros, que viajamos en busca de nuestro reino y descubrimos tierras que no habíamos pisado antes, sabemos que somos diferentes. Pero cuanto más lo explicamos, más nos convencemos de que ese viaje, como todos los anteriores, sólo existe en nuestra memoria. Tal vez para contárselo a los nietos, o con el tiempo escribir un libro al respecto; pero ¿qué podremos decir exactamente?

Nada. Tal vez lo que sucedió allá fuera, pero nunca lo que se transformó aquí dentro.

Tal vez no nos veamos nunca más. Y la única persona que en este momento tiene los ojos en el horizonte es Hilal. Debe de estar pensando en cómo resolver este problema. No, para ella el Transiberiano no termina aquí. Aun así, no deja traslucir lo que siente y, cuando la gente le habla, responde de manera educada y gentil. Cosa que nunca hizo durante el tiempo que convivimos.

Yao procura estar a su lado. Ya lo intentó dos o tres veces, pero ella siempre acaba

apartándose después de intercambiar algunas frases. Él desiste y se acerca hasta donde estoy yo.

—¿Qué puedo hacer?

—Respetar su silencio, creo.

—También pienso lo mismo. Pero sabes...

—Sí, lo sé. Sin embargo, ¿por qué no te preocupas de ti mismo? Recuerda las palabras del chamán: mataste a Dios. Es hora de resucitarlo o este viaje habrá sido inútil. Conozco a mucha gente que intenta ayudar a los demás sólo para apartarse de sus propios problemas.

Yao me da una palmada en la espalda, como si dijese: «te entiendo», y me deja a solas con la vista del océano.

Ahora que estoy en el lugar más lejano, mi mujer está a mi lado. Durante la tarde me reuní con mis lectores, tuvimos la fiesta de siempre, visité al alcalde, tuve en mis manos por primera vez en la vida un Kaláshnikov de verdad que él guardaba en su despacho. Al salir, me fijé en un periódico que había encima de su mesa. Aun sin entender una palabra de ruso, las fotos hablaban por sí mismas: jugadores de fútbol.

¡La Copa del Mundo va a empezar dentro de unos días! Ella me espera en Munich, donde nos reuniremos en breve, le diré cuánto la eché de menos y le voy a contar con detalle todo lo que sucedió entre Hilal y yo.

Ella va a responder: «Ya he escuchado esa historia cuatro veces.» Y saldremos a tomar una cerveza a alguna cervecería alemana.

El viaje no fue para encontrar la frase que faltaba en mi vida, sino para volver a ser el rey de mi mundo. Está aquí, ahora, estoy otra vez conectado conmigo y con el universo mágico que hay a mi alrededor.

Sí, podría haber llegado a las mismas conclusiones sin salir de Brasil, pero, al igual que le ocurrió al pastor Santiago en uno de mis libros, hay que ir lejos antes de comprender lo que está cerca. La lluvia, al volver a la tierra, trae cosas del cielo. Lo mágico, lo extraordinario, está todo el tiempo conmigo y con todos los seres del Universo, pero de vez en cuando lo olvidamos y tenemos que recordarlo, aunque sea necesario cruzar el mayor continente del mundo de una punta a otra. Volvemos cargados de tesoros, que pueden ser enterrados de nuevo y, una vez más, tendremos que partir en su busca. Es eso lo que hace la vida interesante: creer en tesoros y en milagros.

—Vamos a celebrarlo. ¿Hay vodka en el barco?

No hay vodka en el barco, y Hilal me mira con rabia.

—¿Celebrar el qué? ¿El hecho de que ahora me voy a quedar sola, que voy a coger este tren de regreso y durante días y noches interminables de viaje voy a estar pensando en todo lo que vivimos juntos?

—No. Necesito celebrar lo que viví, brindar por mí mismo. Y tú tienes que

brindar por tu coraje. Saliste en busca de aventura y la encontraste. Después de un pequeño período de tristeza, alguien encenderá un fuego en una montaña cercana.

»Verás la luz, irás hasta allí y encontrarás al hombre que has buscado toda tu vida. Eres joven, la noche pasada me di cuenta de que ya no eran tus manos las que tocaban el violín, sino las manos de Dios. Deja que Dios use tus manos. Serás feliz, aunque ahora te sientas desesperada.

—Tú no entiendes lo que siento. Eres un egoísta, pensando que el mundo te debe mucho. Yo me entregué por completo y una vez más soy abandonada en medio del camino.

No merece la pena discutir, pero sé que lo que le he dicho acabará sucediendo. Tengo cincuenta y nueve años; ella veintiuno.

Volvemos al lugar en el que estamos hospedados. Esta vez no es un hotel, sino una gigantesca casa construida en 1974, para la reunión sobre el desarme entre el entonces secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Leonid Brejnev, y el presidente americano Gerald Ford. Es toda de mármol blanco, con un inmenso vestíbulo en el centro, y tiene una serie de habitaciones que en el pasado debieron de servir a delegaciones de políticos, pero que hoy utilizan algunos invitados.

Nuestra intención es ducharnos, cambiarnos de ropa y salir inmediatamente a cenar en la ciudad, lejos de ese ambiente frío. Pero hay un hombre parado exactamente en el centro del vestíbulo. Mis editores se acercan. Yao y yo esperamos a una distancia prudente.

El hombre coge el móvil y marca un número. Mi editor habla de manera respetuosa, sus ojos parecen brillar de alegría. Mi editora sonríe. La voz resuena por las paredes de mármol.

—¿Entiendes algo? —pregunto.

—Sí —responde Yao—. Y vas a saberlo dentro de un minuto.

Mi editor cuelga el teléfono y se acerca a mí con una sonrisa de alegría.

—Volvemos a Moscú mañana —dice—. Tenemos que estar allí a las cinco de la tarde.

—¿No íbamos a quedarnos aquí dos días? Ni siquiera he tenido tiempo de conocer la ciudad. Además, son nueve horas de vuelo. ¿Cómo vamos a llegar allí a las cinco de la tarde?

—Hay siete horas de diferencia de huso horario. Si salimos a mediodía, llegaremos a las dos de la tarde. Tiempo de sobra. Voy a cancelar el restaurante y a pedir que nos sirvan aquí la cena: tengo que prepararlo todo.

—Pero ¿por qué tanta urgencia? Mi avión para Alemania sale...

Él me interrumpe en medio de la frase.

—Parece que el presidente Vladimir Putin lo ha leído todo sobre tu viaje. Y le gustaría conocerte en persona.

El alma de Turquía

—¿Y yo?

El editor se vuelve hacia Hilal.

—Viniste porque quisiste. Y volverás cuando y como quieras. No tenemos nada que ver con eso.

El hombre que tenía el teléfono móvil ya ha desaparecido. Mis editores salieron, y Yao fue detrás de ellos. Nos quedamos los dos allí solos en el centro del gigantesco y opresivo vestíbulo blanco.

Todo ha sido muy rápido, y todavía no nos hemos recuperado de la impresión. No creí que Putin supiera de mi viaje. Hilal no imaginaba un desenlace tan abrupto, tan repentino, sin otra oportunidad para poder hablarme de amor, para explicarme lo importante que todo eso era para nuestras vidas y cómo deberíamos seguir adelante, aunque yo estuviera casado. Por lo menos es eso lo que creo que está pasando por su cabeza.

—¡NO ME PUEDES HACER ESTO! ¡NO ME PUEDES DEJAR AQUÍ! ¡YA ME MATASTE UNA VEZ PORQUE NO TUVISTE EL CORAJE DE DECIR NO, Y VAS A HACERLO DE NUEVO!

Ella corre hacia su habitación y me temo lo peor. Si habla en serio, todo es posible en este momento. Quiero llamar a mi editor para pedirle que compre un pasaje para ella o nos veremos ante una tragedia; ya no habrá reunión con Putin, ya no habrá reino, redención ni conquista; la gran aventura termina en suicidio y muerte. Salgo disparado hacia su habitación, que está en el segundo piso, pero ella ya ha abierto las ventanas.

—¡Para! No vas a morir saltando desde esa altura. ¡Lo único que vas a conseguir es quedar lisiada para el resto de tu vida!

No me escucha. Tengo que tranquilizarme, controlar la situación. Me toca a mí mostrar la misma autoridad que ella demostró en el Baikal, cuando me pidió que no me volviera para no verla desnuda. Me pasan miles de cosas por la cabeza en ese momento. Y apelo a la más fácil.

—Te amo. Nunca te voy a dejar aquí sola.

Ella sabe que no es verdad, pero las palabras de amor tienen un efecto instantáneo.

—Tú me amas como un río. Pero yo te amo como mujer.

Hilal no desea morir. Si así fuese, se habría quedado callada. Pero su voz, además de las palabras pronunciadas, dice: «Tú eres una parte de mí, la más importante, que se queda atrás. Nunca volveré a ser la que era.» Está completamente equivocada, pero no es éste el momento de explicarle lo que no va a ser capaz de entender.

—Yo te amo como mujer. Te amé antes, y voy a seguir amándote mientras el mundo exista. Ya te lo he explicado más de una vez: el tiempo no pasa. ¿Quieres que

te lo repita de nuevo?

Ella se vuelve.

—Es mentira. La vida es un sueño, del cual sólo nos despertamos cuando nos llega la muerte. El tiempo pasa mientras vivimos. Soy música, trabajo con el tiempo en mis notas musicales. Si no existiera, no habría música.

Dice cosas coherentes. La amo. No como mujer, pero la amo.

—La música no es una sucesión de notas. Es el paso constante de una nota entre el sonido y el silencio. Lo sabes —argumento.

—¿Qué sabes tú de música? Aunque así fuera, ¿qué importancia tiene eso ahora? ¡Si tú eres prisionero de tu pasado, que sepas que yo también lo soy! ¡Si te amé en una vida, seguiré amándote siempre!

»Ya no tengo corazón, ni cuerpo, ni alma, ¡nada! Sólo tengo amor. Tú crees que existo pero soy una ilusión de tus ojos, lo que ves es el amor en su estado puro, que quiere mostrarse, pero no existe ni tiempo ni espacio en el que pueda manifestarse.

Se aparta de la ventana y se pone a andar de un lado a otro de la habitación. No tenía la menor intención de tirarse. Además de sus pasos en el suelo de madera, todo lo que escucho es el infernal tictac del reloj, que demuestra que estoy equivocado, el tiempo existe y nos devora en ese momento. Si Yao estuviese aquí me podría ayudar a calmarla, él que siempre se siente bien cuando puede hacer algo por los demás. Pobre hombre, en cuya alma todavía sopla el viento negro de la soledad.

—¡Vuelve con tu mujer! ¡Vuelve con la que siempre ha estado a tu lado en los momentos fáciles y en los difíciles! ¡Ella es generosa, cariñosa, tolerante, y yo soy todo lo que detestas: complicada, agresiva, obsesiva, capaz de todo!

—¡No hables así de mi mujer!

Otra vez estoy perdiendo el control de la situación.

—¡Digo lo que quiero! ¡Nunca has tenido control sobre mí y nunca lo vas a tener!

«Calma. Sigue hablando y ella se tranquilizará.» Pero nunca he visto a nadie en tal estado.

—Alégrate de que nadie tenga control sobre ti. Celebra el hecho de que tuviste coraje, arriesgaste tu carrera, partiste en busca de aventura y la encontraste. Recuerda lo que te dije en el barco: alguien va a encender el fuego sagrado para ti. Hoy ya no son tus manos las que tocan el violín, te ayudan los ángeles. Permite que Dios use tus manos. La amargura desaparecerá tarde o temprano, alguien que el destino ha puesto en tu camino al final llegará con un ramo de felicidad en las manos y todo va a salir bien. Será así, aunque en este momento te sientas desesperada y creas que te estoy mintiendo.

Demasiado tarde.

He dicho las frases equivocadas, que se podrían resumir en una sólo: «Crece, niña.» De todas las mujeres que he conocido, ninguna aceptaría esa disculpa idiota.

Hilal coge una pesada lámpara de noche metálica, la arranca del enchufe y corre hacia mí. Consigo agarrarla antes de que me dé en la cabeza, pero ahora me pega con toda la fuerza y la furia. Tiro la lámpara a una distancia segura e intento sujetar sus brazos, pero no soy capaz. Un puñetazo alcanza mi nariz, la sangre brota por todas partes.

Ambos estamos cubiertos de mi sangre.

«El alma de Turquía le entregará a tu marido todo el amor que posee. Pero derramará su sangre antes de revelarle lo que busca.»

—¡Ven!

Mi tono ha cambiado por completo. Ella deja de agredirme. La cojo por el brazo y la arrastro hacia fuera.

—¡Ven conmigo!

No hay tiempo para explicarle nada ahora. Bajo la escalera corriendo, con Hilal más asustada que furiosa. Mi corazón está disparado. Salimos del edificio. El coche que me iba a llevar a cenar está allí esperando.

—¡A la estación de tren!

El chófer me mira sin comprender nada. Abro la puerta, la empujo hacia dentro, después entro.

—¡Dile que se dirija inmediatamente a la estación de tren!

Ella repite la frase en ruso, el chófer arranca.

—Dile que no respete el límite de velocidad. Después se lo compensaré. ¡Tenemos que ir allí ahora!

Al hombre parece gustarle lo que acaba de oír. Sale disparado, con las ruedas chirriando en cada curva; los demás coches frenan al ver la matrícula oficial. Para mi sorpresa, hay una sirena dentro del coche, que él pone en el techo. Mis dedos están clavados en el brazo de Hilal.

—¡Me estás haciendo daño!

Aflojo la presión, estoy rezando, pidiéndole a Dios que me ayude, que pueda llegar a tiempo, que todo esté donde tiene que estar.

Hilal está hablando conmigo, pidiéndome que me calme, que no debería haberse comportado como lo ha hecho, que en la habitación no pensaba en matarse, que no era más que teatro. El que ama no destruye ni se deja destruir, ella nunca me haría pasar otra reencarnación sufriendo y culpándome por lo sucedido; con —una sola vez bastaba, y ya había ocurrido. Me gustaría poder responderle, pero no estoy prestando demasiada atención a lo que dice.

Diez minutos después el coche frena en la puerta de la terminal.

Abro la puerta, saco a Hilal del coche y entro en la estación. En el momento de pasar el control nos paran. Yo quiero pasar de cualquier manera, pero aparecen dos

enormes guardias. Hilal me deja solo y, por primera vez en todo aquel viaje, me siento perdido, sin saber muy bien cómo seguir adelante. La necesito a mi lado. Sin ella, nada, absolutamente nada, será posible. Me siento en el suelo. Los hombres me miran la cara y la ropa llenas de sangre, se acercan, hacen un gesto con la mano ordenándome que me levante y empiezan a hacerme preguntas. Intento decirles que no hablo ruso, pero se van poniendo cada vez más agresivos. Se acercan otras personas para ver qué sucede.

Hilal reaparece con el chófer. Sin levantar la voz, él les dice algo a los guardias agresivos, que cambian de expresión y me saludan, pero yo no tengo tiempo que perder. Tengo que seguir adelante. Ellos empujan hacia los lados a la gente que se había reunido a nuestro alrededor. Mi camino está libre, la cojo de la mano, entramos en el andén, corro hasta el final, todo está oscuro, pero puedo reconocer el último vagón.

¡Sí, todavía está allí!

Abrazo a Hilal mientras intento recuperar el aliento. Mi corazón está disparado debido al esfuerzo físico y a la adrenalina que corre por mi sangre. Siento un mareo, he comido poco esta tarde, pero no puedo desmayarme ahora. El alma de Turquía me va a mostrar lo que necesito. Hilal me acaricia como si fuera su hijo, pidiéndome que me calme; ella está a mi lado y no puede ocurrirme nada malo.

Respiro hondo, el corazón poco a poco vuelve a la normalidad.

—Ven, ven conmigo.

La puerta está abierta; nadie osaría entrar en una estación de tren en Rusia para robar algo. Entramos en el cubículo, la pongo contra la pared, como había hecho hace mucho tiempo, al principio de aquel viaje que no terminaba nunca. Nuestras caras están cerca, como si el paso siguiente fuera un beso. Una luz distante, tal vez de una única lámpara en un andén diferente, se refleja en sus ojos.

Y, aunque estuviésemos en completa oscuridad, tanto ella como yo seríamos capaces de ver. Allí está el Aleph, el tiempo cambia de frecuencia, entramos en el túnel oscuro a mucha velocidad; ella ya conoce la historia, no va a asustarse.

—Vamos juntos, coge mi mano y vamos juntos al otro mundo, ¡AHORA!

Aparecen los camellos y los desiertos, las lluvias y los vientos, la fuente en una aldea de los Pirineos y la cascada en el monasterio de Piedra, las costas de Irlanda, una esquina de una calle que creo que es Londres, mujeres en moto, un profeta delante de la montaña sagrada, la catedral de Santiago de Compostela, prostitutas esperando a sus clientes en Ginebra, hechiceras que bailan desnudas alrededor de una hoguera, un hombre a punto de descargar su revólver sobre su mujer y su amante, la estepa de un país asiático donde una mujer teje hermosas alfombras mientras espera el regreso de su marido, locos en hospitales, los mares con todos sus peces y el Universo con cada una de las estrellas. El sonido de niños naciendo, viejos muriendo,

coches frenando, mujeres que cantan, hombres que maldicen y puertas, puertas y más puertas.

Voy hacia todas las vidas que viví, viviré y estoy viviendo. Soy un hombre en un tren con una mujer, un escritor que vivió en la Francia de finales del siglo XIX, soy los muchos que fui y seré. Pasamos por la puerta por la que quiero entrar. Yo estaba cogido a su mano, que ahora desaparece.

A mi alrededor, una multitud que huele a cerveza y vino ríe a carcajadas, insulta, grita.

Las voces femeninas me llaman. Estoy avergonzado, no quiero verlas, pero ellas insisten. La gente a mi lado me felicita: ¡entonces yo era el responsable de aquello! ¡Salvar a la ciudad de la herejía y del pecado! Las voces siguen pronunciando mi nombre.

Ya he sido bastante cobarde por ese día y por el resto de mi vida. Lentamente levanto la cabeza.

El carro empujado por los bueyes está a punto de pasar de largo, un segundo más y no hubiera escuchado nada. Pero las miro. A pesar de todas las humillaciones por las que han pasado parecen serenas, como si hubiesen madurado, crecido, se hubiesen casado, tenido hijos y se dirigiesen con naturalidad hacia la muerte, destino de todos los seres humanos. Lucharon mientras podían, pero en algún momento entendieron que ése era su destino, ya estaba escrito antes de que naciesen. Sólo dos cosas pueden revelar los grandes secretos de la vida: el sufrimiento y el amor. Ellas ya han pasado por ambos.

Y es eso lo que veo en sus ojos: amor. Jugamos juntos, soñamos con nobles y princesas, hicimos planes para el futuro como hacen todos los niños. La vida se encargó de separarnos. Yo escogí servir a Dios, ellas siguieron un camino diferente.

Tengo diecinueve años. Soy un poco mayor que las chicas que ahora me miran agradecidas porque he levantado la cabeza. Pero en verdad mi alma soporta un peso mucho mayor, el de las contradicciones y las culpas, el de no tener nunca el coraje de decir «no» en nombre de una obediencia absurda, que quiero creer que es verdadera y lógica.

Ellas me miran, y ese segundo dura una eternidad. Una de ellas vuelve a decir mi nombre. Yo murmuro con los labios, de manera que sólo ellas me entiendan:

—Perdón.

—No es necesario —me responde una de ellas—. Sí, hablamos con los espíritus. Ellos nos revelaron lo que iba a suceder, el tiempo del miedo ya ha pasado, ahora sólo queda el tiempo de la esperanza. ¿Somos culpables? Un día el mundo juzgará, y la vergüenza no recaerá sobre nuestras cabezas.

»Volveremos a encontrarnos en el futuro, cuando toda tu vida y tu trabajo estén dedicados a los que hoy son incomprensidos. Tu voz hablará alto, muchos la escucharán.

El carro se aleja, y yo me pongo a correr a su lado, a pesar de los empujones de los guardias.

—El amor vencerá al odio —prosigue otra, hablando tranquilamente, como si aún estuviéramos en los montes y en los bosques de nuestra infancia—. Los que son quemados hoy serán exaltados cuando llegue ese momento. Volverán los magos y los alquimistas, la Diosa será aceptada, las hechiceras celebradas. Todo por la grandeza de Dios. Ésta es la bendición que ponemos ahora sobre tu cabeza, hasta el fin de los

tiempos.

Un guardia me da un puñetazo en el vientre, me inclino hacia adelante sin aliento, pero vuelvo a levantar la cabeza. El carro se aleja, ya no voy a poder acercarme más.

Empujo a Hilal hacia un lado. Estamos otra vez en el tren.

—No lo he visto bien —dice ella—. Parecía una gran multitud gritando, y un hombre con capucha estaba allí. Creo que eras tú, no estoy segura.

—No te preocupes.

—¿Tienes la respuesta que necesitabas?

Me gustaría decir: «Sí, por fin entiendo mi destino», pero mi voz está embargada.

—No me vas a dejar aquí sola en esta ciudad, ¿verdad?

Yo la abrazo.

—De ninguna manera.

Moscú, 1 de junio de 2006

Aquella noche, cuando volvimos al hotel, Yao la esperaba con el pasaje para Moscú. Regresamos en el mismo avión, en clases diferentes. Mis editores no me pueden acompañar hasta donde voy a tener la audiencia con el presidente Vladimir Putin, pero un amigo periodista está acreditado para eso.

Cuando el avión aterriza, ella y yo nos bajamos por puertas distintas. Me conducen hasta una sala especial, donde dos hombres y mi amigo me esperan. Les pido que me lleven a la terminal donde desembarcan los otros pasajeros, tengo que despedirme de una amiga y de mis editores. Uno de los hombres me explica que no va a dar tiempo, pero mi amigo responde que son las dos de la tarde, la reunión está prevista para las cinco, y aunque el presidente me esté esperando en una casa a las afueras de Moscú, en la que suele despachar en esa época del año, en menos de cincuenta minutos estaremos allí.

—En caso contrario, tenéis sirenas en los coches... —dice en tono de broma.

Caminamos hasta la terminal. En el trayecto, paso por la floristería y compro una docena de rosas. Llegamos a la puerta de desembarque, llena de gente que espera a otra que viene de lejos.

—¿Quién de vosotros entiende inglés? —digo en voz muy alta.

La gente mira asustada. Me acompañan tres hombres bastante fuertes.

—¿Quién habla inglés?

Se levantan algunas manos. Yo enseño el ramo de rosas.

—Dentro de un rato va a llegar una chica a la que quiero mucho. Necesito a once voluntarios para que me ayuden a entregarle estas flores.

Inmediatamente once voluntarios aparecen a mi lado. Organizamos una fila. Hilal sale por la puerta principal, me ve, sonrío inmediatamente y se dirige hacia mí. Una a una, las personas le van entregando las rosas. Ella parece confusa y alegre al mismo tiempo. Cuando llega junto a mí, le entrego la decimosegunda flor y la abrazo con todo el cariño del mundo.

—¿No vas a decir que me amas? —pregunta, intentando mantener el control de la situación.

—Sí. Te amo como un río. Adiós.

—¿Adiós? —Ella suelta una carcajada—. No te vas a librar de mí tan pronto.

Los dos hombres que esperan para conducirme hasta el presidente comentan algo en ruso. Mi amigo se ríe. Pregunto de qué hablan, pero es la propia Hilal la que traduce:

—Han dicho que nunca habían visto algo tan romántico en este aeropuerto.

Día de San Jorge, 2010.

Nota del autor

Volví a ver a Hilal de nuevo en septiembre de 2006, cuando la invité a participar en un encuentro en el monasterio de Melk, en Austria. Desde allí viajamos a Barcelona, y después a Pamplona y Burgos. En una de esas ciudades me informó de que había abandonado la escuela de música y que ya no tenía intención de dedicarse al violín. Intenté darle argumentos al respecto, pero íntimamente entendí que ella también volvía a ser la reina de su reino, y ahora tenía que gobernarlo.

Durante el proceso de redacción de este libro, Hilal me envió dos correos electrónicos diciéndome que había soñado que yo contaba nuestra historia. Le pedí que tuviese paciencia, y no se lo dije hasta que terminé de escribirlo. No se mostró demasiado sorprendida.

Me pregunto si realmente tenía razón al pensar que, una vez perdida la oportunidad con Hilal, aún iba a tener otras tres (después de todo, eran ocho las chicas que iban a ser ejecutadas aquel día y yo ya había conocido a cinco de ellas). Hoy tiendo a pensar que nunca conocería la respuesta: de las ocho condenadas, la chica en cuestión, cuyo nombre nunca supe, era la única que realmente me amaba.

Aunque ya no trabajamos juntos, le agradezco a Lena, a Yuri Smirnov y a la Editorial Sofia la experiencia única de atravesar Rusia en tren.

La oración usada por Hilal para perdonarme en Novosibirsk también ha sido canalizada por otras personas. Cuando comento en el libro que ya la había oído en Brasil, me refiero al espíritu de André Luiz, un chico.

Finalmente, me gustaría alertar sobre el ejercicio del anillo de luz. Como menciono antes, cualquier vuelta al pasado sin un mínimo conocimiento del proceso puede conllevar consecuencias dramáticas y desastrosas.

Notas

1) El açái es el fruto de una palmera (*euterpe oleracea*) del Amazonas, parecido a una uva, al que se le atribuye un extenso abanico de propiedades. (N. de la t.)[↵](#)

2) Justo después de la conferencia fui a buscar al hombre del bigote. Su nombre era Christian Dhellemmes. Después de ese episodio intercambiamos algunos correos electrónicos, aunque nunca más volvimos a vernos personalmente. Falleció el día 19 de julio de 2009 en Tarbes, Francia. (N. del a.)[↵](#)